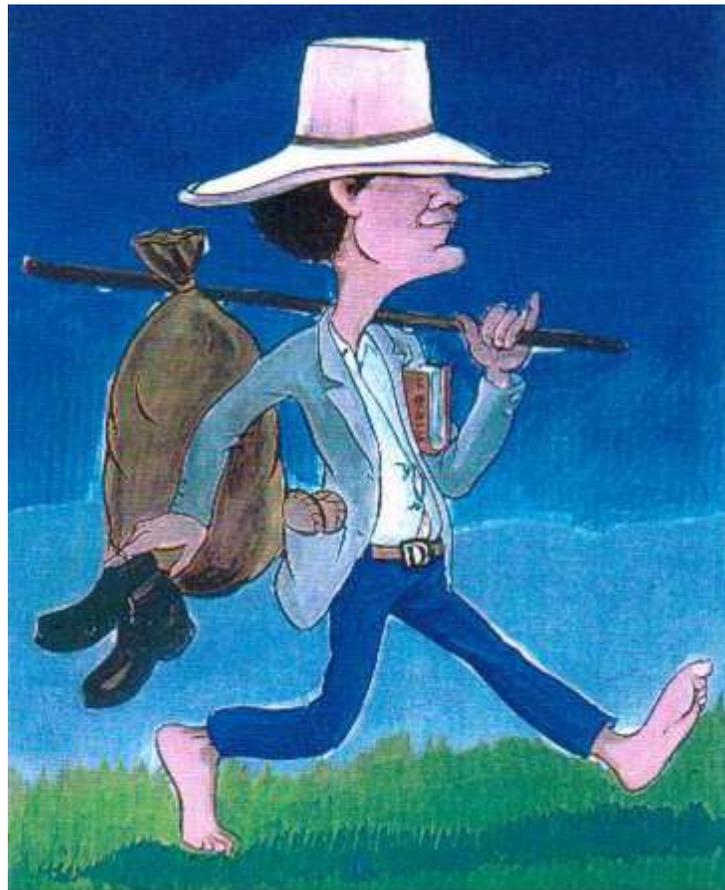




CALIFORNIA BIBLICAL UNIVERSITY OF PERU

21
HISTORIAS ESCOGIDAS:
EN EL CAMINO
Por Moisés Chávez





PROLOGO

Historias Escogidas 21: En el camino es el vigésimo primer volumen de la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS de la Biblioteca Inteligente.

La Serie HISTORIAS ESCOGIDAS consta de 27 volúmenes del género literario que más apasiona a la juventud. Señalamos con letras negritas el presente volumen:

HISTORIAS ESCOGIDAS	1	Las Historias Cortas
HISTORIAS ESCOGIDAS	2	Filosofía de la vida
HISTORIAS ESCOGIDAS	3	El Diario del Capitán
HISTORIAS ESCOGIDAS	4	El mejor regalo de Navidad
HISTORIAS ESCOGIDAS	5	El Exorcista
HISTORIAS ESCOGIDAS	6	La llave del éxito
HISTORIAS ESCOGIDAS	7	Los hijos del trueno
HISTORIAS ESCOGIDAS	8	Historia Clínica
HISTORIAS ESCOGIDAS	9	Psicoanálisis de Don Quijote de la Mancha
HISTORIAS ESCOGIDAS	10	El Síndrome de Harry Potter
HISTORIAS ESCOGIDAS	11	El Cuchicito Higinio
HISTORIAS ESCOGIDAS	12	El Señor Mackay
HISTORIAS ESCOGIDAS	13	Ana Filaxia
HISTORIAS ESCOGIDAS	14	Historias charapas
HISTORIAS ESCOGIDAS	15	Historias de Halloween
HISTORIAS ESCOGIDAS	16	Angeles ángeles ángeles
HISTORIAS ESCOGIDAS	17	Demonios
HISTORIAS ESCOGIDAS	18	Aventuras en pañales

HISTORIAS ESCOGIDAS	19	Test de Inteligencia Emocional
HISTORIAS ESCOGIDAS	20	Una familia muy normal
HISTORIAS ESCOGIDAS	21	En el camino
HISTORIAS ESCOGIDAS	22	Los Agentes Secretos de Dios
HISTORIAS ESCOGIDAS	23	Historias arqueológicas
HISTORIAS ESCOGIDAS	24	La Versión Miniatura de la Biblia
HISTORIAS ESCOGIDAS	25	Literatura hebrea moderna
HISTORIAS ESCOGIDAS	26	Cervantes, Garcilaso, Shakespeare
HISTORIAS ESCOGIDAS	27	Literatura francesa

* * *

Este es el contenido de la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS:

Historias Escogidas 1: Las Historias Cortas - Poderoso género literario introduce a los 25 volúmenes de la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS. Pero también introduce a otros cien volúmenes de historias cortas de la Biblioteca Inteligente, algunos de los cuales son antologías o colecciones de historias, y otros son libros cuyos capítulos son historias concatenadas. Una excepción de este criterio es *Historias Escogidas 2*.

Historias Escogidas 2: Filosofía de la vida es mayormente poético, pero incluye en su sección en prosa una historia corta, la primera que escribí en mi vida y que lleva por título, “En el valle de la desesperación”. Por incluir esta pieza documental e histórica, y por el hecho de que el libro refiere en forma poética mi historia, este libro ha sido incluido en la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS.

Historias Escogidas 3: El Diario del Capitán refiere la historia de mi abuelo, el Capitán Zaturmino Chávez Baella, que es también el comienzo de la historia de mi familia, así como un material de investigación en el ámbito de la ciencia de la Shilicología.

Historias Escogidas 4: El mejor regalo de Navidad ha sido diseñado para ser el mejor regalo que se puede dar en la Navidad. En este volumen cada capítulo es una historia corta cuya trama responde a las preguntas de George Frankenstein, un adolescente que adolece del Síndrome del Calongo.

Historias Escogidas 5: El Exorcista contiene historias escritas el Dr. Gustavo Montero, profesor de la Santa Sede apodado “El Exorcista” porque escribió su tesis doctoral sobre el exorcismo, aunque dudo que jamás haya expulsado algún demonio.

Historias Escogidas 6: La llave del éxito, antología que trata de este servidor a quien mis allegados me relacionan con los secretos de la exitología, ha sido realizada por el Dr. Gustavo Montero que tuvo la iniciativa de restaurar muchas historias más que de otro modo se hubieran perdido. Eran los días cuando ni aun yo me daba cuenta del poderío de este género literario y perdí incluso mis apuntes de conferencias magistrales que él sí grabó. El resultado de su labor de restauración es esta antología.

Historias Escogidas 7: Los hijos del trueno trata de las locas aventuras de una pandilla de jóvenes y señoritas muy parecidos en su manera de ser a un par de granujas a quienes Rabi Yeshúa les puso el apodo de “Los Hijos del Trueno”. ¡Por algo habrá sido, pues!

Historias Escogidas 8: Historia clínica ha sido dedicado a las enfermeras y a los médicos, los apóstoles de la salud.

Historias Escogidas 9: Psicoanálisis de Don Quijote de la Mancha contiene historias que tienen que ver con el tema de la “decodificación”, que en el caso de Don Quijote, da lo mismo que “desencantamiento” o liberación de los hechizos de los brujos y encantadores que tanto abundan en España incluso hoy.

Historias Escogidas 10: El síndrome de Harry Potter reúne historias relacionadas con el fenómeno de lo mágico y misterioso.

Historias Escogidas 11: El Cuchicito Higinio. . . Así se dice en Bolivia, “cuchicito”, mientras que en Celendín decimos, “cohecito”, de cariño. Este volumen te presenta a mi suegro, el padre de mi esposa Amanda, que fuera ciego de nacimiento y a quien por muchos años le serví de ojos. Sus historias reflejan su inteligente conversación sobre los temas que más le conmovían, entre ellos, el de los cuchicitos.

Historias Escogidas 12: El Señor Mackay contiene historias de mi infancia. El apellido Mackay es el apodo de los evangélicos en mi ciudad natal, Celendín, que recibimos el evangelio por medio de un misionero de Escocia con este apellido.

Historias Escogidas 13: Ana Filaxia no es el nombre de una despampanante rusa; es el nombre de una alergia mortal llamada “anafilaxia” que adquirí debido a que en medio del exclusivo barrio de Alto Sopocachi donde vivía, la familia del “Químico Alí” estableció con la anuencia de las autoridades de la ciudad un laboratorio que funciona de noche y lanza venenos sobre los que duermen. Este volumen expone mis esfuerzos, inútiles, para impedir que se afectara de este modo a la población.

Historias Escogidas 14: Historias charapas es una antología de historias de la Amazonía peruana, a cuyos habitantes se les llama, “charapas”. Ellos son poseedores de interesantes historias en algunas de las cuales he sabido inmiscuirme ya vuelta a causa de mis recorridos por esta región.

Historias Escogidas 15: Historias de Halloween contiene temas escalofriantes de Todos los Santos, que en Bolivia se ha impregnado de la algarabía de Halloween. Las historias de este volumen tienen que ver con mi pequeña hija Lili Ester y sus amiguitos que cursaban la primaria en el Colegio Boliviano Israelita (CBI).

Esta antología incluye historias que en su mayor parte se relacionan con las historias de la serie “Historias de Infancia”, incluida en la Serie SHILICOLOGIA.

Historias Escogidas 16: Angeles ángeles ángeles refiere experiencias o encuentros del tercer tipo con ángeles.

Historias Escogidas 17: Demonios trata de otro tipo de ángeles: De los ángeles malos, de los shapingos cuyo único objetivo es echar a perder todo lo que tenga buen nombre, empezando por el hombre. ¡De que los hay, los hay! ¿He?

Historias Escogidas 18: Aventuras en pañales es la historia de unos niños coreanos de la edad de mi pequeña hija Lili Ester: Cinco añitos. Estos niños, hijos de la pareja de esposos que llegaron de Corea del Sur para hacerse cargo de la administración de la CBUP en sus primeros años, poseen una gran fantasía que nos señala el camino del éxito.

Historias Escogidas 19: Test de Inteligencia Emocional tiene como objetivo impartir inteligencia emocional a quien carece de ella.

Al final de la antología aparece el texto del famoso T.E.S.T de Inteligencia de la CBUP. Si usted cree necesario aplicar el T.E.S.T. en vuestro entorno académico, puede proceder sin necesidad de obtener Permiso Escrito de parte de la Santa Sede.

Historias Escogidas 20: Una familia muy normal no es la historia de la familia de la serie televisada de los Locos Adams, sino de mi familia, que incluye a George Frankenstein y a otros seres supercalifragilísticamente espialidosos y muy interesantes.

Historias Escogidas 21: En el camino es un conjunto de reflexiones en el formato de historias cortas, las mismas que han sido escritas o por lo menos inspiradas y esbozadas en diversas rutas, en viajes del autor por por más de cincuenta países en cumplimiento de la *Missio Dei*.

Al final viene un Epílogo Poético con una serie de poesías escritas en el camino, todas ellas entresacadas de mi obra, *Filosofía de la vida*.

Historias Escogidas 22: Los Agentes Secretos de Dios es en su totalidad una sola historia. No se trata de historias de Agentes Secretos, sino de una reflexión sobre lo que significa ser Agentes Secretos de Dios.

Este es un material que revoluciona la eclesiología de todos los tiempos, y modestia aparte, surgió en una sesión de estudio de casos en el Aula Magna de la Santa Sede de la CBUP.

Cada historia del volumen, *Los Agentes Secretos de Dios*, ha sido catalogada como “existencial” y “mayéutica”, para diferenciarla de los cuentos infantiles, así como de las fábulas profanas y los cuentos de viejas que proliferan a nivel mundial.

“Existencial”, porque confronta las situaciones de la vida tales como son y ocurren.

“Mayéutica”, porque su metodología inductiva hace que el lector descubra por sí solo el mundo del saber.

Historias Escogidas 23: Historias arqueológicas es un conjunto de relatos relacionados con la exploración de superficie, excavaciones estratigráficas y análisis de gabinete en que el autor actúa como protagonista.

Historias Escogidas 24: La Versión Miniatura de la Biblia es un conjunto de historias relacionadas con un ingenioso y motivador recurso, la Versión Miniatura de la Biblia, producida para el lanzamiento de la Biblia Reina-Valera Actualizada y de la *Biblia Decodificada*, y diseñada para promover actividades infantiles.

Historias Escogidas 25: Literatura hebrea moderna: Autores Israelíes – Serie Guésher La-Nóar, es una serie de *reviews* de historias cortas publicadas por el ala editorial de la Organización Sionista Mundial para la enseñanza del hebreo antiguo y moderno en todos los países del mundo donde viven judíos cuyo interés en este estudio da expresión a su anhelo por emigrar a la Tierra de Israel, su patria bíblica.

El hebreo simplificado de esta serie y la inclusión de los signos de las vocales en el texto, aparte de las introducciones y las notas de pie de página que traducen las palabras que pueden resultar nuevas al lector, hacen de su lectura un verdadero placer.

Estas historias fueron las que motivaron al Dr. Moisés Chávez a explorar el potencial de este poco explorado género literario de las historias cortas como recurso de la comunicación.

Un material paralelo de este volumen es el primer volumen de la serie intitulado, *Las historias cortas: Poderoso género literario*. Este material también aparece como el Volumen 17 de la Serie ACONTECIMIENTOS MEDIATICOS.

Historias Escogidas 26: Cervantes, Garcilaso, Shakespeare es una especie de introducción a la literatura española e inglesa, enfocando prioritariamente el género literario de la Historia Corta y su conexión con la Biblia, la joya más grande de la literatura universal, que es el objetivo principal de la página web Biblioteca Inteligente.

Cervantes, Garcilaso, Shakespeare no sólo representan a tres mundos (el mundo español, el mundo andino y el mundo inglés), sino que comparten el extraño detalle de haber partido a su morada eterna en el mismo año, dos de ellos en el mismo día, el 23 de abril, razón porque la UNESCO ha declarado esta fecha como Día de los Derechos de Autor, reconocimiento del que ellos mismos no disfrutaron en su tiempo.

Historias Escogidas 27: Literatura francesa es un enfoque de la narrativa breve francesa como formando parte del género más complejo de la novela. Para ello hemos escogido reflexionar sobre la obra literaria de la Condesa de Ségur, diseñada especialmente para el mercado infantil pero con un poderoso mensaje para todas las edades.

Básicamente esta obra se compone de una serie de introducciones a cada una de las novelas de esta maravillosa escritora francesa nacida en Rusia, introducciones que son producto de su enfoque como Casos de Estudio en el aula de la California Biblical University of Peru (CBUP), entidad especializada en la metodología del Estudio de Casos.

El género literario de la historia corta es “una novela en miniatura” y debiera tener el nombre de su ancestro italiano, “noveleta”. Pero “historia corta” es una designación difundida: En inglés se le llama “short story”; en hebreo se le llama “sipur qatsár”, y en ambos idiomas es un género literario muy difundido. No hay que confundirla con los “cuentos”, género literario infantil en que prima la fantasía. La historia corta destaca por su carácter existencial e incluso académico como las historias cortas de la Biblia y las de la CBUP. Se ha dicho que si una historia corta no enseña algo de gran importancia no es una verdadera historia corta.

Las historias cortas académicas se re-inventaron en el ámbito de la CBUP para servir como “casos de estudio” en diversos cursos desarrollados mediante el “estudio de casos” (inglés: *Case Study*), metodología que podrás examinar en la separata ESTUDIO DE CASOS incluida en la Biblioteca Inteligente.

Cada historia de *En el camino* ha sido catalogada como “existencial” y “mayéutica”, para diferenciarla de los cuentos infantiles, así como de las fábulas profanas y los cuentos de viejas que proliferan a nivel mundial.

“Existencial”, porque confronta las situaciones de la vida tales como son.

“Mayéutica”, porque su metodología inductiva hace que el lector descubra el mundo del saber por sí solo.

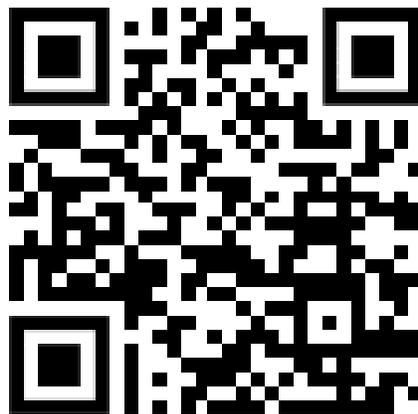
* * *

Las citas bíblicas en la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS provienen de la *Biblia Decodificada*, la versión oficial de la Santa Sede de la CBUP.

En la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS, escogidas de entre más de mil historias cortas de nuestro arsenal, todos los volúmenes han sido incluidos de manera independiente en la página web Biblioteca Inteligente:

www.bibliotecainteligente.com

Para profundizar lo que respecta a las Historias Cortas visita nuestra casa en internet. Aquí tienes la llave:



www.bibliotecainteligente.com

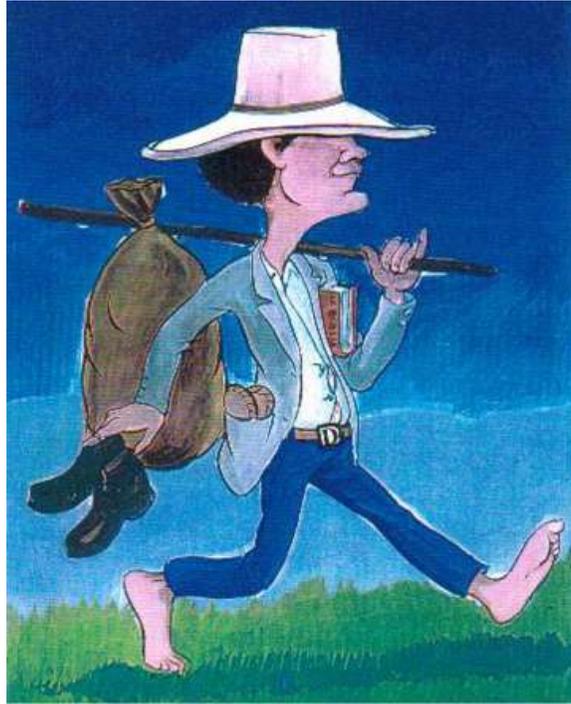
En cuanto a *MISIONOLOGICAS*, el Boletín Semestral de la Santa Sede, para recibirlo en tu email escribe a la Dra. Silvia Olano, Secretaria de la CBUP, al email:

cebcarbup@gmail.com

¡Seas bienvenido al apasionante mundo de las Historias Cortas!

Dr. Moisés Chávez,
Editor de la *Biblia Decodificada*
Revisor Principal de la Biblia RVA
Director del CEBCAR Internacional
Director Académico de la CBUP





EL POTOCHITO
Himno de Acción de Gracias

A cual más enamorado de la vida
 y de merucas repletos sus bolsicos,
 prosalla y safasique sale
 llevando siempre a cuestras
 su talega de atabales.

CORO:

¡Al trote!
 Al estilo Miguelino.
 Ahorrando zapatos,
 al estilo tío Andrés.

Dirás:
 “¡Hay ser un pateperro ese shilico!”
 Pero así como lo ves,
 debajo del humilde potocho celendino
 se esconde un erudito de la Biblia. (BIS)

CONTENIDO



PROLOGO

ANTOLOGIA DE HISTORIAS CORTAS

1

TRES CANAS AL AIRE

2

EL ENSOK GRANDE Y EL ENSOK CHICO

3

CARNAVAL
EN EL PUENTE INTERNACIONAL

4

PREPOTENCIA VIAL

5

HOJA DE RUTA

11

6

LA BELLA Y LA BESTIA

7

LA FILOSOFIA DE LA VIDA
DE VICTOR REY

8

RUMBO A LA SANTA SEDE

9

EL DILUVIO UNIVERSAL

10

PICHANAQUI SHOW

11

UN VIAJE FELIZ

12

DON CARLOS DE ORDOÑEZ
CONDE DE LOJA

13

EL GRINGUITO NOVELERO

14

LA POCAHONTAS

15

PAMELA

16

EL SINDICALISTA

17

SALVADO DEL BLOQUEO

18

¡BINGO!

19

EL CHULILLO

12

20

LAS ANIMAS MALDITAS
DE LA PANAMERICANA NORTE

21

CONVERSACIONES EN LA TERMINAL

22

EL MONUMENTO AL BESO

23

EL TIO DEL SOCAVON

24

LOS OJAZOS DE MARGOT

25

LAS PALOMITAS DE LA CBUP

**EPILOGO POETICO:
POESIAS EN EL CAMINO**

1
TRES CANAS AL AIRE

Así dimos término a nuestras actividades de febrero del 2002 en la Santa Sede de la CBUP. Gracias a Dios no faltaron los recursos para que se pudiera repetir nuestro ritual al final de cada curso. En el momento en que cada uno de nuestros profesores termina su curso, la secretaria y yo invadimos la sala de conferencias para expresarle nuestro agradecimiento y hacerle entrega de su sobre con su pago en efectivo.

Al final del curso del Dr. Casavechi, y cuando se aplacaron los aplausos, pronuncié este breve discurso:

Queridos estudiantes, vamos a tener nuestro acostumbrado ritual de fin de curso. Ustedes han cumplido con sus responsabilidades y han hecho posible que sigamos llevando a cabo nuestro acostumbrado ritual.

Entre todos los placeres del mundo, el más rico, no es como ustedes se lo imaginan, el placer sexual. El mayor placer es el de pagar nuestras deudas, y los morosos no se imaginan lo que se pierden.

Así que es un gran placer poder pagar nuestra deuda de agradecimiento al Dr. Casavechi.

¡Grandes aplausos!

* * *

Luego fuimos todos a festejar en el Chifa Hong Huin.

Elizabeth, la secretaria, preparó en la computadora un cartel que decía CHIFA DE LA CBUP, para colocarlo al pie del letrero del chifa, para que saliera en la foto oficial.

El Chino, dueño del chifa, bailaba de alegría, pues tal cosa le significaba publicidad, y la gente que pasaba se detenía para ver a los “rugrats de la CBUP” luciendo tanta felicidad.

Había gozo en el cielo y en el chifa, y nos tomamos muchas fotos.

Román Yacila se acerca a mí y me dice;

—Doctor, usted coma a mi cuenta todo lo que quiera, ¡pues yo pago! —e hizo sonar en el aire un billete de 100 dólares, nuevecito—.

Pero el Chino, insistía que mi plato era de cortesía.

Sólo una nube gris estropeó nuestra alegría, y el Chino no tuvo reparos en decírnoslo:

—¡Cómo es posible que no me hayan incluido en la foto a mí, siendo yo el dueño del chifa!

* * *

Entonces, con lágrimas de tristeza me despido de los estudiantes diciéndoles:

—Hemos cumplido con todo lo que nos habíamos propuesto. Ahora creo que me merezco un refrescante descanso en el interior del país, para echarme un par de canas al aire antes de volver a casa en Bolivia.

Cuando todos nos abrazamos y nos despedimos, me sigue Carlos Suárez Alarcón, el estudiante que ha sido agraciado con el lindo nombrecito de “el Gatito de la CBUP” o “el Gatito de la Institución”. Y algo consternado espera para hablarme a solas y me hace esta observación:

—Doctor, pero me parece que la expresión “echar una cana al aire” tiene connotaciones de *affaire* amoroso, de aventura sexual, de pecado. . . ¿No le parece que eso no va con usted, doctor?

Le digo:

—No necesariamente, Gatito, pero aun si así fuera, yo no he dicho “una cana al aire”, sino “un par de canas al aire”. Eso es algo distinto. . .

—Ah, doctor, disculpe. Si es así, está bien. . .

Y continúo:

—¿Y qué te parece si más bien me echo “tres canas al aire”? Dicen que el número 3 es el número perfecto. . .

Y él concluye:

—Quizás así esté mejor, doctor. ¿Verdad?

Y nos damos un fuerte abrazo de despedida.

* * *

Después de tan suculento almuerzo, el Rabi Yalico y yo partimos para Huánuco acompañados por otro de nuestros profesores de la Santa Sede, el Dr. Pedro Torres. Como éramos tres, razón tenemos para hablar de “tres canas al aire”. ¿No te parece?

El motivo de este viaje es que en Huánuco yo debía dar el discurso de clausura del programa de entrenamiento de los líderes juveniles de la Región Central de la IEP, para lo cual había sido puesto a mi disposición el lujoso automóvil último modelo de Rabi Yalico.

Como los tres que íbamos éramos viejos amigos, de esos amigos de la Guardia Vieja, este paseo serviría para reencaucharnos y divertirnos a lo grande con los recuerdos de la vida y lejos del alcance de nuestras propias mujeres. Podría decirse con justicia que éramos “tres diablos sueltos”.

Casi sin sentirlo llegamos al final del día al local fortificado del Instituto Bíblico de la IEP, el escenario escogido para este multitudinario acontecimiento.

Cuando se abre la enorme puerta metálica para la entrada triunfal de nuestro vehículo nos golpea la vibración de la bulla de una multitud de niños y niñas que corren y juegan sin parar. Y entre ellos se abren camino los discípulos de Rabi Yalico, los estudiantes de la AMIEP, que parecían ser los únicos grandecitos en el evento.

* * *

Se acerca para saludarnos el profesor Carlos Hurtado, el organizador del evento, y los chicos de la AMIEP llevan nuestro equipaje al cuarto que nos estaba reservado.

Entonces me preocupa un poco el hecho de que yo venía a enfrentarme a jóvenes y señoritas, y no a un enjambre de chiquillos bulliciosos.

Echamos de menos al pastor Esteban Laureado, el director del Instituto Bíblico de la IEP. El estaba en su departamento, allí dentro de las murallas de la gran fortaleza, pero se sentía algo indispuerto y le acababan de poner una lavativa. Por eso no pudo levantarse para darnos la bienvenida.

Más tarde también echamos de menos la frugal sopita caliente que se sirvió a todos en el comedor, pero a nosotros los invitados de honor, nadie nos la daba.

* * *

En la noche, ante nuestra infantil concurrencia, tuve que cambiar el enfoque de mi discurso. Escogí el pasaje de Lucas 10:38-42 que trata de la visita que hiciera Jesús a la casa de sus amigas Marta y María.

Les dije:

En este campamento que vamos a clausurar esta noche ha habido muchas actividades, importantes y necesarias.

Es necesario el aseo, el lavar los platos y los baños; pero es más necesario e importante dar el debido tiempo al estudio de la Biblia.

Es necesario alimentarse bien: Tomar desayuno, almorzar, cenar. Pero a nadie hemos de excluir de lo más importante en este evento: Escuchar la Palabra de Dios.

Son necesarios los juegos y los deportes, y tienen un espacio adecuado. Pero más importante que todos los encuentros deportivos es nuestro encuentro con Dios.

Acontecimientos como estos también son caldo de cultivo para experiencias sentimentales, para las expresiones de amor, para los besos y los enamoramientos, todas estas cosas muy importantes en la vida, pero más importante es aprender de la boca del Señor.

Ninguna cosa es tan necesaria e importante como el sentarse a los pies del Señor y escuchar su Palabra, como lo hizo María de Betania.

* * *

Haciendo un paréntesis, presenté al Dr. Pedro Torres, que estaba sentado en la primera fila de la grande concurrencia. De pura emoción, él estaba moviéndose como un chiquillo con gusanera.

El parecía jaranearse con cada palabra que salía de mi boca; por eso lo noté y dije: “Por sí las moscas, al aceptar la invitación de venir acá he tenido la precaución de hacerme acompañar por el Dr. Pedro Torres Valenzuela a quien le ruego que se ponga de pie para recibir nuestro saludo.”

El venerable anciano se pone de pie en medio de estruendosos aplausos. Y prosigo: “Me he hecho acompañar de él, porque él es experto en echar fuera. . . ¡¡¡todo espíritu de enamoramiento!!!”

Ante el énfasis puesto en la última frase, los muchachos y las chicas de la AMIEP prorrumpieron en carcajadas.

* * *

Una vez seguro de haber captado la simpatía y la atención de la chiquillada, les dije:

En ocasiones como la presente nos afanamos y nos preocupamos por muchas cosas que son necesarias. Pero una sola cosa es imprescindible, y muchas veces la perdemos de vista.

Lo imprescindible es hacer como María de Betania de quien dijo Jesús que “había escogido la mejor parte, la cual no le será quitada.”

Acontecimientos como el presente son breves, pero si escogemos la mejor parte, eso nos servirá más allá de la clausura de esta noche.

* * *

Cuando terminé de decir estas palabras presenté a nuestro huésped de honor, el Dr. Pedro Torres, que estaba sentado en la primera fila. Moviéndose como un chiquillo más el parecía deleitarse y jaranearse con cada palabra que salía de mi boca. Por eso lo noté y dije: “Al visitarles en esta ocasión he tenido la precaución de hacerme acompañar, por sí las moscas, por el Dr. Pedro Torres Valenzuela aquí presente. A él le ruego que se ponga de pie para saludar a la concurrencia. . .”

Entonces el venerable anciano se pone de pie y saluda en medio de estruendosos aplausos, remolineándose como un chiquillo con gusanera.

Y concluyo mis palabras: “Me he hecho acompañar de él porque él es experto en echar fuera ¡¡¡todo espíritu de enamoramiento!!!”

Ante el énfasis puesto en la última frase, los muchachos y chicas de la AMIEP prorrumpieron en carcajadas. ¡El salón de actos reventaba de jolgorio!

También los profesores del Instituto Bíblico de la IEP se sumaron a la fiesta, con excepción del señor director, el pastor Esteban Laureado, que estaba en cama con una extra dosis de lavativas liberadoras.

* * *

Al día siguiente nos dispusimos a partir de regreso a Lima.

De nuevo, ¡cómo nos hubiera gustado tomar siquiera “una humilde tacita de café”, como le suele decir Doña Florinda al Profesor Girafales. Pero nadie nos dijo: “Pasen hermanos a nuestro departamento; mi Ayuda Idónea les va a servir una humilde tacita de café.”

El pastor Esteban Laureado, se encontraba “laureado” con una super dosis de sumo de laurel.

Algunos de los profesores del Instituto Bíblico de la IEP nos miraban de reojo un tanto cabizbajos como los zombies cristianos, pero no se acercaban a saludarnos.

Y la “abuelita” Margarita Dietrich que ahora dirige una empresa privada llamada “Ministerio de Liberación Satánica”, hacía de las suyas con la luz verde de que gozan los que son misioneros extranjeros.

Ella se dirige a una de las instructoras del evento de formación de líderes juveniles que estaba vestida con una blusa negra que dejaba ver debajo un poquito su sostén —una blusa de verano que a nadie le llamaría la atención salvo a los morbosos— y se toma la libertad de decirle:

—¿Por qué lleva una blusa tan sensual? ¡Usted debe tener serios problemas personales y necesita de mis servicios de liberación!

* * *

Mientras veo el efecto de sus palabras en aquella digna dama y escucho otras tantas sonseras piadosas, reflexiono impasiblemente y parafraseo para mí mismo las palabras del Señor: “Sed, pues, vosotros, ahorados como serpientes y monses como palomas.”

Porque por lo general, somos monses, nada más. Y algunos pocos son exclusivamente ahorados. Pero el mérito está en ser las dos cosas al mismo tiempo y con el balance que da la sabiduría.

Y quizás el hambre —porque no habíamos cenado el día anterior ni habíamos tomado desayuno al día siguiente, el día de nuestra partida de regreso a Lima Limón—, me hace pensar en otro texto de las Escrituras, que dice: “Yo visité tu casa y no me diste de comer, ni tampoco me diste de beber, y menos me lavaste los pies.”

Sólo los lindos muchachos y las chicas de la AMIEP nos manifestaban su agradecimiento por nuestra visita, y el cafecito caliente de nuestras fantasías, recién lo tomarías en Huariaca, en un abrigado restaurant junto a la carretera.

* * *

Este paseo me hizo recordar aquellos hermosos tiempos cuando yo era profesor en la Pontificia Universidad Católica del Peru (PUC). Yo era muy joven y no tenía ni una sola cana.

Cierto día, al constatar ciertos manipuleos de la vida y el típico jueguito del Ping-Pong administrativo del que venía siendo víctima, un catedrático entrado en años me dijo algo que después se me antojó verter en verso:

ME FALTAN GANAS

*Viendo las injusticias
del quehacer universitario,
un catedrático veterano
buscó conversar conmigo.*

*¿Era yo experimentado
en el quebranto?
¿Buscaba él darme consuelo
en medio del desencanto?*

*Era este su cau-cau:
Al hombre, que era sesudo,
le importaba mi status quo
en la mecedora Facultad.*

*“Ser peloteado produce
un placer desconcertante.
Y el ping-pong de la rutina
le roba horas a tu vida.”*

*Prosiguió: “Te sobran ganas,
Y en créditos eres un ass.
Pero te falta lo más-más.”
Entonces paré la oreja.*

*“Te faltan canas, mi amigo.
Cuando tengas lo que me sobra,
recién te darán pelota.
Mientras tanto, estás de más.”*

*Han pasado muchos años,
Y ahora me sobran canas.
Y exigen mucho de mí,
pero me faltan las ganas.*

2
**EL ENSOK CHICO
 Y EL ENSOK GRANDE**

El George Frankenstein, mi hijo putativo, estiró su pescuezo para ver en la pantalla de mi computadora lo que yo estaba escribiendo: *Choi Joae Yong Um Kam*. Y encongiéndose de hombros se alejó diciendo:

—Estás escribiendo en lenguas, ché. ¡Las muchas letras te vuelven loco!

Le respondí:

—Para que no pienses que estoy divagando te voy a explicar lo que he escrito. Las palabras *Choi Joae Yong Um Kam* no son lenguas angelicales ni tampoco son lisuras, sino dos nombres coreanos; dos personas que quisiera presentártelos desde ahora para que los vayas conociendo y amando: Kam es su apellido, Yong Um son sus nombres del esposo. Y Choi Joae son los nombres de la esposa; bueno, la idea es ésa. Ellos fueron una joven pareja coreana que vinieron a encarnarse en el Perú, y en las partes más bajas de la tierra. . .

—¿A qué te refieres con eso de “las partes más bajas de la tierra”?

—Me refiero a la Rica Vicky, el reino originario del Chino Fujimori, de la Señita Gisela Valcárcel y de este humilde servidor.

En la fase final de su proceso de encarnación, ellos descendieron de su nave espacial y se posaron en la cima del rascacielo de Saenz Peña 513, ahora convertido en santo lugar de peregrinación.

Pero tal encarnación no hubiera sido completa sin la elección del equivalente español de Choi: “Lucecita”. En adelante, este nombre que significa “mi pequeñita luz”, llegaría a brillar y a penetrar el subconsciente de ella y de todos nosotros. Cada vez que recuerdo ese nombre bendito, Lucecita, me lleno de fe y de valor.

* * *

La exégesis termina aquí. Lo que sigue a continuación es puro eiségesis. Me refiero a los nombres de sus dos pequeños hijos, uno de cinco y otro de seis años.

Tú jamás podrías distinguir entre sus nombres; ni yo tampoco, a pesar de mis vastos conocimientos del idioma coreano. Es que son tan similares el uno del otro, que sólo los que tienen cerebro coreano y están debidamente programados pueden hacer distinción entre los dos. Por eso mismo es que dejando de lado la exégesis recurrimos a la eiségesis.

Los allegados peruanos de la familia Kam los llamábamos simplemente Ensok Grande y Ensok Chico, y punto. Pero en la escuelita fiscal —esa que queda al lado del cine Olimpo, el único de Lima que por tanto tiempo se ha resistido al evangelio, fiel a sus exhibiciones de sex al desnudo—, a los dos los llaman simplemente “chinos”, por más que ellos se esfuercen en explicar que no son chinos ni japoneses, sino coreanos.

De este modo, relativizándolos y reduciéndolos al nivel de “chinos”, se completa el ciclo de humillación y glorificación, inherente en la encarnación de esta familia coreana en el Perú, que a la manera de Jesús, sólo estuvieron en misión en esta tierra tres años al cabo de los cuales ascendieron a Corea del Sur tras haber dicho: “¡Consumado es!”

* * *

Yo venía escribiendo algunas reminiscencias de la familia Kam, y se las cuento a Rabi Yalico y al Dr. Torres, con quienes venía en el auto de regreso de Huánuco, después de haber participado en un evento sin parangón en el Instituto Bíblico de la IEP. Mientras Rabi Yalico conducía bien despierto, debido al efecto del delicioso café de Chanchamayo que nos tomamos en Huariaca, el Dr. Torres me hace esta pregunta desde su asiento de atrás:

—¿Y por qué los esposos Kam se regresaron tan intempestivamente a Corea del Sur?

Y respondo en alta voz, intentando que el tecló escuche mi respuesta:

—Es que sus hijitos, el Ensok Chico y el Ensok Grande, ya hablaban más español que coreano, y sus padres estaban preocupados porque no les podían entender ni michi.

Haciendo un esfuerzo para que el tecló me escuche mejor, me volteo y le digo:

—Y para colmo de males estaban aprendiendo a hablar en jerga, y de la mejor calidad, como es el caso de la jerga de la Real Academia de la Rica Vicky.

—¡Jué! ¿Por eso nomás se volvieron a Corea?

Le respondo:

—¿Te parece poca cosa? Un buen día el Ensok Grande le dijo al Ensok Chico: “¡Concha tu madre!” Y Lucecita, la madre, no entendió esta expresión que despertó tal reacción de furia y agresividad en el pequeño, que se armó la de San Quintín.

* * *

Ella se dirigió al Ensok Grande en coreano, y le preguntó:

—¿*Kimshi haamsanidá oso osea Korea?* —que traducido es: ¿Cómo se dice eso en coreano?—

Por supuesto que el Ensok Grande no se lo pudo traducir, y la Lucecita, preocupada porque estaban perdiendo su capacidad de comunicarse en coreano con sus propios hijos, juzgó que era de urgencia volver a casa en Seúl.

Esta decisión consecuente con el verdadero concepto de *Missio Dei*, que involucra a la familia y la protege de su desintegración, me parece totalmente comprensible y plausible.

* * *

Todos en el vehículo juzgamos que Lucecita tenía mucha razón. Pero a decir verdad, los chicos tampoco se comunicaban de maravilla en español. De eso me di cuenta cuando los llevé a la playa de Miraflores juntos con mi pequeña hija Lili Ester, de cinco años de edad, también ella de aspecto chino en esa fase de su vida, y de quien ambos hermanos estaban perdidamente enamorados.

El Ensok Chico le pregunta, insistentemente, a su madre:

—¿Es posible que se pueda casar un coreano con una peruana? —Yo, personalmente, pienso que sería una hermosa combinación—.

Allá en la playa de Miraflores, repito, los tres chicos estaban jugando de lo más lindo con las olas, cuando de repente los dos Ensok salen del mar corriendo, preocupados, y detrás de ellos viene mi hija, sin poder entender lo que estaba ocurriendo.

El Ensok Grande y el Ensok Chico me dicen, evidentemente desesperados:

—¡Queremos hacer el dos!

* * *

No hubo más remedio que apresurarnos a la caseta donde estaba el baño público, que se encontraba a una cuadra cuesta arriba.

Caminamos sobre los talones y las puntitas del pie, yo adelante, el Ensok Grande detrás, el Ensok Chico más atrás, y al final de la fila, bien atrás, la Lili Ester, que no entendía qué ocurría.

Por fin llegamos a la caseta. El fuego del Sol reflejado sobre el sendero encementado nos quemaba los pies, y los chicos, inclusive la Lili, que nos seguía de puro voluntaria, sufrían horrores como usted bien se puede imaginar. A ella le hubiera ido mejor quedarse en la playa donde su mamá conversaba entretenidamente con la Lucecita después de haberse desentendido de los chicos, que ellas engatusaron a vuestro seguro servidor.

* * *

Llegamos, pues, a la caseta del baño. Y grande fue nuestra decepción cuando nos dicen que antes había un baño allí, pero que lo habían trasladado a otra cuadra más arriba.

Así empezó la segunda fase de nuestra tortura sobre talones y puntitas de pie.

Ni bien llegamos a la segunda caseta, que en realidad no era ninguna caseta, sino una instalación con todas las comodidades que habían acabado de construir, pagué apurado por el uso de dos sanitarios y dos rollitos de papel higiénico, uno para el Ensok Grande y otro para el Ensok Chico. —La Lili, como dije, venía de cortesía—.

Entonces los dos Ensok me dicen:

—¡No necesitamos papel higiénico!

Yo les digo, asombrado de su cultura coreana:

—¿No me dijeron que querían hacer el dos? ¿Y con qué se van a limpiar el culo? ¿Con los dedos?

El Ensok Grande respondió, mostrándome un dedito:

—Yo sólo quiero hacer el uno.

Y el Ensok Chico, mostrándome también un dedito, dijo:

—Yo también quiero hacer sólo el uno. Y los dos queremos hacer el dos.

* * *

Así me percaté que se habían referido a que uno más uno es dos. Antes de eso, yo no lo sabía.

Mira, zambo, estos niños koreanos no querían ensuciar el Océano Pacífico haciendo pis, porque estaban educados a pensar y a actuar en términos de la *Missio Dei*.

El regreso al lugar donde sus madres estaban sumidas en amena conversación, lo hicimos por otro camino, refrescando nuestros pies sobre la arena mojada por las frescas olas del mar. Y mientras voy tras ellos, de lejos, pero sin perderles la mirada, reflexiono acerca de la enseñanza ecológica de estos lindos chicos coreanos que prefirieron tanto sufrimiento a contaminar con pis las aguas ya contaminadas del mar de Miraflores.

Cuando acabo de referir esta historia, el Rabi Yalico exclama:

—¡Qué lección más conmovedora respecto de la Misión Integral!

Pero el Dr. Torres escuchó “micción integral”, y no era posible cortar su arranque de risa, porque he aquí que a estas alturas el hombre estaba, como dice la palabra. . . “¡chino de risa!”

* * *

Cuando nos aproximamos a Tarma, me lleno de nostalgia y les digo a mis compañeros de viaje:

—Ahora que los Kam se han vuelto a Corea, les extraño mucho, de manera especial a los dos Ensok.

El Dr. Torres se enjuga las lágrimas e interviene:

—¡Nunca se les podrá olvidar! Lo que ellos hicieron permanece. . .

Y yo prosigo:

—Aquel día de playa el Ensok Grande hizo con entusiasmo y empeño una poza en la arena, muy lejos de la línea donde rompían las olas. Mientras eso hacía, el Ensok Chico y la Lili estaban abocados a construir su castillo de arena. A continuación, el Ensok Grande construyó con sus dedos y uñas un largo canal en la arena, desde el mar hasta su poza. Y dijo: “Por este canal el agua del mar va a llenar mi poza, y yo me voy a dar aquí un chapuzón, solito, sin dejar que se metan los demás.”

Eso era imposible al medio día, porque no era la hora de la marea. Pero mientras se mantuviese alejado el Ensok Grande, sin molestar a los más pequeños, no ridiculizamos su proyecto de ingeniería.

El Dr. Torres inquiere:

—¿Y qué ocurrió luego?

—Ocurrió que ni bien acabó de hacer su canal, vino una ola gigantesca que nos sorprendió a todos. La ola nos correteó mar afuera y llenó la poza del Ensok Grande, aunque tras su retirada no dejó ni rastros de su canal.

* * *

Estas, entre otras cosas, les cuento a Rabi Yalico y al Dr. Torres. Y me pongo pensativo, y les digo:

—Eso mismo ha ocurrido con la CBUP que los Kam fundaron en el Perú.

—¿A qué te refieres? —inquiere el Dr. Torres—.

—A que ellos han desaparecido. Pero después que ellos han desaparecido, nos han dejado una poza de agua que pretende contener el mar. Es la mejor analogía que encuentro

para describir lo que es una universidad de verdad. Quizás el tiempo borre la canaleta que ellos hicieron con sus propias uñas. . .

El Dr. Torres comenta:

—A diferencia de los gringos, que de arranque meten catapila. . .

Y termino diciendo:

—Pero no se borrará jamás el agradecimiento empozado en nuestros corazones, porque vinieron de un mundo raro para dejar sus huellas visibles en las Pampas de Nasca, en los cráteres de Cieneguilla, en el rascacielo de Saenz Peña 513 y en la Santa Sede en la cuadra 11 de la Avenida Brasil. La prueba es que, a diferencia de Marte, la CBUP todavía contiene agua, y contiene vida.

—¡Qué parábola tan existencial!

* * *

Después de un síncope prolongado, el Dr. Torres comenta, un tanto desenfocado:

—¡Verdad que parecían extraterrestres!

Y le dijo:

—Y como dice Plutarco Bonilla, “¡las parábolas también son milagros!”

Rabi Yalico exclama:

—Paréceme que eran profetas. . .

Le digo:

—¿Y no será esta historia de la playa una profecía?

Y él responde:

—Mira, Móshe, ¡que sea como dijo Rabi Gamliel ha-Zaquén: Si la CBUP es de hombres, será destruida. Pero si es de Dios, ¡no podrá ser destruida jamás!

* * *

Han transcurrido diez años desde que tuve ante mis ojos a aquella parejita de jóvenes coreanos, ambos delgados y de mediana estatura, y que no gozaban de excelente salud. Pero ambos estaban dotados con el don espiritual del amor, de la alegría, de la convicción y de la sonrisa.

Regresaron a su patria en circunstancias de emergencia, tras haber depositado la carga de la administración de la CBUP en manos de peruanos. Pero lo que soñaron, diseñaron e implementaron continúa en pie y tiene proyecciones de convertirse en un movimiento que inundará toda la América Latina.

—Así es, Dr. Balbuena. La CBUP (ahora CBUP-VIRTUAL) es la primera institución teológica que no ha surgido del paternalismo ni del nepotismo, y ha llegado a funcionar gracias a las convicciones y a la financiación de peruanos, de zambos, de chinos y de cholos, como tú y yo.

—Como dice la palabra: “¿Quieres tamales? ¡Cómpratelos!”

—Así es, Dr. Balbuena. Porque ningún esfuerzo tendrá frutos o resultados generacionales cuando constituye un esfuerzo ajeno y no propio.

—Así es, doc. Porque no hemos de ofrecer al Dios de Abraham un sacrificio que no nos cueste nada.

3 CARNAVAL EN EL PUENTE INTERNACIONAL

En aquella vacación no había manera de dejar encargado a nuestro Shadow en La Paz cuando toda la familia tuvimos urgencia de pasar un tiempo en Lima. Lo que más nos preocupaba, tras haber aprendido lo que ocurrió con nuestro vecino, el contorsionista Alvaro Borhen, era que en cualquier casa donde lo dejásemos encargado, pudiese aparecer de la nada el Señor Don Gato Ronrón.

Con sólo sentir en la cercanía el olor de un gato, el Shadow se dispara como un cohete desde el Cabo Callanimal, con un sonido semejante al reguero de la pólvora.

Mi agenda quedaría, pues, muy limitada, y más aun cuando Amanda y Lili debían volver a La Paz anticipadamente, dejándome la carga de velar por la integridad física y el bienestar del Shadow, sobre todo en el viaje de regreso a casa.

* * *

Da qué pensar el hecho de que el Shadow tenga doble nacionalidad, peruano-boliviana, y que se diera a sí nomás un paseíto de La Paz a Lima y de Lima a La Paz, mereciendo de este modo el nombre artístico de “Shadow International”.

Mi mujer dijo, antes de iniciar nuestro viaje a Lima:

—¡El Shadow se queda!

Entonces su mamá, que no quiero decir su nombre, pone el grito en el cielo, haciendo notoria la fuerza de su voluntad:

—¡He dicho que el Shadow se va! ¡Y punto!

Y siendo así las cosas, como quien dice, por las buenas, el día de la partida la maletita del Shadow era lo primero en estar lista, conteniendo su bolsa de granulado sanitario suficiente para un mes, además de una buena reserva de semillitas de girasol.

Y cuando llegó el momento, él fue el primero en abordar el bus de la empresa Ormeño Internacional, listo para un viaje ida y vuelta de 3.000 kilómetros en total.

Fue en el retorno de ese primer viaje que ocurrieron las cosas del Puente Internacional.

* * *

Ocurrió el lunes 28, último día de febrero y último día de Carnaval.

El Shadow y yo llegamos a Desaguadero, en la frontera del Perú y Bolivia, rumbo a casa en La Paz.

Los policías del Desaguadero peruano, así como los de las inmediaciones de la cuenca del lago Titicaca, se habían reunido a la hora prevista junto a la caseta de la Guardia Civil en la cabecera del Puente Internacional sobre el río Desaguadero que separa el Perú de Bolivia. Estaban a la espera del Rey Momo, el Rey del Carnaval, que por alguna razón se demoraba en aparecer en el escenario.

Pero nada hacía pensar que estaban allí para celebrar el Carnaval de una manera loca y desenfrenada, bajo el sofocante Sol del medio día. Nada, absolutamente nada. Nada de música, nada de globos de colores, nada de serpentinas. Nada de muchachas piernudas listas para bailar la Morenada. En una sola palabra, nada.

* * *

En el Puente Internacional nos demoramos más de una hora. Mientras tanto, en el terminal de La Paz, mi esposa y mi hija esperaban nerviosas mi llegada.

—Por alguna razón se han quedado varados en el Puente Internacional —le explica la empleada de Ormeño—. Dicen que se ha presentado un problema con un gánster. . . Pero no se preocupe, señora; parece que no es algo grave. . .

¡Cómo no se iba a preocupar mi mujer si en el bus en que yo viajaba, “se había presentado un problema con un gangster”! ¡Y quién sabe no ha sido uno solo, sino una banda de asaltantes!

Mi esposa insistió en hablar con el Sr. Alfredo Alfaro, administrador de Ormeño en La Paz:

—¿Qué es eso del problema con un gánster?

El hombre le dijo:

—Hamster, señora, hamster. No se trata de un gánster sino de un hamster.

¡Eso fue peor! Porque justamente, su esposo venía de Lima acompañado de un hamster dorado, su hijito adorado de la Lili Ester. Si algo le ha pasado a ese pequeñín, como para detener el bus por más de una hora en el Puente Internacional, ¡sin duda el problema no ha sido con el hamster sino con su señor esposo!

* * *

Cuando por fin llega el bus a La Paz con retraso, mi esposa y mi hija ya se habían vuelto a la casa, dejando encargo de que la llamaran del terminal. Así me vi obligado a encargar mis maletas y la casita del Shadow en la oficina de Ormeño para salir a buscar un taxi.

De repente, mi esposa y mi hija me encuentran. Habían regresado de medio camino al ser informadas que el bus acaba de llegar.

Cuando mi hija me vio sin la casita de su dorado y adorado Shadow, puso el grito en el cielo:

—¿Y el Shadow? ¿Qué le ha pasado a mi Shadow!

—Tu Shadow está bien; lo he encargado en la oficina de Ormeño.

Cuando llegamos a Ormeño, la chica buenamoza que había creado el problema con un gánster, había abierto la portezuela de la jaula y se encontraba acariciando y besando al diminuto galán. ¡Ay, Shadow, Shadow! ¡Cómo te envidio, condenau!

Luego me mira con los ojos llenos de alegría y ternura, y me dice:

—¡Ah, este era el hamster que ocasionó el problemón en el Puente Internacional!

* * *

Entonces mi esposa me aturde con su aluvión de preguntas:

—¿Qué ha pasado en el Puente Internacional? Nos enteramos que algo le ocurrió a un hamster y que hubo una batalla campal? ¿Se trata del Shadow? ¿Por qué se demoraron tanto al cruzar el puente?

Le respondo:

—Sí, fue el Shadow. ¡Pero, cálmate mujer!

—Pero, ¿qué le pudo haber ocurrido al Shadow? En la oficina no me han dado detalles porque las llamadas telefónicas no eran claras. Sólo decían que ocurrió algo con un hamster, y como tú venías con el hamster, pensé que te pudiera haber ocurrido algo a ti.

Le digo:

—Cálmate, mujer. Ya te lo contaré al llegar a casa.

Mientras tanto, la Lili Ester en el asiento trasero del taxi no dejaba de besar a su Shadow, al cual tenía atrapado entre sus manitas.

Me di la vuelta y pude ver su carita triste y chistosa, y sus ojitos diminutos como semillas de linaza, sus bigotes vibrantes y su pelaje dorado.

* * *

Una vez cerca de la casa, mi esposa volvió a la carga:

—Si nada le pasó al hamster, dime la verdad, ¿qué te ha ocurrido a ti?

—Ya te dije que no me ha ocurrido absolutamente nada.

—Presiento que me ocultas algo. . .

—Bueno, te diré: En la frontera quisieron quitarme el Shadow con jaula y todo.

Mi pequeña pone el grito en el cielo:

—¿Quién? ¿Quiénes?

—Los policías en la frontera.

—¿En el lado de Bolivia?

—No. Ha sido en el lado del Perú. Detuvieron el bus en la cabecera del Puente Internacional.

Mi esposa interrumpe y dice:

—Debe haber sido algo grave para que detengan el bus por más de una hora. . .

* * *

Mi hija pone la casita del Shadow en un lugar seguro y sale para meter sus bolsas con botellas de Inca Kola que siempre me encarga cada vez que visito el Perú.

Nos sentamos en la sala, y su mamá del Shadow me interroga:

—¿Lo quisieron matar?

Respondí:

—Algo parecido, porque a la larga, sin mí a su lado, el Shadow se moriría. Pero creo que no les importaba tanto el Shadow sino su jaula o acaso algo más. Lo quisieron decomisar, a pesar de que no eran de la Policía Ecológica. Me lo quisieron quitar a pesar de que yo les decía que era el hamster de mi hija pequeña. Yo les dije que el Shadow era ciudadano boliviano, y que ellos no podían impedir que vuelva a casa después de haberse

solazado en las playas de Lima. Quizás quisieron sacarme dinero para su Carnaval, pero yo no les hice ninguna insinuación al respecto; por eso demoraron el paso del bus. Lo grave para ellos fue que a su alrededor se juntó una gran multitud de gente, mayormente de turistas extranjeros.

Al final, sólo un policía permaneció en sus trece, es decir, no dejaba que el bus partiese antes de solucionar el problema del hamster. Los demás policías lo dejaron sólo, pero él no quiso dar su brazo a torcer, para su propio mal.

Pero déjame contarte las cosas por partes y cucharadas. . .

* * *

En el Desaguadero peruano bajamos del bus para pasar por Inmigración, para luego pasar al Desaguadero boliviano. Pasamos el Puente Internacional a pie mientras el bus era inspeccionado por la policía de la aduana peruana.

Todo esto transcurrió con toda normalidad, de modo que los policías de la caseta junto al puente no tenían por qué meterse a inspeccionar el bus ya inspeccionado. Esa no era su función.

En el otro lado del puente, donde esperábamos el bus, dos mujeres se ponen a conversar presas de ira y nerviosismo. Una de ellas dice:

—Esos no son policías. ¡Son unos ladrones uniformados de policías! ¡No son otra cosa que asaltantes.

Otra mujer dice:

—A mí me preguntaron cuánto dinero traigo en mi cartera. Y luego me hicieron contar mis dólares en su presencia, y como faltaban algunos, uno de los policías me dijo: “¡Tú estás mintiendo a la autoridad!” Yo le dije: “He gastado algunos dólares en el camino. ¿Acaso no puedo gastar mi plata? Y me dijo: “¿De dónde tienes tú 1.000 dólares?” Yo le respondí: “Mire, señor, yo tengo 35 años y soy una mujer profesional.” Y le mostré mis documentos. . .

* * *

Otra mujer decía:

—Y a mí me arranchó mi cartera. Pero yo no me dejé, y le dije: “¡Qué han de ser policías ustedes! ¡Ustedes son una tanda de rateros!

Un pasajero dijo:

—A un turista americano le decomisaron su plato de cerámica artesanal que había comprado en Lima. Pero él se había encariñado tanto con su plato que tuvo que darles plata para que no se lo quitaran.

Otro dijo:

—Y a una señora, mientras contaba su plata delante del policía, otro policía le sustrajo 250 dólares. Allí se quedó la señora, amenazándole con ir a denunciarlo ante la policía.

Una charapita de Iquitos, muy hermosa, casi gritando y estremeciéndose de nervios dice:

—A mí me metieron a la caseta de la policía y me hicieron que me sacara mis zapatos. Luego uno empezó a sacarme mi blusa. ¡Por poco no me sacan mi calzón!

Y un caballero extranjero dice:

—Si buscan droga, debe haber policías mujeres cuando se trata de examinar a las mujeres. ¿Cómo puede ser posible que en un puesto de la Guardia Civil del Perú policías varones manoseen los cuerpos de las mujeres.

Yo escuchaba en silencio.

* * *

Después de un largo rato que tenían al bus parado y no lo dejaban pasar, atraviesa el puente corriendo hacia nosotros la terramoza de Ormeño y se acerca a mí, y me dice: “Señor, la policía lo manda llamar a usted.”

Como no tengo nada que ocultar o temer, crucé de regreso el puente con paso lento y seguro, y cuando llego al lugar donde estaba estacionado el bus, encuentro a los pasajeros de nuestro bus y de otros buses parados en un grande ruedo que ocupaba toda la vía pública, todos con evidente hastío y nerviosismo.

Me abro paso y veo que habían sacado del bus el pequeño maletín negro donde llevaba la casita del Shadow, y lo habían puesto sobre el suelo en medio del ruedo de gente. Y un policía estaba parado junto al maletín, esperándome.

* * *

Era un policía joven, delgado, de talla mediana tirando a alta, y debatía con la gente sin inmutarse. El era quien impedía que el bus pasara el puente al lado de Bolivia.

Nada ni nadie se movería de su lugar si antes no aparecía el dueño de ese maletín negro. El hombre se obstinaba por imponer su autoridad y desestimaba las palabras de las damas y de los turistas extranjeros que se agruparon masivamente, sin obedecer las órdenes de despejar el lugar.

Me acerco a él y le pregunto:

—¿A mí me llaman? ¿Quién me ha mandado llamar?

El policía, que se encontraba discutiendo con una dama, se volvió a mí y me dijo:

—Yo le he mandado llamar.

Y señalando el maletín, pregunta:

—¿El maletín es suyo?

—Sí, señor.

—Deme sus documentos —y yo le entrego mi Pasaporte Peruano—.

Luego me dijo:

—¡Abralo!

Le digo:

—Está sin cierre, ¿no lo ve?

Y le muestro su contenido que él ya conocía: Una jaula con un pequeño hamster dentro, que dormía plácidamente por ser de día. ¡Qué le importaba a él el Carnaval en el Puente Internacional!

* * *

Me dice:

—Tome el maletín, y sígame a la caseta. ¡Y los demás, sigan su camino!

Cuando él me dio esta orden, todos los turistas, extremadamente nerviosos, porque este policía era fuerte y abusivo, se mantuvieron de pie para darme apoyo moral. No querían cruzar el puente, sino quedarse a ver lo que estaba a punto de ocurrir. Y por cierto esto ocasionaba gran incomodidad al resto de los policías apostados alrededor de nosotros tres.

Yo no estaba nervioso en absoluto. Cuando uno es viejo y sano, y de yapa shilico, no lo amedrenta la voz de un mocoso, aunque esté uniformado. Pero en ese momento actué con una dosis extra de inteligencia emocional. Supe que en su ira, y lejos de la vista de testigos, este policía podía pisotear el maletín con la jaula y el Shadow dentro, si yo no me sometía a su extorsión.

Le dije calmadamente:

—No, señor.

Me dijo:

—¿Usted no acata la orden de la autoridad?

Le dije lentamente y en voz baja:

—¿Cuál autoridad?

* * *

El hombre, airado, no osaba levantar la jaula del suelo con sus propias manos. Hacer eso hubiera sido una muestra de debilidad. Tampoco osó arrastrarme ante la vista del público congregado para presenciar el final del macabro Carnaval.

Se mordió los labios y me dijo:

—¡Usted no puede sacar este hamster del Perú! ¡Queda decomisado!

Cuando dijo esto, pensé en mi hija pequeña, su mamá del Shadow, y como Manco Cápac saqué valor de las espumas mitológicas del lago Titicaca.

Suavemente le toqué el hombro al policía con la punta de mi dedo, y le pregunté:

—¿Usted es policía de Bolivia o del Perú?

Respondió:

—Del Perú.

Y le dije, sin miedo, aunque con voz baja, para no humillarlo:

—Entonces, ¿qué mierda te importa que meta este hamster a Bolivia?

Y levantando el volumen de mi voz, proseguí:

—¿Qué te importa a ti este hamster? Tú eres de la Guardia Civil. Tú no eres de la Policía Ecológica. Tampoco eres funcionario de la Aduana. ¿Qué te importa que yo entre a Bolivia con mi hamster?

* * *

El hombre comenzó a ponerse nervioso, pero para su mal, no me quiso dejar ir en paz. Y digo que para su mal, porque después lo lamentaría con llanto y mocos.

De manera conciliadora me pregunta:

—¿Y qué sabe usted del cuidado que requieren estos animalitos? ¿Sabe usted cuidar de un hamster?

Entonces le saqué de mi maletín de mano el original de mi obra *¡Muy bien, muchacho!*, que venía escribiendo con mi hija Lili Ester, y le dije:

—Para su información, yo he escrito este libro sobre hamsters. Examínelo y verá que es un libro científico, el más especializado sobre el tema. Es más, este hamster ha estado en la universidad en Lima. Mire la historia de mi hija, intitolado “Un hamster en la U” —le señalé el título del capítulo y añadí de manera confianzuda—: En mi maleta tengo copias de este libro, si tienes paciencia, me gustaría obsequiártelo.

* * *

A estas alturas, el guardia civil corrupto se había pegado a mí como una perra a un perro, y no se podía despegar de mí, ante la vista de sus compañeros que le habían dejado solo y miraban de lejos.

Insistió en llevarme dentro de la caseta de la policía, a causa de la gran cantidad de gente que se había congregado alrededor, pero yo no toqué el maletín. Nos mantuvimos largo rato en medio del ruedo de gente. Sus colegas se habían metido al interior de la caseta de la policía, y uno de ellos, el jefe, estaba parado junto a la puerta como que aquí no pasa nada.

Tratando de escaparse de la escena, para su propio mal se le ocurrió hablar a toda la gente congregada:

—¡Este hamster se queda! Ustedes pueden proceder a subir al bus.

* * *

Entonces le dije:

—Tú no puedes impedir que este hamster, que es ciudadano boliviano, entre a Bolivia. El ha estado en Lima, veraneando en la playa de Naplo, pero ahora está de regreso a casa en la ciudad de La Paz.

El policía inquirió:

—¿Es boliviano?

—Sí, es boliviano, y este asunto no tiene que ver nada con la policía peruana, sino que debe intervenir de inmediato la policía de Bolivia.

Y añadí:

—Y te voy a decir una cosa: Este hamster le ha costado a mi pequeña hija 20 bolivianos, es decir, algo menos de tres dólares. Pero si tú lo retienes, yo vuelvo por ti, y te busco, y te encuentro, y te voy a sacar, no 3 dólares, sino 2.000 dólares, para enseñarte a respetar los sentimientos humanos.

En eso vino de la puerta de la caseta el jefe de los policías y me dijo:

—Señor, usted puede pasar con su hamster. Pase nomás. . .

* * *

Todo parecía haber terminado allí, y el jefe de la policía entró a la caseta policial. Pero el joven policía, dándome una seña para que yo no levantara del suelo el maletín, me dijo:

—Si es boliviano, ¿cómo lo han dejado entrar al Perú?

Le dije:

—Pues para que veas, sí lo dejaron entrar. Por eso es que ahora sale.

Dijo:

—Muéstreme los papeles del hamster; la prueba de que es boliviano.

Le dije:

—Primero identifícate tú, que eres un policía peruano. ¿Cómo te llamas? Muéstrame tu documento de identidad. Porque tu uniforme no significa nada para mí.

Se acercó de nuevo el jefe de la policía y me dijo:

—Señor, ya le dije, pase nomás. . .

Le dije:

—Dígale, pues, a su subalterno que deje de molestar.

* * *

Los policías desaparecieron por completo, cuando él me dijo:

—¿Tienes documentos que prueban que has sacado este hamster de Bolivia?

Le digo:

—Sí los tengo.

—A ver, ¡muéstremelos!

—Primero muéstrame tú tus documentos, y luego yo te muestro los documentos de mi hamster.

Y para no hacerla larga, saqué de mi maletín de mano un fajo de documentos, entre los que estaba archivada la factura de la compra del Shadow en la Veterinaria “Boxer” de La Paz, con todas sus vacunitas en regla.

Le digo:

—Aquí los tienes. Tómate tu tiempo para revisarlos. Y luego tú me muestras tus documentos: Quiero saber tu nombre. Quiero saber quién eres. . .

El hombre bajó la cabeza y no me lo quiso recibir.

Y yo levanté el maletín del suelo, miré a su interior acercando mis ojos a su abertura, y le dije a mi Shadow:

—¡Mi cholo! ¡Mi cholito sano y sagrado!

Y me dispuse pasar el Puente Internacional.

* * *

Salí del ruedo de gente en medio de grandes aplausos y me siguió una multitud de gente del lugar. Muchos me tomaban fotos. Sentí como que me llevaban en hombros como al Michael Jackson *in stereo*. ¡Sólo faltaba un idólatra que desplegara su paraguas negro por encima de mi cabeza!

En la puerta del bus me ceden el paso, y les digo:

—Juro que escribiré la historia de todo lo que ha ocurrido hoy en el Puente Internacional para enviarla a la Eliane Karp. Como mujer y como Primera Dama de la nación tiene que enterarse de esto.

Hacia poco yo había sido invitado por su despacho a la exposición, “Mujer, Divina y Humana” que ella llevó a cabo en el Museo de Desamparados de Lima, sobre la mujer en las culturas del Perú y México.

Y como lo prometido es deuda, escribí esta historia y se la envié por intermedio de cierto alumno mío, que es jefe de la guardia personal del Presidente Alejandro Toledo, quien se encargó de entregársela a ella personalmente.

Poco después recibí una carta del Dr. Vigio, su Secretario, acusando recibo de mi historia, “Carnaval en el Puente Internacional”.

Y unos meses después, el terramozo de Ormeño Internacional nos dijo en el bus:

—Tengo para ustedes una grata noticia. Hace poco el Ministerio del Interior ha intervenido el puesto de la Guardia Civil en la cabecera del Puente Internacional. Ahora ellos están terminantemente prohibidos de acercarse a los turistas que transitan por el puente, mientras pasan por las oficinas de inmigración de ambos países.

4 PREPOTENCIA VIAL

Mi retorno a casa en la ciudad de La Paz no empezó en Lima, sino en el puerto de Casma, en medio del paro general del transporte interprovincial en todo el territorio nacional.

Cuando todos pensaban que nos quedaríamos atrapados en Casma indefinidamente, mi secretaria y yo logramos conseguir un bus destartado que nos llevó hasta Huarney, donde pudimos conseguir un bus hasta Lima. Todo esto ocurrió mientras eran apresados en Casma diez hombres acusados de apedrear los buses y combis que entraban a la Carretera Panamericana.

El viaje fue agotador pues logramos ser admitidos al bus para viajar parados. Al llegar cerca de Lima de madrugada el chofer juzgó prudente desviarse por Ventanilla para evitar cualquier agresión de los bloqueadores.

También mi viaje de Lima a La Paz, por Ormeño Internacional fue postergado tres días. Recién al cuarto día partí con mis sobrinos Eli y Pelé (o Brashico), porque ellos están terminando sus estudios de medicina en Bolivia.

* * *

Nuestro viaje fue muy placentero hasta Nasca, donde empezaron los problemas con la pérdida de una llanta.

Proseguimos hasta pasar los olivares de Yauca, ya en la costa del departamento de Arequipa, un oasis famoso por su producción de olivos y aceitunas. Entonces nos quedamos varados junto al mar al atardecer, con suficiente luz para disfrutar el espectáculo de las olas que vienen a romper en las playas.

Pronto desapareció el mar de nuestra vista, salvo la línea blanca de la línea fosforescente de las olas.

Los choferes explicaron que había ocurrido algo con la “chaveta” del bus. Tendríamos que esperar otro bus que había sido llamado de Nasca.

* * *

Después de dos horas hicimos el transbordo y proseguimos el viaje sin novedad, salvo un pequeño percance que provocó la risa de todos: Un osito de peluche llamado Teddy, que Olga, una estudiante de la CBUP le enviaba de regalo a mi pequeña hija Lili Ester fue aplastado por los equipajes de mano atascados sobre el estante del bus y empezó a gritar:

—¡Hola, soy Teddy! ¡Estoy contento! ¡Vamos a jugar! ¡Oh, esto me gusta! ¡Jujujuju, tengo cosquillitas! ¡Cuánto te quiero! ¡Abrázame, abrázame! ¡Tengo mucho sueño!

Cuando dijo, “¡Tengo mucho sueño!”, los pasajeros gritaban: “¡Yo también! ¡Háganlo callar a ese mocoso!”

Se armó un escándalo en la parte trasera del bus, mientras nerviosamente me esforzaba sacarlo de la bolsa para hacerlo callar.

En el resto del viaje, Teddy viajó a mi lado, cómodamente sentado en un asiento vacío, y sin pagar pasaje.

* * *

Hacia la madrugada, siendo aun oscuro, llegamos a las inmediaciones de la ciudad de La Joya, a una hora antes de llegar a Arequipa. Entonces, desgarrando la oscuridad apareció un piquete de transportistas en paro para detener nuestro bus por medio de la violencia.

Yo bajé para ver lo que ocurría, y el chofer me explicó que los agresores se habían ensañado de manera especial contra los buses de la Empresa Ormeño, quizás nada más porque es la de mayor prestigio, tanto a nivel nacional como internacional.

Logré acercarme al que dirigía el piquete de transportistas en paro. Fue fácil identificarlo porque no gesticulaba ni atacaba, sino que se mostraba conciliador con los choferes y con los pasajeros. Pero sus hombres llevaban baldes llenos de esmalte amarillo, y portaban burdos bitoques hechos con un palo y una bola de trapo amarrado en un extremo. Con tales bitoques sobrecargados de pintura hacían pintas sobre los costados, el frente y la parte trasera de los buses de pasajeros, incluido el nuestro.

* * *

Me esforcé por entender lo que escribían en nuestro bus, incluso en las ventanas, y pedí ayuda a su líder para poder entender lo que decían las inscripciones, ya que eran toscas e ininteligibles, de modo que no contribuían a comunicar sus razones ni ayudar a su causa.

Le digo:

—¿Usted puede entender lo que escribe ese hombre? Ayúdeme a entender, por favor. Fíjese que soy periodista. . .

Con amabilidad me ayudó a descifrarlas, y me explicó el por qué de las pintas, señalándolas con el dedo:

—Aquí dice RATA. Aquí dice RATERO. Se refieren al dueño de la empresa de transportes Ormeño. Aquí dice JOAQUIN.

Le pregunto:

—¿Qué significa JOAQUIN?

—Es el nombre del dueño de esta empresa: Joaquín Ormeño.

* * *

Una grande inscripción daba la vuelta alrededor de todo el bus a causa del tamaño enorme de sus letras, y no se podía entender, salvo mediante un tour alrededor del bus y mucha imaginación para identificar las letras. Pero el buen hombre me acompañó en el recorrido, ayudándome a descifrar la inscripción.

Me explica:

—La palabra SOY continúa al otro lado: TRAIIDOR. El resto dice: ME PERDONARON DEUDA SUNAT. Se refiere a que Ormeño nos ha traicionado porque se plegó primero al paro, pero después negoció independientemente a cambio de que la SUNAT le perdonase una deuda tributaria.

Entonces, los que hacían las pintas empezaron a manchar los grandes vidrios de la parte frontal del bus, pero su dirigente les interrumpió y les gritó:

—¡No le malogren la visibilidad!

* * *

Luego se dirige de nuevo a mí, y me explica:

—Nosotros estamos en contra de Ormeño, no en contra de la gente que viaja en este bus. Por eso hemos decidido no poner en riesgo la seguridad física de los pasajeros apedreando los buses. Pero sí los cubrimos con pintas, para represalia. Con este acuerdo, los choferes dejan nomás que pintemos los buses, con tal de que los dejemos seguir hasta Arequipa.

Luego seguimos dando vueltas al bus y tropiezo con las palabras SOY DE ICA, y le pregunto:

—¿Qué quiere decir SOY DE ICA?

Me dice:

—Es que Joaquín Ormeño es de Ica. . .

Entonces presiento que puede haber de por medio celos o rivalidad entre la noble gente de Ica y la noble gente de Arequipa. Y comento, para mantener la conversación que a ratos se tornaba amena e interesante:

—Ah. Yo pensaba que Ormeño era del norte del Perú. . .

Y me dice:

—No; es de Ica. Para ser más exacto, es de Chincha. . .

* * *

Luego encuentro otra inscripción que dice VIVA TOLEDO TOLEDO TOLEDO, y le pregunto:

—¿Acaso ustedes son toledistas, cuando casi en todo el Perú la gente lo ha desechado al Presidente Toledo? ¿Acaso el Ministro de Transportes, que no quiere negociar con ustedes, no acaba de ser nombrado por Toledo?

Y me dice:

—Tienes que leer también lo que dice al piecito: FUMON. Es que el tipo es narco dependiente. . .

En esto se acerca a nosotros un turista fornido y de ánimo paciente, e intenta plegarse a nuestra conversación para averiguar qué cosa está pasando, y le pregunta al dirigente de los transportistas en paro:

—Ché, cosa é paro? Dove é Arequipa? Chi sonno questi?

Y el bloqueador se dirige a los pasajeros y pregunta:

—¿Alguno de ustedes entiende el inglés?

* * *

Nos detuvieron en aquel lugar por una hora y dejaron que el bus siguiera su curso para ser de nuevo detenidos poco después de salir de La Joya rumbo a Arequipa por otro piquete de transportistas en paro.

Ellos procedieron a llenar de pintas e insultos los espacios que faltaban llenar, y uno de ellos me dice:

—¡Esto es guerra!

Le digo, bonachonamente:

—No digas “guerra”, hermanón. . . Los peruanos no estamos en guerra.

Me dice:

—¡Sí estamos! Desde hace tiempo estamos en guerra.

Le digo:

—¿Me permites que te haga una pregunta?

* * *

Ante mi trato amable y calmado consiente en conversar, y le digo:

—¿No te parece que en esto que tú llamas “guerra”, los más vulnerables son ustedes, los transportistas, los dueños de camiones? Un camión no se puede ocultar si llagase el caso de que algún demente, al verse afectado, decidiera meterle una bomba para hacerlo volar con una explosión. No me refiero a Ormeño, que seguramente pintará de nuevo sus buses cuando se acabe el paro, y quedarán más flamantes aun. Me refiero a cualquier demente de esos que nunca faltan por allí. . .

Se queda callado un momento, y evitando responder a mi pregunta me dice:

—A Ormeño le va a costar por lo menos una semana limpiar estas pintas.

Pero en mis adentros pienso que nos los mandará limpiar. Lo más seguro es que los mandará pintar de nuevo. Además, con paro o sin paro los manda pintar regularmente, cada cierto tiempo, porque eso es parte del negocio.

Por fin prosigue su camino nuestro bus, pintarrajeado como si saliera de ser ovacionado en una loca fiesta de Carnaval —porque estamos en pleno Carnaval, ¿O sí?—

* * *

Después de una hora de sueño profundo me despiertan para decirnos que hemos llegado a Arequipa y que es hora de hacer transbordo a un flamante bus de Ormeño Internacional que nos llevará sin novedad y sin pintas hasta la ciudad de La Paz, en Bolivia.

Mientras la terramoza nos sirve nuestro desayuno, me pongo a conversar con mi sobrina y le digo:

—¿Sabes en qué cosa estoy pensando?

—¿En qué, tío?

—En que el vivazo de Ormeño sabía lo que va a ocurrir en La Joya, antes de llegar a Arequipa, y simularon que se malogró la chaveta junto a la playa del mar para hacernos pasar a un bus de recorrido interprovincial, y evitar así que su bus internacional fuera

convertido en una joya. ¡Con razón el bus no tardó mucho en llegar! Después de todo, al bus pintarrajeado lo tenían que pintar de nuevo, como estaba previsto.

Ella me dice:

—Claro, tío, porque cómo iba a dejar que su bus internacional entrara al territorio de otro país, ¡todo carnavaledado! ¡Eso habría sido una vergüenza nacional!

Entonces el italiano se esfuerza y pregunta en español:

—¿Y por qué nos agredieron en Arequipa? ¿Cómo en el resto del Perú todo está en paz?

Le respondo:

—Es que los arequipeños son gente especial, bastante diferente del resto de la gente del Perú.

—¿Son malos?

—No, no son malos; sólo que no son buenos.

* * *

En Desaguadero cruzamos la frontera sin novedad. Junto con un señor de edad, normalista jubilado de Huancayo, que había decidido conocer la ciudad de La Paz, entré a la Oficina de Inmigración de Bolivia, y juntos obtuvimos el sellado de nuestros pasaportes sin demora, y volvimos al bus.

Luego proseguimos viaje por el hermoso altiplano boliviano, y mi compañero de viaje, que se llamaba Magno Alejandro, no cesaba de expresar su admiración al contemplar el lago Titicaca, recordando que fueron sus olas las que transportaron a la costa a la pareja real que fundó el Imperio del Tawantinsuyo.

Pasamos el Fuerte Lanza, y proseguimos viaje rumbo a La Paz, hasta que el bus fue ordenado detenerse junto a un quiosco solitario de donde salieron dos policías bolivianos y subieron al bus a revisar los documentos.

No dio un paso adelante y dijo:

—A ver, los pasajeros señalados bajen a arreglar su situación.

Una muchacha se acercó a él y le dijo:

—¿Por qué retiene mi pasaporte si he ingresado a Bolivia con toda legalidad?

El policía, que estaba de pie junto a mi asiento, le dijo:

—Con usted arreglaremos después.

Entonces le toqué con mi dedo en su brazo, y le dije:

—Señor policía, atienda de inmediato a la dama y explíqueme aquí mismo el por qué de su actitud. Hacer esto de inmediato, en lugar de dejarla para el final, es nada más asunto de buena educación.

Me respondió:

—Sí le vamos a atender en la “oficina”.

Luego, sorprendentemente, le indicó al Sr. Magno Alejandro que bajara él también. Entonces yo bajé tras ellos y los acompañé a la “oficina” para ver qué problema habría.

* * *

El policía que subió al bus me trató con respeto, pero su jefe, que me es harto conocido del pasado porque yo viajo a menudo y paso por allí, me dijo que no me metiera en lo que no me incumbe. Entonces le dije:

—Señor, él es mi compañero de asiento y hemos entrado a la oficina de Inmigración de Bolivia juntos, y yo mismo le he guiado para llenar su ficha. Nada impropio hay con respecto a él para que lo hayan hecho bajar del bus.

El decía:

—Ellos han cometido errores en sus papeles y la multa es 150 bolivianos.

Al oír esto ambos se quedaron helados de susto.

Les exigí que me explicaran lo ocurrido para ameritar esa multa. El policía de mayor rango me mostró el pasaporte de mi compañero de asiento debidamente sellado pero que no contenía su tarjeta para salir de Bolivia.

* * *

Lo que había ocurrido era simplemente que el policía en la oficina de Inmigración en conexión con sus compinches de este quiosco aislado en la carretera, selló la tarjeta y la escondió. Esto hacen frecuentemente.

¿Y el problema de la señorita?

Ella había entrado a Bolivia correctamente, pero en la tarjeta de salida del Perú, ella o quien le había ayudado a llenarla había marcado una X donde dice DNI (Documento Nacional de Identidad). Este error se soluciona fácilmente: Tarjando la X donde dice DNI y marcando otra X donde dice PASAPORTE. Pero allí estaban los dos, siendo obligados a pagar 150 bolivianos cada uno. Además, el policía les exigía que mostraran su DNI del Perú, cosa que no era de su incumbencia porque estábamos dentro de Bolivia.

* * *

Como el jefe de policía del quiosco me levantara la voz, pidiéndome que dejara de entremeterme, le dije que no era correcto que por un error u omisión cometido por un policía boliviano ante una persona decente que viaja fuera de su país, y a quien hay más bien que ayudar y guiar se le tenga que cobrar una multa en medio del desierto del altiplano cuando a todas luces no han cambiado a moneda boliviana.

Ante la intransigencia del policía jefe, estos dos pasajeros decidieron volver a la frontera para hacer su reclamo en la Oficina de Inmigración de Bolivia, pero nadie garantizaba si los apresaban en el camino a la frontera o si en la Oficina de Inmigración de Bolivia los tratarían con dignidad.

De todas maneras, ellos no iban a pagar a estos policías corruptos.

* * *

Los choferes del bus y la terramoza estaban a nuestro lado en silencio, porque temían intervenir. Entonces le dije al policía jefe:

—Hagan que paguen la multa, pero en la Oficina de Inmigración, en la frontera. Usted está en la obligación de llevarlos personalmente a la frontera. Usted no los puede

retener en este quiosco en lugar desértico, porque tendrá que responder de su acción ilegal contra los Derechos Humanos. ¿Dónde está su coche?

Responde:

—No tenemos coche.

Son policías de Inmigración, ¿y no tienen coche?

Por fin ablandó su proceder y se le apagó la voz.

* * *

Me estaba acordando cuando dos policías de Inmigración en México me hicieron algo similar en un quiosco distante de Ciudad Juárez, también en un lugar desértico.

Los policías mexicanos eran más prepotentes, porque me hicieron bajar mi maleta de la bodega del bus, y le ordenaron al chofer proseguir su viaje sin mí.

Me rebuscaron la maleta hasta el último papelito, dándoseles de ser policías de Inmigración, pero se pelaron, porque este servidor no tenía nada más que unos pocos centavos, y todo lo que había en la maleta eran manuscritos de mis libros que yo llevaba para entregar en Ciudad Juárez a mis editores de la Editorial Mundo Hispano que está en El Paso, pasando el río.

Luego los policías mexicanos se asustaron de lo que habían hecho, porque les dije que me esperaban en el terminal los directivos de la Editorial Mundo Hispano, y de no aparecer por haber sido secuestrado por policías mexicanos sin duda asentarían denuncia judicial. El asunto se revestía de implicancias internacionales, por cuanto yo estaba perfectamente bien documentado, y para colmo actuaba y conversaba con ellos con toda naturalidad, sin tenerles miedo en absoluto.

* * *

¿Qué hicieron esos policías mexicanos?

Ellos se ablandaron hasta lo sumo. Poco faltó para que me besaran las manos. Y dos de ellos, me metieron en su auto de la Policía, y me llevaron a Ciudad Juárez a gran velocidad para que yo llegara a tiempo al terminal de buses donde me esperaban los directivos de la Editorial Mundo Hispano, con el Dr. Aldo Broda y el Dr. José T. Poe a la cabeza.

Este par de policías mexicanos resultaron actuando de mil amores con este humilde súbdito peruano, que disfrutaba a lo grande la aventura. Inclusive me preguntaban cómo era la vida en el Perú, un Imperio que pensaban todavía está regido por los Incas y los astronautas de las Pampas de Nasca.

Me preguntaban qué tal eran los “cueros” en mi país, es decir, las hembras.

Me invitaron a fumar un cigarrillo, que por supuesto no acepté, ni ellos insistieron.

Terminaron enamorándose de mí hasta el punto de que yo llegué a pensar que fueran rosquetes.

Antes de llegar al terminal se detuvieron en una gasolinera, y yo les llené su tanque.

Y cuando llegamos al terminal me dijeron recontra emocionados:

—¡Servido mi cuate! ¡El taxi es gratis!

Amablemente me cargaron la maleta y el maletín, y entramos al terminal donde me estaban esperando mis editores.

Luego subieron a su auto y arrancaron sonriéndome y diciéndome:

—¡¡¡Adiosito!!!

* * *

Como el tiempo pasaba y nada se arreglaba en el quiosco de la policía de Inmigración, y ellos estaban a punto de quedarse acompañados por dos ciudadanos peruanos en pleno desierto, sin contar que la gente de Ormeño y yo presentaríamos un informe en el Consulado Peruano, el policía jefe resultó con esta proposición.

—No les vamos a cobrar 150 bolivianos. Sólo vamos a cobrarles lo mínimo, es decir, 50 bolivianos cada uno. De lo contrario, tendrán que volver solos a la frontera para arreglar sus papeles en la Oficina de Inmigración.

Yo le dije:

—¿Usted tiene la tarjeta de salida para llenarla aquí? Porque no queremos que nos paren unos kilómetros más adelante o les hagan problemas al salir de Bolivia.

Me dijo:

—¡Claro que lo tenemos!

Ellos no tenían bolivianos. Sólo tenía unos cuantos soles y unos cuantos dólares, aparte de que la señorita no había cometido ninguna infracción relacionada con Bolivia.

Cuando llenamos la tarjeta para la salida de Bolivia, yo le di 50 bolivianos al jefe de policía, por los dos, y le di la mano en señal de agradecimiento. Y todos volvimos al bus felices y contentos.

¡Nos ahorramos 250 bolivianos!

* * *

En otras ocasiones, cuando llegamos a este quiosco policial en medio del desierto, el mismo policía jefe, un ñatito bastante parecido al Monolito Bennett, extorsiona a los pasajeros procedentes de Ecuador, entre ellos muchachas hermosas.

En cierta ocasión a un muchachito ecuatoriano que no tenía cambio, ese mismo policía le acompañó en nuestro bus hasta La Paz, quién sabe para acabarlo de asaltar allí. Así abandonó su puesto de control junto a la carretera. Así viajó con nosotros en nuestro bus de Ormeño, aunque yo creo que tenía necesidad de viajar a La Paz. No creo que sea tan tan, como para no darse cuenta de que ha sido fotografiado y que puede ser identificado y mandado al mismo Anchancho de por vida.

* * *

La sangre me hierve cuando veo que extorsionan y amenazan a muchachas indefensas. Muchas veces me aguanto hasta enfermar, y no abro la boca. Pero esta vez bajé del bus porque vi lo que le hicieron a mi compañero de asiento, un maestro jubilado y a quien yo mismo le guié y le ayudé en la Oficina de Inmigración. Pero al aprender el truco

de hacer desaparecer la tarjeta, varias veces les he descubierto y he hecho que la tarjeta vuelva a aparecer en la misma oficina de inmigración.

No dejo de hacerme la pregunta: ¿Quién les ha puesto a estos pobres policías como dueños y señores de la gran nación boliviana?

No creo les haya puesto mi pata, mi chochera, mi yuri, el Presidente Carlos D. Mesa Gisbert.

* * *

Así llegamos a La Paz, y por cuidar de bajar mis tres docenas de botellas de Inca Kola que compré en Desaguadero peruano para la fiesta de cumpleaños de mi hija, olvidé en el bus mi caja de Biblias RVA.

Ya estábamos a punto de subir a un taxi cuando se acerca a mí el chofer de Ormeño y me dice:

—Esta caja es suya, ¿verdad señor?

Aquel gesto de honestidad y de amabilidad me llenó de alegría, alegría de que a lo largo del viaje hayamos entablado tan estrecha amistad. Mi sobrino brashico Pelé se asombra de esto y me dice:

—¡Cualquiera se hubiera podido llevar su caja!

Le digo:

—Esta caja es impajaritable.

—¿Cómo así?

—En primer lugar es bastante pesada. En segundo lugar contiene Biblias finas. . .

—¿Y qué?

—¡Los pillos tienen mucho respeto por la Palabra de Dios!

5 HOJA DE RUTA

Esta historia es el relato de un viaje muy largo, uno de los innumerables viajes llenos de aventuras que inicié en la ciudad de La Paz y concluí en la “tierra santa” de Pichanaqui, un lugar perdido en la maraña de la selva central del Perú..

En el terminal de buses de La Paz encontré a un joven en problemas, tratando de comunicarse en inglés con nuestro agente de viajes que no le entendía ni michi, e intervine para ayudar. Entonces se me ocurrió preguntarle:

—Atáh medabér ivrít, najón?

Efectivamente, se trataba de un joven israelí que se presentó con el nombre levítico de Iddo Levinson, procedente de la aldea de Hod ha-Sharón, al norte de Tel Aviv. Con él estaba una chica de nombre Liji, que no hablaba mucho, pero todo lo expresaba con una dulce sonrisa a flor de labios. Ellos habían participado de las aventuras de la selva de Pampas y del Salar de Uyuni.

Al percatarme de su presencia me dije a mí mismo: “¡Estos me traerán buena suerte y harán muy placentero mi viaje a Lima!”

Efectivamente, su carácter jovial y su conversación trivial tuvieron este efecto.

Iddo me pregunta:

—Atáh yehudí?

Le respondo:

—Kim’át!

Y él se ríe.

* * *

A los jóvenes de Israel, tanto hombres como mujeres, les atrae mucho el turismo de aventura, especialmente en la región del ombligo del Imperio de los Incas y en el lago Titicaca.

Iddo me cuenta que antes de venir a visitar Bolivia pasó más de un mes trabajando en el Cusco.

Le pregunto:

—¿Y cómo pudiste trabajar si no sabes español?

Me responde:

—Es que yo soy barman, experto en tragos, pues en Galilea mi familia tiene un restaurant, y un amigo me recomendó para que trabajara por un tiempo en un bar en el Cusco, y para hacer morizquetas no necesito hablar. Allí aprendí algo de español, y también aprendí a bailar salsa. ¡Cómo me gusta la salsa!

—¿Y no has aprendido a bailar salsa en Israel?

—Es que no ha habido la oportunidad. Después de la secundaria estuve en el Ejército y poco después de ser liberado partí para este viaje de placer.

* * *

Así se libró mi amigo de estar en Israel en los días más violentos de la Intifada de El Acsa.

El me pregunta:

—¿Y a ti te gusta la salsa?

Le respondo:

—A mí me gusta más el merengue.

Interviene Liji y pregunta:

—¿Y cómo es el merengue, ah?

Iddo responde:

—Zéh mamásh riqúd shel azlaním! (Ese es de veras un baile de ociosos). Casi no se levanta los pies.

Le digo:

—¡Tienes toditita la razón!

* * *

Estas, entre muchas cosas, eran las sonseras de nuestra conversación, hasta que llegamos a Puno, ya en territorio peruano, y nos detuvimos al medio día para una escala en el terminal de la empresa de transportes “Cruz del Sur”.

Iddo observa en la estación una imagen del Sagrado Corazón de Jesús iluminada de día por una vela eléctrica y comenta del resultado nocivo que tuvieron los abusos de los españoles contra los nativos del Ande en el nombre de Yéshu (Jesús).

Yo le escucho con atención, y de vez en cuando le digo que tiene razón.

De repente, levanto la mirada hacia la imagen encima de la cabeza de Iddo, y me quedo admirado por el parecido de ambos, pero no lo comento.

En Juliaca tomamos el avión hacia Lima, y en un par de horas ya estábamos aterrizando en el Aeropuerto Internacional Jorge Chávez, donde nos despedimos.

* * *

Después de unos dos días viajamos el Dr. Yalico y yo a Pichanaqui donde tendría lugar la gran concentración de los estudiantes de la AMIEP.

El viaje fue muy placentero y para nada nos afectó el paso por el punto más alto de la cordillera central: Ticlio. Así tuve el privilegio de volver al encanto de Tarma, Chanchamayo y La Merced, en un recorrido lleno de recuerdos y añoranzas.

Conversamos amablemente de nuestros viajes y experiencias en esa ruta, y al pasar por Ticlio le comento.

—Una vez me invitaron los de CEDEPAS (Centro Ecuménico de Promoción y Acción Social) de Huancayo, y de regreso se nos malogró el auto en este mismo lugar. Aquella vez me acompañaban mi esposa y mi bebida Lili Ester de sólo tres mesecitos de edad, y nos atracamos aquí, en medio de la nieve y de la falta de oxígeno.

Y paso a relatarle algunos momentos de aquel viaje inolvidable.

* * *

En vano esperamos que el auto fuera reparado.

Después, tres pasajeros lograron continuar en otros vehículos, a duras penas, porque ningún vehículo quería detenerse por nosotros; todos venían repletos.

Finalmente, logramos subir a una camioneta sin nuestro equipaje, porque no había espacio. El chofer del auto nos pidió que recogiéramos nuestras maletas en su oficina terminal en Lima.

La camioneta se detuvo unos momentos en San Mateo, y tras de nosotros llegó un auto, del cual bajó un hombre y detuvo nuestra camioneta y preguntó:

—¿Quiénes son los pasajeros que venían en el auto que se quedó malogrado en Ticlio?

Asustados, mi mujer y yo respondimos:

—Somos nosotros.

* * *

En aquellos días, los más aciagos de la guerra de Sendero Luminoso y del MRTA contra el Estado peruano, todo era sobresaltos. Pero ese hombre dijo:

—En la maletera del auto ustedes dejaron esta bolsa llena de quesos frescos que compraron en La Oroya. El chofer me encargó traérselos, no sea que se vayan a malograr.

En medio de los avatares nos habíamos olvidado por completo de nuestros ricos quesos.

Más que de los quesos nos alegramos mucho por la honestidad y la amabilidad de aquel hombre que fue encargado de alcanzarnos para entregárnoslos. Fácilmente se hubiera mandado mudar con ellos.

Nos sentimos muy felices de estar en el Perú.

* * *

El Dr. Yalico y yo continuamos nuestro viaje hacia Pichanaqui.

Cuando llegamos a Tarma, que es conocida como “la Perla de los Andes”, compartí con el Dr. Yalico mis anhelos porque mi esposa y mi pequeña Lili Ester también pudieran ver esta región paradisíaca, repleta de diminutas parcelas sembradas con verduras y flores cuyo aroma se respira al pasar.

El me escuchaba en silencio, pero ya estaba pensando en traerlas también a ellas para un inolvidable paseo por esta región.

Pronto llegamos a La Merced, y ello me trajo a la mente esta anécdota que compartí con él:

Esa vez yo debí llegar a las 4.00 de la mañana a la ciudad de Tarma para reunirme con los estudiantes de la AMIEP en la concentración juvenil en Acomayo, a corta distancia de Tarma.

Le supliqué al chofer del bus que me despertara en el terminal de Tarma, pero al pasar por allí, díqué preguntó con una tierna vocecita de rosquete: “¿Quién baja en Tarma, ah?”

Como yo estaba dormido, el siguió viaje sin entrar a Tarma, sin hacer caso de mi recomendación.

El abrigado aire matutino de La Merced fue testigo de mi asombro. ¿Cómo vine a parar en la antesala de la selva amazónica, en lugar de estar en la “Perla de los Andes”?

Una hora más tarde, el mismo bus me llevó de regreso a la estación de Tarma, previo pago extra, por supuesto.

* * *

Ya eran como las 9.00 de la mañana, y ocurrió lo que me temía que ocurriría: Ya nadie estaba en el terminal de Tarma esperándome para llevarme a Acobamba.

Pronto la oficina quedó vacía; sólo yo y una linda muchacha ojona que era la secretaria quedamos, mirándonos primero y obligadamente conversando después.

Le pregunto:

—¿No habrá estado por aquí un muchacho morenito, con sonrisa cachacienta y con un “canguro” al cinto, preguntando por un señor que venía de Lima para la Conferencia Juvenil de Acobamba?

Ella responde:

—No. Nadie ha preguntado nada.

Le vuelvo a preguntar:

—¿Dónde queda, exactamente, Acobamba? ¿Cómo puedo llegar allá?

Me pregunta:

—¿Y se puede saber qué va a hacer usted en Acobamba?

Le respondo:

—Voy a dar un curso en un campamento juvenil.

* * *

La ojona curiosa siguió preguntando acerca de mí hasta que logró enterarse que yo era evangélico, y comentó, riéndose:

—¿Y se puede saber qué tiene que hacer un evangélico en el lugar del santuario de Nuestro Señor de Muruhuay?

Así es que me enteré de este atractivo lugar santo incrustado en los peñascos de los Andes centrales y de la leyenda colonial sobre la aparición de los rasgos faciales de Cristo sobre una roca que aún se puede ver en el día de hoy.

Entonces, de repente apareció el Dr. Yalico con su sonrisa cachacienta y su canguro al cinto, un cinturón con una bolsa de cobrador pegado a su vientre. Y sin querer escuchar cuentos me hizo subir rápidamente a su camioneta Volvo y me llevó al lugar del campamento.

* * *

Los estudiantes de la AMIEP hicieron un cordón humano en el momento de nuestra llegada al campamento. Todos estaban asustados por lo que pudiera haber ocurrido. Y el Dr. Luis Alberto Romay me dice:

—Yo fui comisionado para recogerlo en el terminal de Tarma, y me doy con la noticia de que usted no bajó en Tarma. Hemos llamado a su casa en Lima, y su esposa nos informó que usted realmente viajó. Pero no llegó.

Y añade:

—Ya hemos notificado a la policía. Hemos preguntado por usted en todos los hospitales y las postas médicas. ¡Ahorita mismo acabo de llegar después de verificar que usted no hizo su ingreso en la morgue!

* * *

Siendo tan amena nuestra conversación, no sentimos el largo recorrido. Más bien, al llegar a Pichanaqui sentíamos que quisiéramos que el viaje siguiera más allá, pero esta sensación desaparece cuando nos rodea la multitud de los muchachos y chicas de la AMIEP, y sabíamos que acto seguido nos enteraríamos de sus ocurrencias.

Para el Dr. Yalico, hemos llegado a la “Tierra Santa”, y nos disponemos a quitarnos las sandalias de los pies.

6 LA BELLA Y LA BESTIA

En esa fresca mañana de julio del 2002 tuvo lugar la exposición final de mi Tesis Doctoral defendida previamente en la Santa Sede de la CBUP.

Tenía por título, *Misoginia en la Civilización Cristiana*, aunque su texto estaba escrito en inglés, *Mysoginy in Christian Civilization*, porque en esa primera fase de la historia de la California Biblical University of Peru, las tesis de grado eran remitidas al *alma mater* de la CBUP, la California Graduate School of Theology, en Westminster, Los Angeles, California, Estados Unidos.

Mi Tesis de Grado contenía un Apéndice en el cual incluí mi historia corta, “¡Doble Unción!”, también relacionada con el aprecio y el respeto debido a la mujer evangélica. Dicha historia, muy amena, se ha hecho famosa dentro y fuera de la comunidad evangélica y a nivel mundial, después de haber servido como caso de estudio en el Aula Magna de la CBUP y de haber sido publicada en reiteradas ocasiones en *MISIONOLOGICAS*, el Boletín Semestral de la CBUP.

Por esa historia llegué a ser más conocido, pero hay otros ángulos de mi enfoque ministerial que serán dados a conocer recién a partir de la lectura de mi Tesis Doctoral, o para abreviar el camino, o como se dice, *chaquiñán chaquiñán* (cortando camino por senderos de a pie), serán dados a conocer a partir de la presente historia corta intitulada “La Bella y la Bestia”.

* * *

Ahora bien, por todos mis colegas en el ministerio cristiano es sabido que una buena parte de mi ser está comprometida y consagrada a la defensa de la dignidad de la mujer y la lucha por anular esa lacra que afecta de manera especial a la comunidad evangélica: La discriminación de la mujer en la iglesia y en el culto cristiano.

Algunos de mis compañeros de estudio y mis colegas en el ministerio en la ACyM cuestionaron el título de mi tesis, *misoginia* (griego: *misos*, “odio”; *yiní*, “mujer”), es decir, “odio a la mujer”.

Decían que no existe en nuestro medio el “odio” a la mujer, como ocurre iterativamente en el contexto de diversos pueblos musulmanes. Ellos pensaban que más bien se podía hablar de “discriminación” e incluso de “discriminación teologizada” o con supuestas bases bíblicas, como expone la historia corta “La Ginecóloga”, que forma parte del vasto repertorio literario de la CBUP. Pero estuvieron conformes con mi enfoque que abarca todos los siglos de la civilización cristiana, y no sólo el presente que goza de muchas conquistas en lo que a los Derechos Humanos se refiere, incluidos los Derechos de la Mujer.

* * *

Se trataba de la última exposición el día viernes. Mis compañeros de Promoción ya habían expuesto sus tesis en los días anteriores, cada uno con sus invitados de honor, como está permitido en la Santa Sede de la CBUP, donde la última exposición se reviste del carácter de festival, piqueo incluido. A propósito, yo llevé papitas con ají.

A mí me acompañaban sólo unos pocos dirigentes de la Iglesia Alianza Cristiana y Misionera del Perú residentes en Lima. La ACyM es la iglesia a la cual pertenezco y en la cual por la gracia de Dios ejerzo el ministerio pastoral.

Por razones obvias, no pudieron estar presentes a mi lado mis familiares y colaboradores de la iglesia que pastoreo en la distante ciudad de Chiclayo, en la costa norte del Perú, a quienes dedico mi presente historia como reconocimiento de su gran paciencia y de su apoyo a la realización de mis estudios doctorales en la CBUP.

* * *

Era una mañana muy alegre y se sentía la atmósfera del final del Seminario Módulo. En la noche tendrían lugar la Ceremonia y el Agape de Graduación en el Chifa de la CBUP. ¡De sólo recordar se me hace agua la boca!

Pero el tema de mi tesis no incluía, lamento decirlo, noticias alegres, como son las buenas nuevas del evangelio. No incluía buenas nuevas para la mujer, y por consiguiente tampoco para el hombre, y para el hombre evangélico en particular.

Después de mi saludo protocolar a todos los presentes, en especial a mi Asesor Académico, el Dr. Moisés Chávez, y luego de la apología de la temática de mi tesis con la copia empastada en mi mano, me dirigí a él diciendo:

—Apreciado Dr. Chávez, como usted proviene de la ciudad de Celendín, le interesará saber que la primera fase de mi labor ministerial tuvo lugar, justamente, en su ciudad natal, en su tierra santa. Me cabe la dicha de haber compartido los primeros momentos del establecimiento de la Iglesia Alianza Cristiana y Misionera en Celendín, y también he tenido un ministerio pastoral en el campo, razón por la cual he tenido que realizar muchos viajes a pie y a lomo de bestia.

* * *

Mi Asesor Académico se alegró mucho al saber de estas cosas, y más aún cuando de repente me salió el dejo “shilico” que se me había pegado en ese tiempo inmemorable de mi vida.

Entonces, dirigiéndome a mis compañeros de promoción, en su mayoría pastores evangélicos, algunos de los cuales habían cuestionado el título de mi tesis, *Misoginia en la Civilización Cristiana*, como demasiado fuerte e irreal, dije:

—Quisiera empezar con una anécdota del tiempo de mi ministerio pastoral en Celendín, una anécdota que sin duda nos ocasionará tristeza, en especial a mi Asesor Académico que es de Celendín. . .”

Hice una pausa y le dije:

—Si me permite, doc. . .

El asintió con un movimiento de cabeza. Y armándome de valor, proseguí.

* * *

En Celendín la gente es muy amable. Pero a veces los shilicos te hacen subir la bilirrubina, como me ocurrió con cierto estanciero a quien acompañé en un tramo de una travesía por un accidentado camino de herradura que conduce a Oxamarca.

Cuando estábamos a la altura de la Conga de Urquíá alcancé a un hombre que me saludó amablemente:

—Buenos días, señorr. ¿Es usted forastero por acá?

Yo sólo atiné a decirle:

—¡Bue. . . —pues me faltó el aliento para completar mi saludo, “Buenos días”—.

Es que mis ojos se desviaron hacia una bella mujer que iba con él. ¡Era increíble!

* * *

No me refiero tanto a la belleza de la mujer, que por esas tierras de la sierra norte del Perú no es de extrañarte. Me refiero a que el hombre iba bien al terno y de zapatos nuevos, y el único esfuerzo que hacía era sostener la sogá de su caballo que le seguía con paso sosegado, sin llevar ninguna carga.

Para decir verdad esta mujer shilica me robó el corazón, como se dice, a primera ojeada. Era menuda, de tez blanca y ojos azules, que es la característica de la gente de Celendín que descienden de una de las tribus perdidas de Israel. Pero iba descalza y llevaba en su mano izquierda una galonera de aceite, y en la derecha, un atado de leña. Y como si fuera poco, en su espalda llevaba cargado a su bebé, sujetado con un ñudo de su pañolón que le presionaba el cuello por delante.

Lancé un suspiro al verla. La pobre mujer jadeaba sudorosa y se ahogaba, y casi no podía caminar a causa del cansancio y lo empujado de la travesía.

Ella era su mujer, y el bebé era su hijo.

* * *

Me acerqué a aquel hombre y entablé una conversación en voz baja, como para que no escuchara la mujer que nos seguía a cierta distancia.

Le digo:

—¿A dónde bueno, señorr?

—Nos vamos a nuestra casita, a verrr a nuestros animalitos. . .

Le pregunto:

—¿Y ónde pué queda su casita?

—¡Aquisito nomá, cerca de Oxamarca! Detrás de aquel cerrito. Solamente nos faltan cuatro horitas para llegarr.

Exclamé:

—¡Cuatro horas! ¡Y a pie! Amigo, me permite hacerle dos preguntitas, si no es ninguna molestia?

—Diga nomá usté.

* * *

Le pregunté, un tanto tembloroso:
 —¿Por qué no carga en el caballo la galonera de aceite y la leña?
 El shilico respondió, un tanto sorprendido:
 —¿En el Apolinario?
 Le digo, poniendo suavemente mi mano en su espalda, dándole ánimo:
 —También la señora puede ir montada en el caballo. . .
 —¿La Ricardina?
 Intenté argumentar con él:
 —¿No le parece que el caballo puede cargar también a la señora y a su hijito?
 Y el hombre respondió con autoridad apostólica:
 —Miriusté. El Apolinario ha trabajado mucho en la ida. Ahora en la venida, es justo que descanse el animalito. Si se nos muriera el Apolinario, ¿cómo podremos bajar nuestra papita y nuestro maicito a Celendín?
 Y siguió dándome cátedra:
 —Además, nosotros pué semos evangélicos, y la Palabra dice en Proverbios 12:10:
 “El justo cuida de la vida de su bestia, mas el corazón de los impíos es cruel.”

* * *

Al enterarme de que este hombre era hermano evangélico, una densa nube de pesar y dolor envolvió mi rostro entristecido.

Grande es el reto de instruir bíblicamente a nuestra gente, que en lugar de aproximarse con humildad a las Sagradas Escrituras, lo hace con una grotesca arrogancia, a veces inculcada desde el púlpito, pues pocos son los predicadores que tienen la capacidad de enseñar la Biblia con altura y dignidad profesional.

En la práctica, aquel hombre evangélico, incapaz de recibir un consejo de conejo, porque en su mentalidad el Apolinario valía más que la Ricardina, su mujer, en la práctica, digo, negaba el poder del evangelio para producir un cambio vital en la naturaleza humana.

* * *

Aquella escena trae a mi mente otra escena repulsiva, conmovedora y patética, captada en la fotografía de la cubierta de la obra de Mario Montaña Aragón, *Antropología cultural boliviana* (Ediciones Rodríguez y Muriel, Bolivia 1972), que mi Asesor Académico tuvo la gentileza de compartir conmigo para mi Tesis de Grado.

En dicha cubierta aparecen unos campesinos arando el campo con su tradicional arado de madera: Un hombre conduce la reja del arado con una sola mano, con aire gerencial, y dos mujeres. . . ¡realizan la labor de tracción en lugar de bueyes!

Tuve a bien entregar a los presentes el libro de Mario Montaña para que circulara de mano en mano y pudieran apreciar la foto de la cubierta.

El resultado era de esperar: Estupor.

* * *

La exposición de mi Tesis Doctoral prosiguió sin interrupciones, pues todos los presentes se quedaron sin palabra. Sólo al final alguien levantó la mano y opinó:

—Si el Apolinario no debía llevar la carga, ¿Por qué tenía que llevar la carga la Bella? ¿Por qué no lo llevaba la Bestia, tanto la galonera de aceite, como el atado de leña y el bebé sostenido a su cuello con un ñudo de su poncho?

Ya se dará cuenta mi honorable lector de dónde deriva el título de nuestra historia: “La Bella y la Bestia”, que además es el título de una difundida historia de fantasía y ficción infantil. Sólo hay una diferencia con mi presente historia: Esa bestia era una bestia.

Y alguien exclamó con evidente admiración:

—¡Qué bestia!

* * *

Mis compañeros de promoción habían sido “decodificados”.

Ahora veían con sus propios ojos los ángulos de nuestra trajinada existencia que no sólo contienen el veneno de la “misoginia”, el “odio a la mujer” (el Señor Jesús diría en el Sermón del Monte, el “asesinato” perpetrado contra la mujer – Mateo 5:21-26), sino también una compartida e incubada insensibilidad que nos impide darnos cuenta de esta problemática.

Pero tengo la expectativa de que el contenido de mi Tesis Doctoral va a ayudarnos a re-estructurar desde esta plataforma evangélica nuestra agenda de predicación y de educación cristiana en nuestras iglesias, siguiendo las pautas de lo que el Apóstol Pablo llamaría simplemente “evangelización”, o evangelización a fondo, o profundización del evangelio, porque en la enseñanza bíblica la evangelización no es meramente una campaña de evangelización que dura una semana, sino una campaña de educación que dura toda una vida.

Entonces intervino el Dr. Moisés Chávez, mi Asesor Académico, y dijo:

—Dr. Segura, tenga usted por seguro que este seguro servidor se encargará de que esta historia corta circule, no sólo en las todas iglesias evangélicas de Celendín, ciudad y campo, sino en todo el pueblo de Celendín, que quedará muy agradecido a usted por lo que ha hecho para abrirnos los ojos.

* * *

Al final de mi exposición, tras el efusivo aplauso de todos los presentes, que en mi turno agradecí muy emocionado, mi Asesor Académico dijo poniendo fin al evento:

Necesitamos sensibilizarnos respecto de nuestra cultura de misoginia en la Iglesia Evangélica.

También debemos sensibilizarnos respecto de la cultura de los pueblos con los cuales llegamos a tener contacto en misión.

También necesitamos darnos cuenta que en el contacto con nuestros misioneros extranjeros no estamos exentos de ser atrapados en la telaraña de la aculturación que nos convierte en anticuerpos en medio de nuestro propio pueblo. En este sentido incluso podemos exceder a los demás que no son evangélicos, como el padre de la super estrella

Raquel Welch, que es boliviano, pero que optó por aculturarse e ignorar su propia cultura e incluso su idioma español, dizqué por una supuesta discriminación en el ámbito anglosajón en medio del cual escogió vivir. Esto confiesa la Diva a COSAS (Edición Boliviana, 12 de Septiembre del 2002).

En resumen, debemos lucir la cultura del evangelio, que nos hace seres humanos plenos, tanto el hombre como la mujer.

7
**LA FILOSOFIA DE LA VIDA
 DE VICTOR REY**

En las instalaciones del Seminario Bíblico Latinoamericano, en San José, Costa Rica escribí otro libro de esos que no conducen a la salvación de almas, por lo que tienen mejor destino en un tacho de basura.

Se trata de *Filosofía de la vida*, que presenté a cierta editorial evangélica en Estados Unidos. Pero sus directivos me devolvieron el manuscrito diciendo que era un libro “raro”.

En realidad, el manuscrito contenía algunas pocas alusiones que a nivel local podrían estremecer a ciertas personas con rabo de paja, por lo que no tuve inconveniente en proponer su publicación, aunque ya tenía planeado publicarlo yo mismo en Lima, como ocurrió poco después. Yo mismo diseñé su hermosa cubierta.

La Sra. Elizabeth Bell, una amada amiga nuestra, misionera irlandesa, estaba alojada en nuestra casa cuando llegó la camioneta pick-up con el cargamento de cajas de mi libro, y recibió su copia de regalo.

Ella quedó gratamente impresionada al leer este libro y lo llevó a la Librería “El Inca”, la principal librería evangélica de Lima, para proponer su venta allí también. Pero la administradora de la librería, miró el color de su cubierta, que era rojo y blanco, los colores del Perú, y exclamó sin examinar su contenido:

—¡Es de color rojo! ¡Es un libro comunista! ¡No lo podemos vender aquí!

* * *

Filosofía de la vida, que es el reflejo más intenso de mi alma, ha sido mi carta de presentación en mis numerosos viajes y conferencias en varios países. Vendí una buena cantidad de ellos en Buenos Aires, Argentina, en aquellos días gloriosos cuando los argentinos tenían plata y sueños.

Recuerdo gratamente, en una conferencia feminista evangélica que las mujeres bonaerenses hacían larga cola con sus libros en la mano para que yo les firmara autógrafos.

Me sobraron unas pocas copias las cuales vendí en Santiago de Chile, y los que ya no alcancé a vender, que eran unos tres o cuatro ejemplares se los regalé a mi amigo, el Lic. Oscar Pereira diciéndole: “Toma estos libros y obséquialos a las personas que consideres lo suficientemente inteligentes y dignas de tenerlos en sus bibliotecas.”

Oscar Pereira, con quien por largos años trabajé en la labor editorial que condujo a la producción de la Biblia Reina-Valera Actualizada, me dijo cierta vez en El Paso, Texas:

—Tu libro es genial, pu. Al principio no entendía bien su onda, pero después me di cuenta que tenía mensajes subliminales en diferentes niveles de comunicación. Entonces lo compartí con el Lic. Víctor Rey, y él lo ha introducido como material bibliográfico en su curso de filosofía en la Universidad Católica de Santiago de Chile.

* * *

Con ocasión del CLADE 4 en Cochabamba, en octubre del 2002, tuve la alegría de volver a encontrarme, después de veinte años, con Víctor Rey, de Chile. Ha sido una experiencia muy placentera, porque me ha traído gratos recuerdos de mi visita a su país para un programa académico organizado por el Seminario Teológico Bautista de Santiago.

Al concluir mis actividades en Santiago, y como una muestra de su agradecimiento y cariño, un grupo de jóvenes chilenos, entre los que estaba Víctor Rey, me obsequiaron con un inolvidable tour a Valparaíso donde tuve la oportunidad de cantar en Villa Vergara, donde se realizan los festivales OTIS, aunque sin público y con las sillas plegadas y arrumadas en un rincón. El agua fría de la manguera de uno que estaba lavando el piso del escenario, por poco lava juntamente mis ensueños.

De Valparaíso me llevaron a Pomaire, donde los ceramistas se han vuelto famosos por sus miniaturas en cerámica. Mis amigos compraron para mí un collar de cerámica que conservo con mucho cariño.

Después me llevaron a Isla Negra, donde tuve la oportunidad de visitar la casa del poeta y escritor Pablo Neruda, Premio Nóbel de Literatura 1971.

De regreso a Santiago visitamos muchos otros lugares. En todo el trayecto me llevaban a saborear ricos helados y a comer en los restaurants tradicionales del litoral de Chile para que me llevara el más lindo recuerdo de su hermoso país.

El realidad, nuestros hermanos bautistas, en Chile y en todo el mundo, tienen buen corazón y mejor diente, como dice el poeta:

*No creen los bautistas
en los ayunos.
¡Ellos sólo creen
en los desayunos!*

* * *

En ocasión del CLADE 4 viajamos de La Paz a Cochabamba, Víctor Rey y yo en el mismo avión, aunque sin saberlo.

En el aeropuerto de Cochabamba nos esperaban Daniel Ortiz y Luis Alberto Romay. Entonces yo esperaba que alguno de los dos me presentara a ese señor con cara de mocoso, de niño pícaro que hablaba con acento chileno y que compartía conmigo atrás el asiento en el auto que nos llevaría al mismo hotel en la ciudad.

Como ellos no nos presentaron, Víctor Rey tomó la iniciativa:

—¿Y qué tal, Moisés?

Le miro la cara y creo reconocerle, pero no acierto a dar con su identidad, sobre todo en un contexto tan diferente de aquel en el cual nos conocimos. Entonces me dice:

—¡Me ha gustado mucho tu libro, *Filosofía de la vida*, pu!

Y le digo:

—¿De dónde has conseguido ese libro? Ese libro no se ha vendido en ninguna librería, en ningún país, porque yo mismo lo he distribuido de manera personal.

Y me dice:

—¿Te acuerdas de tu visita a Chile, cuando un grupo de amigos te llevamos de paseo por el litoral?

—¡Claro, cómo lo podría olvidar!

El dice:

—Yo estaba en el grupo que te acompañó, pu.

Y le digo:

—Pero, ¿de dónde te conseguiste mi libro, *Filosofía de la vida*?

Me dice:

—Cuando partiste para el Perú, le dejaste unas copias de tu libro a Oscar Pereyra diciéndole que los compartiera con gente que realmente apreciara su contenido. El me dio una copia a mí, pu, y la hemos estudiado en la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Efectivamente, llegué a saber que Víctor Rey llegó a ser catedrático de Filosofía en dicha Universidad, y le digo:

—Víctor, ese es un libro que comunica en diversos niveles de comunicación subliminal, y muy pocos se han dado cuenta de ese fenómeno. ¿Y tú te has dado cuenta?

—¡Claro, pu!

* * *

Cuando un camión de la imprenta trasladó el cargamento de cajas que contenían mi libro recién impreso a nuestra casa en Los Olivos, abrimos una caja y mi madre se adelantó para sacar una copia para sí y otra para la Sra. Elizabeth Bell.

En lo que quedaba de ese día y entoda la noche ellas dos se pasaron leyendo el libro. Y mi mamá subió temprano en la mañana siguiente a mi dormitorio mientras yo me despezaba en la cama. Ella me dio su opinión acerca de libro que acababa de leer y que apretaba expresivamente contra su pecho:

—Este libro lo has escrito para gente especial. ¡Quien lo aprecie será porque es muy inteligente!”

También John E. McKenna, el teólogo más destacado de Estados Unidos en la actualidad, en su discurso en la graduación de la Primera Promoción de la CBUP, se refirió a este libro, diciendo:

—¡Este libro le consiguió a Moisés Chávez una esposa! Porque una chica boliviana leyó este libro en Santa Cruz, y voló al Perú para conocer al autor, y terminó casándose con él y quedándose a su lado para siempre.”

* * *

Rumbo al Hotel Mary en Cochabamba, Víctor Rey y yo empezamos a entresacar de los arcanos del recuerdo cada instante vivido en aquellos días hermosos en Chile. Esta actividad continuaría hasta las altas horas de la noche mientras duraba el CLADE 4. Y hacia el final del evento, al punto de despedirnos, porque él regresaría a Valparaíso y yo a La Paz, nos acordábamos de las delicias que disfrutamos en aquel inolvidable circuito por el litoral chileno.

Recuerdo que mientras degustábamos los platos típicos de la cocina chilena en Valparaíso comentábamos del vertiginoso crecimiento de la Iglesia Evangélica en Chile, sobre todo entre los pentecostales.

Uno de nuestro grupo, que siempre estaba haciendo bromas a los demás, comentó:
—Si en Chile, pu, se originó el dicho “¡Sálvese quien pueda! ¡Ahí vienen los pentecostales!”

* * *

Mientras nos reíamos estruendosamente en nuestra mesa, se acercó el mozo del restaurant, pero no nos hizo callar. Más bien se quedó plantado de pie junto a nuestra mesa, y comenzó a participar gradualmente de nuestra alegría. Cada vez nos atendía con más cariño y terminó llamándonos “hermanos”.

Entonces Oscar Pereyra le pregunta:

—¿No será que usted también es evangélico, pu?

Y responde:

—¡Claro que lo soy! ¡Y no sólo soy evangélico, sino también soy pentecostal! Y si al comienzo hubiera sabido que ustedes también son evangélicos, no les habría servido el vino que pidieron.

Oscar Pereyra, que es pastor bautista, casi se ahoga con su vaso de vino, que se quedó inmóvil en su mano después de haber tocado sus labios sagrados. Y todos prorrumpieron en carcajadas mientras el mozo retiraba de la mesa las botellas vacías.

* * *

Todas estas cosas rememorábamos en el lobby de nuestro hotel en Cochabamba, mientras esperábamos el automóvil que se llevaría a Víctor Rey al aeropuerto. Yo todavía me quedaría en Cochabamba para un curso que tenía que dar en el Seminario de la UCE con el título de “Los Agentes Secretos de Dios”.

En todos los países que visitaba en los días cuando estaba al frente de la labor editorial de la Biblia Reina-Valera Actualizada (RVA) me recibía gente alegre e inteligente como Víctor Rey, un líder evangélico bautista. Y la manera como los bautistas expresan su amor es mediante la rica comida que te sirven, tan convencidos como están de que el camino más corto al corazón hace escala en el estómago. Realmente, he sacado provecho de este dogma bautista. Por eso, con cierta reserva le pregunto:

—Víctor, ahora que nos hemos vuelto a encontrar y nos hemos sincerado, ¿qué dirías tú si te revelo un secreto?

El salta como resorte malogrado desde su mullido sillón de cuero en el lobby del Hotel Mary. Quizás mi adusta expresión le impresionó sobremedida. El exclama:

—¿Cuál secreto?

Le respondo:

—Algo que en realidad veo que tú no sabes y no entiendes. . .

El hombre se preocupa y pregunta:

—¿Pero cuál secreto?

Respondo:

—En todos los países he sido recibido tan amablemente por los bautistas, quienes me daban banquete tras banquete, porque creían que yo era bautista. Pero, fíjate, que resulta que no soy bautista sino presbiteriano. ¿Qué dices ahora?

—¡Yo te diría que devuelvas todo lo que has comido, pu!

Y respondo:

—¡Eso nunca! Porque mi *filosofía de la vida* es apache, y se resume en la sentencia que dice: “¡Indio comido, indio ido!”

8 RUMBO A LA SANTA SEDE

Las cosas empezaron en la madrugada del 31 de enero del 2002 cuando llegué al terminal de los buses a Desaguadero en La Paz para iniciar mi viaje rumbo a Lima a fin de dirigir las actividades en la Santa Sede de la CBUP. Fue muy placentero encontrarme allí con Eliseo Guanca, que conociendo la hora de mi partida, tuvo la gentileza de ir allá para desearme un feliz viaje y para decirme que unos días después él también se juntaría en Lima a sus amigos, los Rugrats de la CBUP.

Eliseo Guanca es nuestro estudiante boliviano que muy pronto será investido con el grado de Doctor por la central de nuestra institución en California, Estados Unidos.

La alegría de verle, con su sonrisa jovial que jamás desfiguran los horarios ni los minutereros, y con tres panes gigantes de maíz que llevó para que me sirvieran de fiambre, me auguró un feliz viaje.

Gracias a la excelente autopista, estuve en la frontera de Bolivia y el Perú en asunto de tres horas, y pasé por las oficinas de Inmigración de Bolivia y el Perú sin novedad.

* * *

Cuando iba a cruzar el Puente Internacional sobre el río Desaguadero para pasar de Bolivia al Perú, otra vez me sale al encuentro el mismo policía regordete boliviano que la vez anterior ordenó que me rebuscaran mis maletas papel por papel y a quien le pregunté al final, como dándole las gracias:

—¿Se puede saber qué es lo que busca?

El me dijo:

—Tenemos orden de revisar los equipajes de los pasajeros.

Yo le dije:

—Señor, se pasa la aduana cuando se entra a un país; no cuando se sale.

Y me responde:

—Esto no es la aduana. . .

Le pregunto:

—Entonces, ¿qué es?

Responde:

—Tenemos orden de revisar a uno de cada 50 pasajeros, y esta vez le tocó a usted.

No buscaba drogas, pues se dedicó a acariciar mi *laptop*, diciéndome que debe investigar su contenido para luego pagar el impuesto.

Cuando le hablé de las leyes internacionales respecto de las *laptops* personales, se puso a hurgar en mis objetos personales, revoloteando mis calzoncillos, mis medias, mis camisas, etc.

Le agradecí por dejar de manosear mis objetos personales, y salí de su oficina.

* * *

En esta ocasión, de nuevo el mismo policía regordete detiene la carretilla que lleva mi maleta al lado peruano, y no me reconoce de la vez pasada. ¡Otra vez me tocó ser el pasajero número 50!

Toma en sus manos mi pasaporte previamente sellado con el sello de salida de Bolivia y el comprobante de pago del impuesto de salida que pagamos los residentes permanentes, y procede a hacerme las preguntas de rutina.

Yo no tengo ningún nerviosismo, pues esta vez no llevaba mi computadora personal ni ningún otro objeto de valor aparte de mis mudas de ropa, que no son muchas, y de mis materiales impresos.

Me pregunta:

—¿Es suyo el equipaje?

—Sí, señor.

—¿A dónde se dirige?

—Al Perú— a dónde más, si estoy a punto de pasar el Puente Internacional y de este lado del puente es Bolivia y al otro lado del puente está el Perú—.

—¿A qué parte del Perú? —¿Qué chucha le importa a qué parte del Peru voy! ¿Di?—

—A Lima.

—¿Qué lleva en la maleta?

—Objetos personales y materiales para un curso que dictaré en una universidad.

—¿Es usted profesor en la universidad?

—Yo soy el Director Académico.

—¿Cómo se llama esa universidad?

—California Biblical University of Peru.

El policía musita:

—California. . . California. . . California. . .

Me mira de pies a cabeza y parece vencer gradualmente la amnesia que le golpea desde la vez anterior.

Mi adorable pancita sexy y mi carita de papa polaco parecen producir el milagro de su recuperación y me entrega mi pasaporte sin molestarse ni molestarme.

* * *

Mientras revisa todos mis trapos viejos ante mi sonrisa amigable, recuerdo lo que me contaron hacía poco:

Hace un tiempo se llevó a cabo en la ciudad de La Paz un certamen de Eficiencia Policial en que participaron detectives representando a la Scotland Yard de Inglaterra, al FBI (Federal Bureau of Investigation) de Estados Unidos, y la PTJ de Bolivia (Policía Técnica Judicial).

Los organizadores del Certamen, que eran nada menos que representantes de la empresa Records de Guinness, soltaron tres conejos en la ciudad, y enviaron a un representante de cada una de estas prestigiosas instituciones de investigación policial para dar con ellos y traerlos bajo su brazo en el menor tiempo posible. El primero en volver con su conejo en el sobaco ganaría un jugoso premio y entraría a los Records de Guinness.

Al cabo de tres minutos apareció primero el representante de la Scotland Yard con su conejo en su sobaco.

Al cabo de tres horas apareció en segundo lugar el representante del FBI de Estados Unidos, con su conejo en su sobaco.

Al cabo de tres días, cuando el Certamen ya se había acabado y los participantes y organizadores ya estaban de regreso en sus respectivos países, apareció el representante de la PTJ de Bolivia, con un chanchito en su sobaco.

Los periodistas, que estaban más preocupados que sus jefes respecto de su destino, le dijeron:

—¡Ese no es un conejo! ¡Ese es un chanchito pequeño!

El detective colocó al chanchito sobre el piso, y le dio sendas patadas en el culo diciéndole:

—¡A ver, confiesa, carajo! ¡Confiesa, carajo! ¡Confiesa, carajo, que eres un conejo!

* * *

Al llegar a Puno me dirijo a la agencia de viajes que vende los boletos aéreos Juliaca-Lima, y me encuentro con un hombre que hacía denodados esfuerzos para comunicarse con el personal de la agencia de viajes. Su acento no era inglés; no era francés; no era alemán, ni ningún otro conocido. El hombre sufría para darse a entender, y a ratos parecía que era marcadamente tartamudo, y sólo se le entendía una palabra: Elena, Elena, Elena. . . Pero no se le entendía qué quería con Elena.

Al verlos sufrir tanto, tuve que intervenir y le pregunto en inglés:

—Which is your country?

Y me responde:

—¡Grecia!

Recién me doy cuenta por qué hablaba tanto de Elena, Elena, porque esta palabra significa “griega” en griego. Entonces le pregunto en griego:

—*Milás heleniká* (ah, hablas griego).

El hombre saltó de alegría y me pidió que le sirviera de traductor.

* * *

Tú dirías, “por supuesto, un griego habla griego”. Pero recuerda que podría tratarse de un griego tartamudo; entonces de nada podría servir mi conocimiento del griego moderno que no practico desde hace más de treinta años desde aquel inolvidable *heliníko kalokéri* (verano griego) que disfruté en mi recorrido por Grecia y las islas del Mar Egeo.

El hombre, que se llamaba Mikis Theóforos, fue bien servido, y se despidió contento diciéndome:

—*Evjaristó!* (¡gracias!)

Por mi parte, pude conseguir espacio en el vuelo de Aerocontinente de ese día, y a las 7.00 de la noche estaba aterrizando en el Aeropuerto Internacional “Jorge Chávez” —este aeropuerto que por llevar mi apellido, Chávez, el chino Soon Jae Lee pensaba al principio que también era de propiedad—.

Esta anécdota les cuento en el Chifa de la CBUP a un grupo de estudiantes y profesores, en su mayor parte pentecostales, y al ver sus rostros llenos de asombro y admiración, les digo:

—¡Gracias doy a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros!

Entonces, el Fredi Segura prorrumpe en carcajada, y casi arroja de su boca su wantán frito.

Para llegar a la Santa Sede de la CBUP se necesita paciencia, mucha paciencia, mucho más que una escalera grande y otra chiquita.

9 EL DILUVIO UNIVERSAL

El 4 de febrero dimos comienzo a nuestras actividades en la Santa Sede con el Módulo de Febrero del 2002.

Me alegró entre los nuevos estudiantes algunas caras conocidas, como Román Yacila, que concluyeron sus estudios en el CEBCAR. El me hace recordar que para su graduación le obsequié mi saco, porque él no tenía uno.

Fue la primera graduación del CEBCAR, cuando se graduaron 80 estudiantes, ante 1.200 espectadores que casi hacen estallar la capacidad del templo Maranatha. El es un eficiente albañil a quien su fe evangélica le sirve de provecho; por eso se da el lujo de estudiar ahora. . . ¡en la Santa Sede de la CBUP!

El me hace recordar a cierto carpintero israelí que conozco bien, y creo, sin temor a equivocarme que es el único carpintero del mundo que no es ningún pobrete, porque es honesto, puntual, no cobra por adelantado, y todo lo que hace es bueno en gran manera.

Pero me entristeció no ver el rostro de algunos de nuestros estudiantes que desertaron. Me enteré que uno dijo: “¿Va a venir un *guest teacher* de Estados Unidos? ¿Sí o no? Porque si no viene un gringo, yo no me inscribo en este semestre, porque yo sólo atraco con gringos.”

* * *

Cierta noche, después de llegar a casa después de una extenuante jornada en la Santa Sede de la CBUP, en medio del sofocante calor del verano de Lima intensificado por una nueva manifestación del fenómeno de El Niño, me entero de que. . . ¡también La Niña estaba haciendo de las suyas en Bolivia!

Temprano, en la noche, suena el teléfono y respondo.

Era mi mujer, llamando desde La Paz. Con voz ronca y apagada me dice:

—¿Moi. . . sés?

Respondo:

—Sí, Amandita.

Con voz más apagada y entrecortada empieza a hablar:

—Yo. . . yo. . . y la Lilita. . . estamos bien. . .

Me inquieto porque empezara ha hablar de este modo, sin que yo le haya preguntado cómo están. Y ella, tratando de aclarar su garraspera, continúa hablando:

—¿No te has enterado, Moisecito de lo que ha ocurrido en La Paz?

Asustado, le digo:

—¡¿Terremoto?!!

Y dice:

—Algo peor, Moisés. . . ¡Ha ocurrido el diluvio universal!

* * *

Ella se explaya en los detalles:

Ha caído granizo hasta la altura de un metro. Y mientras tanto, una poderosa lluvia en el Altiplano se ha vertido sobre la ciudad de La Paz en huaycos y ríos que han arrasado con todo a su paso.

Las calles y avenidas de la ciudad se han convertido en ríos caudalosos que han arrastrado gente, quioscos y hasta automóviles.

Las partes bajas de la ciudad y los edificios se han inundado de modo que los cimientos y las paredes de algunos de ellos se siguen derrumbando.

Hay muchos muertos, entre ellos una familia completa de peruanos. Solo el papá se salvó, pero han muerto la mamá y sus tres hijos.

También se ha inundado el colegio de la Lilita y el patio de deportes se ha convertido en un lago. Por eso todos los colegios están cerrados.

Yo tenía que pasar, justamente, por un desnivel que se ha inundado, y allí han muerto muchos ahogados dentro de sus automóviles. Yo hubiera podido estar allí. Pero en la zona de nuestra casa no ha habido estragos mayores; por eso te llamo para decirte que la Lilita y yo estamos bien. . .

A medida que me cuenta de lo ocurrido, su voz se aclara. Y la siento más alegre cuando me dice respecto de nuestra perrita Cocker Spaniel:

—También tu Molly está bien. Ahorita mismo está recostada, asustada, sobre tu cama.

* * *

Una hora después volvió a llamar para decirme que viera en ese preciso momento el informe de la CNN en Español que estaba dando la vuelta al mundo.

Después de unas dos horas me llamó de nuevo para decirme que ha recibido muchas llamadas de diversos países, preguntando por nosotros. Una de esas llamadas era de nuestra amiga Petra Yalico, desde Lima, que muy prudentemente preguntaba si yo ya estaba enterado de lo ocurrido.

Al día siguiente, el diluvio universal en La Paz era el tema de conversación en la CBUP. Elizabeth, nuestra secretaria me dice:

—Doctor, yo no voy a permitir que usted vuelva a venir por tierra. No queremos correr el riesgo de que se quede varado en el camino y se eche a perder el programa en la Santa Sede. Ahorita mismo voy a llamar a nuestra agencia de viajes para reservarle un boleto directo Lima-La Paz.

* * *

Con gringos o sin gringos, el Módulo de Febrero del 2002 tuvo éxito. De manera especial tuvo éxito el curso, “Dinámica del Estudio de Casos” y la presentación de casos de estudio en el formato de *short-stories* o historias cortas.

La emoción fue tal, que aun antes de empezar el curso algunos se presentaron con sus historias ya escritas.

Pero en el fondo de mi alma me aplastaba la preocupación por lo ocurrido en casa, en la ciudad de La Paz. Porque mi esposa me dijo que había ocurrido “el diluvio universal”. Pronto volvería a casa y me temía ver los estragos del diluvio.

10 PICHANAQUI SHOW

El martes 4 de diciembre del año 2000 debí partir de La Paz rumbo a Lima, para dirigirme después a una pequeña ciudad de la selva peruana llamada Pichanaqui donde me esperaba una gran concentración juvenil donde yo debía dar un show.

Yo tenía una leve idea de dónde podría esta Pichanaqui. Hacía unos años, cuando yo vivía en Lima recibí una llamada telefónica de larga distancia. Era un señor de Pichanaqui que anunciaba su llegada a Lima al fin de semana para adquirir en nuestra oficina “un Gran Paquetazo”, nombre folklórico del Programa Universitario de Teología (el PUT-CEBCAR).

El llegó el sábado en la madrugada, para volverse de inmediato a Pichanaqui. Pero se dio un tiempcito para tomar desayuno con nosotros y contarnos de ese extraño lugar de la selva donde los cocoteros daban hasta 200 cocos o más. Por eso, cuando el Dr. Juan Yalico me invitó a visitar ese lugar convertido en epicentro de las actividades de los jóvenes de la AMIEP, yo acepté su invitación con grandes expectativas. No imaginaba las peligrosas aventuras que allí me esperaban y que quiero relatar.

* * *

Desde Lima viajamos juntos en su camioneta Volvo a lo largo de la Carretera Central hasta La Oroya, y continuamos luego hacia el norte internándonos gradualmente en la Selva.

Tras un largo viaje llegamos a Pichanaqui, un lugar que hasta hace poco había experimentado un engañoso crecimiento económico a causa del cultivo de la coca y de la violencia subversiva.

Nuestra llegada al atardecer trajo mucha alegría y expectativa a los estudiantes de la AMIEP por las actividades que desarrollaríamos en ese lugar.

Lo primero que hicimos fue reunirnos para coordinar la agenda. Vimos que era necesario que después de regresar a Lima, yo volviera a Pichanaqui pasada la Navidad para continuar con las actividades académicas hasta el comienzo del Año Nuevo. Y se nos ocurrió que para entonces viniesen también mi esposa y mi pequeña niña, Lili Ester, para disfrutar de las bendiciones de esta región paradisíaca. Esta era también oportunidad para que Amandita conociera también Tarma y La Merced, que tantas anécdotas me habían obsequiado en mis viajes en el pasado. Sería una experiencia educativa para nuestra pequeña conocer la selva a sus ocho añitos de edad.

* * *

Después de once días llenos de intenso trabajo en Pichanaqui me dispuse a regresar a Lima para esperar en el aeropuerto a Amanda y a Lili Ester que venían de Bolivia para pasar la Navidad en Lima.

El Dr. Romay, a cargo de la atención pastoral en la AMIEP, adquirió mi boleto de regreso a Lima en la Empresa de Transportes Lobato, y junto con todos los alumnos fue para expresarme su cariño en el momento de mi partida.

Un grupo de más de cuarenta jóvenes y señoritas esperaban conmigo el bus que venía de Satipo con retraso, y aprovecharon el tiempo para reír, cantar, bailar y hacer un gran show en plena vía pública.

Por fin llegó el bus cerca de la media noche, y ni bien se detuvo, un grupo de mujeres y hombres de entre los pasajeros hicieron un gran escándalo ante los empleados de la empresa porque venía conduciendo el bus un chofer borracho, el cual, además, tenía la reputación de ser loco.

Se logró que lo remplazaran por otro chofer, pero como se nos dijo que él conduciría el bus sólo hasta Tarma, nos llenamos de preocupación de que nos mintieran, y en Tarma volviera al timón el chofer borracho y loco, al cual habían guardado en la bodega del bus.

Yo me propuse mantenerme alerta para ver qué chofer lo remplazaría en Tarma.

* * *

Cuando el bus se dispuso a partir, los muchachos de la AMIEP cantaron emotivas canciones de despedida, una de ellas en hebreo: “Shalom javerim, lehitraót” (Shalom, hasta la vista amigos) que el Dr. Yalico había aprendido en el Ulpán de la Universidad Hebrea de Jerusalem y les había enseñado a sus alumnos.

Entonces, una de las alumnas de la AMIEP subió al bus, se sentó a mi lado y me premió con un sonoro beso en la mejilla, en medio de los bulliciosos aplausos de todos sus compañeros.

* * *

Pero entre los pasajeros surgieron dos hombres sombríos, los únicos que parecían estar vestidos de una manera formal.

Uno de ellos se sentó a mi lado y me cansaba con sus preguntas de asombro:

—¿Quiénes son esos muchachos y esas muchachas, ah? ¿Son de Pichanaqui? ¿Qué hacen ellos en Pichanaqui? ¿En Pichanaqui?

Tratando de evitar la conversación, le respondí de manera lacónica:

—No son de Pichanaqui. Han venido de todas las regiones del Perú.

Y seguía preguntando asombrado:

—¿Y qué han venido a hacer a Pichanaqui?

—Aquí se ha organizado su campamento juvenil.

—¿Por qué en Pichanaqui?

* * *

Pero a él no le importaban tanto los jóvenes y señoritas de la AMIEP. El estaba inquieto por saber quién era yo y qué decía la letra de esa misteriosa canción que cantaron esos muchachos en un idioma desconocido.

—Y usted, ¿qué ha venido a hacer en Pichanaqui?

—Yo he venido para darles un curso.

—¿Un curso acerca de qué?

—Un curso sobre Hermenéutica Bíblica.

El hombre intentaba a toda costa alargar la conversación mientras su compañero de viaje aparentaba mostrarse despreocupado. Y como yo me mostraba muy agotado, el hombre me dejó y volvió a sentarse al lado de su amigo.

Muchos años después, cuando me choqué con mi historia “Pichanaqui Show” que estás leyendo, recién empecé a temblar de temor al considerar que Pichanaqui había adquirido cierta fama en aquellos días por su conexión con ciertas actividades terroristas de Sendero Luminoso.

* * *

Aparte de mi maleta, que era la única maleta que vi en la bodega del bus en medio de costales, costalillos y cajas de frutas, yo llevaba a la mano una bolsa de plástico que contenía mi casaca, y en el bolsillo de la misma una billetera como mi DNI (Documento Nacional de Identidad), varios cientos de dólares que en mala hora llevé conmigo a la selva, y las llaves de la casa donde me encontraba alojado en Lima. Esperaba ponerme la casaca un poco más adelante en el viaje cuando saliésemos del infierno de fuego ardiendo que era la selva amazónica aquel día.

Habiendo organizado este viaje con mucha minuciosidad, pues a mi regreso a Lima después de una semana de clases en Pichanaqui iría a recibir en el Aeropuerto Internacional “Jorge Chávez” a mi esposa y a mi hija pequeña que llegaban de Bolivia para pasar la Navidad.

Había previsto todo, absolutamente todo, pero se me habían escapado tres detalles que resultaron ser fatales:

Primero, aunque fuese intenso el calor, yo debí ponerme mi casaca en lugar de llevarla en la bolsa de plástico.

Segundo, yo debí prever que tras mis intensas actividades en Pichanaqui, pudiese ser vencido por un sueño pesado.

Tercero, no debí aceptar que los alumnos fueran a la agencia del bus a hacer un show que pudiese llamar la atención de todos los viajeros. Lo que fue una expresión de cariño, terminó haciéndome vulnerable.

* * *

Por una hora me mantuve alerta por causa del chofer y porque el bus paraba a cada rato en la carretera y abrían la bodega para cargar y descargar en medio de las tinieblas de la noche. Me preocupaba mucho mi maleta, la única maleta que había en la bodega, y que había sido puesta cerca de la puerta, al alcance de cualquier mano.

Pasamos Tarma, pasamos La Oroya y pasamos Ticlio. El bus se abría camino con dificultad en medio de la pesada nieve que se había acumulado, cuando yo me desperté a causa del frío, y pensé: “¡Me muero de frío a pesar de tener a la mano mi casaca!”

Saqué la chamarra de la bolsa que llevaba entrelazada en la muñeca de mi mano derecha, y me la puse. Y quedé más frío al percatarme de que había sido sustraída mi billetera, mi DNI y mis llaves.

Miré al hombre que tantas preguntas me hacía en Pichanaqui, y en su asiento ya no estaban ni él ni su compañero, sino otros hombres de aspecto serrano.

* * *

Un extraño temor inundó mi cuerpo, un temor de que algo peor me pudiese ocurrir al llegar al terminal de la empresa Lobato en Lima, como realmente debía ocurrir a causa de las conexiones de aquellos hombres con su gente que efectivamente me esperaba en Lima.

No hice ninguna averiguación entre los pasajeros en el bus. Pensaba que todo lo que acababa de perder no justificaba que yo pudiese ofender la dignidad de algún ser humano inocente que viajaba conmigo.

Mi séquito juvenil había tenido el mayor deseo de expresar su aprecio por mi persona, pero sus canciones y sus besos habían ayudado a ponerme en manos de delincuentes. Pero al volver a Pichanaqui para el segundo curso que debía dictar a los jóvenes, no comentaría con nadie lo ocurrido.

* * *

Estando en Pichanaqui había tenido la oportunidad de visitar la Convención de la Iglesia Evangélica Peruana en Barineti, a dos horas y media selva adentro. Allí dicté un curso maratónico —de un día de duración— de Teología Práctica, en medio de gran interés y numerosas preguntas de todos los líderes presentes.

Hablé todo el día y quedé muy agotado, y por la noche la bebita de un pastor de la AMIEP fue atacada por una terrible fiebre y lloró toda la noche. Todos los cuarenta jóvenes y señoritas de la AMIEP que estábamos alojados en un amplio ambiente construido con madera, perdimos el sueño a causa del constante llanto de la niña, que estaba prácticamente a mi lado pues nos separaba sólo una barrera de tablas y ranuras.

Elizabeth Romay, la esposa del Dr. Luis Alberto Romay decía:

—¡Cómo habrá sufrido anoche el Dr. Chávez con el llanto de la Leíta!

Y le díje:

—¿Qué llanto? Yo no he escuchado nada.

Y Elizabeth exclamó admirada:

—¡Aleluya! ¡El Señor envió su ángel y tapó las orejas del Dr. Chávez!

A pesar de esta experiencia, yo no había aprendido a tomar en cuenta el factor SUEÑO, un pesado sueño debido al cansancio después de una jornada agotadora. Por eso terminé esta vez despertando a una triste realidad de verme despojado de todos mis valores, incluso del importe de un taxi que me llevaría a casa.

* * *

Una vez en Lima, salí del terminal de buses Lobato esquivando a los taxistas que me asediaban ofreciéndome sus servicios.

Caminé llevando mi maleta media cuadra en contra del sentido del tráfico, y contraté un taxi que se acercaba al terminal, seguido por los taxistas que hacían todo lo posible para llevarme.

Subí al taxi, explicándole al chofer que le pagaría al llegar a mi alojamiento, y uno de los taxistas que me siguieron gritó:

—¡Ese taxista es un ratero!

Yo no le hice caso. Después de todo, ¿qué más me podrían robar?

Pero el taxista era un buen hombre, y además, muy servicial. Con todo, no comenté con él por qué me había quedado sin plata. Sólo le pedí que al llegar a mi alojamiento me esperara un minuto hasta que yo sacara dinero para pagarle.

Desde que me ocurriera esa tragedia en el camino, yo tenía un extraño presentimiento de que algo peor me esperaba al llegar a Lima, y lo supe evitar. Sin embargo, sólo varias décadas después se me ocurrió asociar todas estas cosas con Sendero Luminoso en Pichanaqui, que había sido convertida en plantación de coca para financiar sus actividades terroristas. Entonces un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

* * *

Después de la pérdida de sueño en el bus, aquel día no descansé pensando qué ocurriría con mi familia, al vernos de repente tan lejos de casa y sin recursos. Mi hermana me prestó dinero para el taxi, cuando fui a recoger a mi esposa e hija. Le dije a mi hermana:

—En el aeropuerto tendré que decirle a Amanda qué me ha ocurrido; no sea que al ver mi cara desvelada piense que me ha ocurrido algo peor. Porque ella, sin duda que lo va a notar.

El ver a mis dos mujercitas salir sin novedad del aeropuerto desterró toda mi tristeza, y cuando le conté lo ocurrido, ella tuvo la misma reacción que yo: El tener mis valores a la mano pudo haberme librado de algo peor al llegar a Lima, porque ese viaje, empezó mal.

* * *

Después de pasar la Navidad en Lima volví a Pichanaqui acompañado de mi esposa y de mi pequeña hija. El Dr. Yalico nos llevó en su camioneta, pero este viaje, a diferencia del anterior fue un placentero viaje de turismo, mayormente centrado en Satipo, a corta distancia de Pichanaqui, donde tuvo lugar el curso que dicté.

Cuando volvimos a Lima después de esta actividad habíamos ganado 200 dólares con la venta de nuestras Biblias Científicas RVA, que nos alcanzó de sobra para nuestros gastos en Lima, y no tuvimos que gastar para nuestro viaje de regreso a casa ya que habíamos venido de Bolivia con nuestros boletos ida y vuelta.

Mi esposa me pregunta, intentando hacerme reflexionar un poquito:

—¿Vas a volver a hacer estos viajes en medio de tantos riesgos y peligros?

Y le respondo:

—Si es para las actividades de la AMIEP, sí. ¡Esos muchachos valen la pena!

11

UN VIAJE FELIZ

Por Amanda de Chávez

Es realmente un problema y un grave dolor de cabeza viajar en bus en distancias tan largas como de la Paz a Lima o viceversa, porque el cuerpo se cansa y se maltrata mucho al estar todo el tiempo sentado. Yo, por ejemplo, paso diez días con el cuerpo macurcado, cada vez que viajo en Ormeño.

La incomodidad se agrava si consideramos que los asientos de los buses no son buenos. Y el viaje se convierte en una verdadera tortura cuando en todo el trayecto proyectan, uno tras otro, videos de películas de horror, de hechos de sangre, de inmoralidad sexual, a volúmenes altos, y en presencia de niños, monjitas, curitas, etc. que se ven obligados a soportar este tipo de hechos pecaminosos.

En cierta ocasión, por ejemplo, pusieron en pleno día, a la hora del almuerzo, un video de relaciones sexuales sin restricción, y yo no sentía estupor y vergüenza sólo por mi causa, sino también por un grupo de tres monjitas de la orden de la Hermana Teresa de Calcuta, que no sabían qué hacer para evadir semejante espectáculo que se presentaba ante sus mismas narices.

* * *

Moisés, mi esposo, viaja dos veces al año el recorrido La Paz-Lima-La paz, 10,000 kilómetros al año. Lili Ester, nuestra hija, y a veces yo también, unimos fuerzas y argumentos para evitar que él haga este recorrido cuando se aproxima a los 70 años de edad. Argüimos que la CBUP ya cuenta con un selecto elenco de profesores a quienes él ha entrenado, los mismos que ya pueden hacerse cargo de los módulos académicos de la CBUP. ¡

¿Qué institución teológica como la CBUP podría jactarse de tener profesores como el Padre Fernando, como el Dr. Juan Terrazos, como el Dr. Pablo Balbuena, como el Dr. Alberto Sánchez, etc. etc.

Pero él insiste en viajar y nada lo podría hacer desistir, salvo si cayese enfermo, que Dios no lo permita. Dos veces al año, a lo largo de 17 años ha venido viajando así, sin fallar una sola vez que pueda servir de botón de muestra. ¡Y no que quepa la menor duda que lo seguiré haciendo!

* * *

Por cierto, cuando llega a casa en La Paz lo rodeamos con preguntas acerca de cómo le fue en el viaje, y él no haría observaciones sobre la incomodidad, pero no dejará de quejarse de los videos que ponen en el bus.

En más de una ocasión me dice:

—Al subir al bus me hago amigo del chofer, y le resbalo a su mano un billete de 20 soles o de 50 bolivianos, para que no prendan el televisor en todo el viaje. Les digo: “Si los

pasajeros reclaman, pidiendo videos, díganles que el aparato está malogrado.” Pero no funciona cuando los choferes mismos, y sus respectivos chuliyos dependen de esos videos como si fueran una droga.

* * *

Ya estaba la fecha fijada para el retorno de Moisés el día jueves 7 de agosto del 2014, de Lima a la Paz. Había comprado su boleto en la compañía CIVA, intentando probar suerte allí, después de un viaje horrible en un bus de Ormeño.

Yo me encontraba en La Paz y pensé llamar a la compañía CIVA para decirles que pongan películas sanas, películas de humor. Pero, ¿cómo hacerme escuchar? Entonces se me ocurrió alzar el fono y disqué llamadas a larga distancia y esperé que me contestaran.

Una voz femenina responde:

—¿Alo?

Y dije con voz sexy, medio ronca para expresar autoridad:

—¡Buenos días! Estoy hablando del Ministerio de Transportes. . .

Me dice;

—Un momento, por favor.

Y me comunica con un hombre.

* * *

Le digo a él que llamo para comunicarles de la NUEVA NORMATIVA que recientemente ha salido respecto de las películas que tienen que ser proyectadas en los buses. Estas deben ser de corte humorístico, familiar y preferentemente películas peruanas para dar a conocer nuestro país.

Me contesta:

—Espere un momentito, le voy a comunicar con el encargado.

Espero varios segundos, que parecían largos minutos, y a pesar de que las llamadas de larga distancia cuestan mucho, seguí esperando.

Al fin me contesta otro hombre.:

—¿Aló? ¿Con quien tenemos el honor de hablar?

* * *

Te confesaré que no se me había ocurrido que me hicieran esta pregunta, de modo que me vi en aprietos, y no sé cómo me vino un nombre a la boca:

—Bueno. . . Usted está hablando con Marianela Pando.

Y repetí a boca de jarro:

—Señor, le habla Marianela Pando. . .

Entonces recién repetí mi discurso memorizado:

—Estoy hablando del Ministerio de Transportes. . .

Me pregunta con mucha cortesía:

—¿Qué se le ofrece, señora Pando?

—Le hablo del Ministerio de Transportes para comunicarle de la NUEVA NORMATIVA que recientemente ha salido con respecto a los videos de películas que tienen que ser proyectadas en los buses de servicio internacional. Estas deben ser de corte humorístico, familiar y preferentemente películas peruanas para dar a conocer las cosas buenas de nuestro país.

* * *

Como mi interlocutor se queda callado, y evidentemente preocupado, yo prosigo como con cuerda automática:

—Esta normativa ha salido en coordinación con el Ministerio de Turismo y el Ministerio de la Mujer, a raíz de las quejas, no casualmente contra CIVA, pero contra muchas otras empresas de transporte de pasajeros, en el sentido de que menores de edad tienen que soportar películas de horror, de hechos de sangre y escenas pornográficas que les trastornan su mundo infantil.

Entonces les pregunté, sólo para ganar tiempo y pensar qué decir luego:

—¿Ustedes llevan pasajeros menores de edad?

Me responde;

—Sí, claro, por supuesto.

—Entonces hay que tener un poco más de cuidado con lo que están proyectando en los televisores de sus buses.

* * *

Mi interlocutor ha quedado “de una pieza”, y da señal de prestarme atención. Eso me da alas para proseguir con mi discurso previamente memorizado:

—Necesitamos una sociedad más sana y el espíritu de esta Ene-Ene. . .

—¿Esta qué?

—Esta Nueva Normativa. El espíritu de esta Nueva Normativa es crear conciencia en los directivos de las compañías de transporte para que pongan películas que eduquen y distraigan al pasajero haciendo su viaje más placentero.

Y proseguí:

—Tenemos buenas referencias de CIVA, y de su trato respetuoso a los turistas. Por esto les informo en confianza que en los próximos días estarán viajando personeros de los ministerios para asegurarse que esta Normativa que se les ha enviado impresa, se está cumpliendo. A propósito: ¿Ya la han recibido en CIVA?

Me responde un tanto desconcertado:

—Discúlpeme, yo no estoy bien informado. Pero de inmediato averiguaré al respecto en nuestra oficina.

—Seguramente ya la han recibido. Pero se nos ha instruido llamar a las principales empresas de transporte, prioritariamente de servicio internacional, además de la Normativa impresa.

—Ah, muchas gracias, Pasaré un correo a todas nuestras sucursales para informar de esta disposición, perdón, de esta NORMATIVA.

—Hasta luego, señor.

* * *

¡Y adivinen qué ocurrió!

Sin informarle a mi esposo a su llegada a La Paz respecto de esta mi última travesura, le pregunto, un tanto despreocupadamente:

—¿Qué tal tu viaje?

—Los asientos eran una porquería, peor que los asientos de los buses de Ormeño, que desde ya son una porquería con esa tecnología brasileira de porquería que te impide plegar tus piernas al asiento, con esa porquería que han puesto para que tu asiento de porquería se convierta en una “cama” de porquería.

Yo le escucho en silencio, y cuando acaba de hablar todas sus porquerías, le pregunto:

—¿Te dieron algo de comer en todo el viaje?

—Sí. Algo.

—¿Algo bueno?

—Bueno, peor es nada, es decir, NADA dan en Ormeño, desde que esa empresa se fue a la porra.

* * *

No sabía cómo preguntarle sobre los videos que pusieron, y menos me atrevía a contarle de lo que había hecho intentando que su viaje fuese más placentero. El mismo fue quien lo expresó:

—Pero te contaré que algo raro ha ocurrido. Quizás depende del chofer que nos tocó de buena suerte, porque por primera vez en mi vida he visto en el televisor del bus videos que valgan la pena, películas de sano humor y de corte educativo, sobre todo para los niños. ¡Nada de aberraciones sexuales y propaganda homosexual, o de violencia y sangre al estilo de Hollywood!

Y añadió:

—En la hora del refrigerio no pusieron películas de horror, sino video-clips con música de Camilo Sexto, de los Siete Latinos (¿o son ocho?), de Armando Massé, de Julio Iglesias, de Miriam Fernández. ¡Una delicia! En este sentido este viaje ha sido el más placentero de todos mis viajes, e incluso me he olvidado de la incomodidad de los asientos.

* * *

Fue entonces que le confesé de mis mentiritas blancas, y él me dijo muy motivado y emocionado:

—¡Qué bueno lo que hiciste! Pero una sola cosa te hace falta para entrar en el reino de los cielos. . .

Le pregunto, con algo de seguridad de mi parte:

—¿Qué me puede faltar, mi amor?

Y me responde:

—Escribe una historia corta respecto de todo lo que me has contado, y se la vamos a enviar al Ministerio de Turismo, al Ministerio de Transportes, al Ministerio de la Mujer, y te la vamos a publicar en *MISIONOLOGICAS* N° 18, porque me tinka que eso de la NUEVA NORMATIVA de que hablas. . . ¡se va a hacer realidad!

* * *

Justamente, eso es lo que NO me gusta hacer: Escribir. Para mi persona, eso es como decir: I DON'T DO WINDOWS!

A diferencia de mi esposo, que ha escrito como 1000 historias, yo sólo he escrito una: “Historia de nuestro amor”. Pero ahora me doy cuenta que eso no es cosa del otro mundo, porque al referirte las consecuencias de mis mentiras, veo que esta historia ya se escribió sola, y sólo falta ponerle palabras y un título “sexy” como dice Moisés.

Y pienso, dócilmente, en mis adentros: ¿Será posible que yo también merezca alguna vez el Gran Trofeo Literario “El Huevo de Oro CBUP”?

Mi esposo me mira meditabunda, un tanto temerosa y abatida por las consecuencias que pudiera tener mi historia corta, e intentando consolarme me dice:

—Lo principal es que por primera vez en mi vida he disfrutado de UN VIAJE FELIZ.

Y le respondo:

—¡Ese es el título que requiero para mi historia! ¡Sale caliente! ¡Sí voy a escribir mi historia UN VIAJE FELIZ.

12
DON CARLOS DE ORDOÑEZ
CONDE DE LOJA

Cierta tarde, faltando pocos días para que mi esposa y mi hija pequeña regresaran a Bolivia después de un inolvidable verano en Lima, se me ocurrió llevarles a un tour organizado a la cima del cerro San Cristóbal que extiende sus brazos protectores sobre sus faldas que alcanzan a los barrios históricos de Lima, a la cual Don Ricardo Palma llama “la tres veces coronada Ciudad de los Reyes”.

Yo mismo anhelaba hacer este paseo, pues a pesar de haber vivido la mayor parte de mi vida en Lima, nunca se me había ocurrido subir al cerro San Cristóbal ni sabía lo que significaba ver la antigua ciudad de Lima desde dicho promontorio en un momento en que la niebla permanente nos permitiera esta visión.

* * *

Desde abajo uno no se puede imaginar todo lo que se puede ver desde arriba. La explicación del guía nos introduciría gradualmente a la atmósfera de la Lima colonial, y desde arriba veríamos de un vistazo el distrito del Rímac, la Lima cuadrada y las escenas que son pintadas con palabras de nostalgia por Don Ricardo Palma en sus *Tradiciones Peruanas*.

También veríamos el Puente y la Alameda, escenarios de las escenas románticas que describe Chabuca Granda en sus canciones de ensueño.

Y a lo mejor, si lográbamos entrar a la dimensión de la fantasía, podríamos inmiscuirnos en los cortejos del Virrey Amat a la Perricholi, o escuchar las oraciones de San Francisco Solano y del Beato Juan Macías.

Y con un poco de suerte también escucharíamos los pregones de la picaronera y del sanguito, y apreciaríamos el suave perfume de la Limeñita que se dispone a introducirse en el pasado hormonal de su ciudad.

* * *

Mientras atravesábamos las calles del Rímac y de la Lima colonial, rumbo al ascenso del cerro, pasamos por una torre que todavía se halla erigida en un costado de la Plaza de Toros de Acho, y el guía nos relata:

—Se cuenta que cierto noble rico llamado Don Carlos de Ordóñez, aunque en Lima se hacía llamar con otro nombre por razones de seguridad, se había enamorado de aquella actriz tan hermosa y genial que era la Pechicholi cuyo nombre de pila era Doña Micaela Villegas, y ella también estaba locamente enamorada de él, porque era joven y hermoso. El Virrey Amat la cortejaba a ella de día y de noche y no la dejaba vivir en paz; pero ella no amaba al Virrey, porque ella tenía tan sólo veintitrés abriles, mientras que él tendría por entonces unos sesenta años, y como es de imaginarse, ya no soplabá.

Alguien, dándosele de culto y bien enterado de la Lima colonial hizo este comentario:

—A pesar de tener los Polvos Azules al costado nomás de su palacio. . .

* * *

Como la gente comenzó a reírse de los “povos azules”, fórmula secreta del magnate celendino Don Augusto Gil y Velásquez, el guía prosiguió a narrar:

—Como Don Carlos de Ordóñez era un joven poderoso y bien relacionado, el Virrey Amat se contuvo de enfrentársele directamente y optó por una medida represiva indirecta. Como sabía que a él le apasionaba la fiesta brava, optó por decretar que no pudiesen ser admitidos en la Plaza de Acho ni él ni su séquito, sin un pase especial de parte del Virrey. El pensó que alguno de sus servidores se acercaría para solicitar dicho pase, pero eso no ocurrió, y el Virrey Amat se peló.

* * *

A la gente le encantaba la manera particular de narrar estas historias que tenía el guía de turismo. Eso era para él mejor que darle cuerda, y continuó:

—¿Y saben ustedes lo que hizo Don Carlos de Ordóñez?

¡A quién no le interesaría saber qué hizo el galán!

—Pues se mandó construir esta torre que ven a la mano derecha, para desde allí ver la corrida por encima del palco del Virrey, y sin pagar. ¿Y saben qué más hizo?

Dejó en suspenso unos segundos a los turistas, y prosiguió:

—El miraba la corrida de toros desde el más alto mirador, echado en un mullido diván y acompañado por la amante del Virrey Amat, la Perricholi, por supuesto antes de que ella fuera la Perricholi de Amat.

* * *

Una vez en la cumbre del cerro, no me imaginaba que me encontraría con un joven de otra época, un noble que se me presentaría como Don Carlos de Ordóñez, Conde de Loja. Jamás había leído de él en los libros de historia colonial, ni en las *Tradiciones Peruanas* de Don Ricardo Palma, aunque en algún lugar me parecía haber oído ese nombre.

Le pregunté:

—¿Y por qué Conde de Loja, si estamos en Lima?

Me respondió:

—Este no es más que mi título nobiliario. . .

—¿Loja? Eso está por Arequipa, ¿verdad?

—No. Loja es una ciudad de España, en la provincia de Granada, a orillas del río Genil.

Y a la verdad, hablaba como español. No había manera de pensar que fuese algún blanquiñoso del Rímac disfrazado de noble colonial para promocionar las visitas turísticas al cerro.

* * *

Mi esposa y mi hija me escucharon conversar con él en un extremo del pequeño museo que se ha erigido en la cúspide del cerro San Cristóbal, pero no vieron su cara. Tampoco alcancé a presentárselo a ellas, porque en ese momento el guía empezó a convocar a todos para que subiéramos al bus para empezar nuestro descenso del cerro. Ya la penumbra había alcanzado a mezclarse con la niebla y era hora de volver para cenar en el palacio con el Presidente Toledo.

Mientras descendíamos en medio de gran algazara, mi esposa me pregunta:

—¿Y quién es ese joven tan simpático con quien conversabas? ¿Y de qué conversaban? ¿El trabaja en el museo así vestido a la antigua?

Le respondo:

—Era Don Carlos de Ordóñez, Conde de Loja.

—¿Cóndes en este tiempo? No me hagas reír, ché. No puede ser posible que te haya dado el “sorojchi” por subir al cerro de San Cristóbal. Volvamos pronto a casa, en La Paz, no sea que te me quedes aquí sepultado en el pasado, en la niebla del Virreinato.

No. No me había dado el soroche, pues esta partecita de mi historia es sólo un sueño que tuve aquella noche, después de ese hermoso paseo.

* * *

Llegado el momento, mi esposa y mi hija pequeña volvieron antes que yo a la ciudad de La Paz, la una por razones de trabajo, y la otra por la escuela. Y yo, como no trabajo ni tampoco voy a la escuela, me quedé en Lima por unas cuantas semanas más, disfrutando del ceviche, de la cojinova frita, de los chifas y de las pachamancas, hasta el momento que me tocó a mí también regresar a casa en compañía de mi hijo Shadow International.

El bus de la empresa Ormeño fue puntual, y partimos a la hora rumbo de la Carretera Panamericana Sur. Los pasajeros, sobre todo los jóvenes, no escondían la emoción de iniciar el viaje y la aventura, y algunos de ellos se apostaron en el barcito de la parte delantera del segundo piso del bus, para jugar a las cartas. Eran tres chicas hermosas, de entre los 18 y 20 años, y un solo chico, de unos 20 años.

El era indígena, bien tostado y ennegrecido por el Sol, e iba vestido con un pantalón al estilo bombacho, eso que consideran “moderno”, y una camiseta de color oscuro sin mangas, que hacía resaltar sus bíceps desarrollados. Evidentemente era un muchacho deportista.

Aparte de sus marcadas facciones indígenas, el muchacho revelaba tener gran seguridad personal, inteligencia emocional y una gracia que se desbordaba en una mirada tierna y una sonrisa a flor de labios. Si a mí me atrajo la atención, ya puedes imaginarte cómo atrajo la atención de aquellas tres muchachas, dos limeñas y una charapita que se había propuesto pasar sus vacaciones haciendo turismo en Puno, el lago Titicaca, y en la ciudad de La Paz.

* * *

Mientras él cortaba las cartas, y las barajaba y empezaba a jugar, el bus empezó a salir del área urbana para dirigirse en dirección de las playas exclusivas del litoral limeño, como Naplo. Por cierto, esta es la zona más bella, organizada y limpia de nuestra ciudad. Pero el joven empezó a hacer ciertos comentarios imprudentes que no importunaron para nada a aquellas muchachas que jugaban con él, ni tampoco a mí, que estaba sentado con mi hijo pequeño (mi hámster Shadow International) en los dos primeros asientos. Al ver la suave autopista y los complejos playeros a la mano derecha, él comentó:

—Pero Lima es una ciudad muy atrasada y desorganizada. Ecuador no es así como el Perú. En Ecuador estamos muy adelantados y tenemos lugares mucho más hermosos que esta fea playa de Lima.

Las chicas peruanas no hicieron caso de sus comentarios. Yo simulé no oírlos, y él prosiguió diciendo:

—Si te vas al norte del Perú te vas a dar cuenta que esos territorios que los peruanos nos quitaron están abandonados, resecos y atrasados porque no se ha sabido qué hacer con ellos. En cambio, en Ecuador. . .

Las muchachas no se dieron por entendidas, y pronto se cambió de tema.

* * *

Más adelante, las chicas se olvidaron de las cartas, y el muchacho ecuatoriano tomó dos servilletas de papel e hizo ciertos movimientos rápidos con sus dedos, y las transformó en una hermosa flor de lirio con su hoja al lado, y se la obsequió a una de las chicas, a la que estaba embelesada con él. Las otras dos codiciaron tener cada una su propia flor, y él repitió los movimientos mágicos de sus dedos, y proveyó de hermosos lirios a ellas también, y los pasajeros que estábamos detrás de ellas nos maravillamos de tan delicado arte.

Entonces me fijé más en la cara del joven, y vi su hermosa sonrisa y la seguridad que transmitía, y me puse a pensar: “Sin duda, este muchacho tiene carisma; con razón las chicas se le pegan como moscas.” Es que aparte de las imprudencias que decía en país ajeno, él demostraba ser muy tierno y jovial.

Lamentablemente, en ese momento la terramoza puso un video, el Señor de los Anillos y elevó demasiado el volumen de modo que nos torturó con la bulla y los golpes de violencia demoníaca, y ya no pude escuchar lo que aquellos jóvenes conversaban. Entonces me puse a contemplar a mi hijito Shadow que dormía plácidamente dentro de su hermosa casita.

* * *

Cuando se acabó el video del Señor de los Anillos, la terramoza nos dejó en paz por un rato, y después, cuando estábamos a la altura de Cañete volvió a poner el video del Señor de los Anillos cuya bulla nos torturó. No creo que alguien lo haya querido ver por segunda vez.

Cuando se acabó la segunda tongada del Señor de los Anillos se dispuso a poner un video en blanco y negro. Entonces, intempestivamente se levantó el muchacho ecuatoriano

—yo pensé que para ir al cuarto de baño a orinar—, pero volvió de inmediato y se deslizó sobre su asiento con gran alivio. De pronto, en la cabina de control apagaron el televisor y en lugar del video empezamos a escuchar los hermosos y conmovedores temas de Leo Dan.

Más adelante me di cuenta de que lo que había hecho el joven fue implorarlo a la terramoza que en lugar de ese feo video en blanco y negro nos hiciera escuchar la apasible música romántica que contenía el cidí que le dio. Pero cuando se acabó el cidí la terramoza volvió a poner por tercera vez el horrible video del Señor de los Anillos, y los pasajeros protestaron:

—Señora de los Anillos, ¿acaso no tiene más videos que el Señor de los Anillos?

Los pasajeros extranjeros gritaron del fondo del bus:

—Woe to you!

Y una chica israelí exclamó:

—¡Oy vavóy li!

Entonces el joven ecuatoriano le dio a la terramoza otros cidís, entre ellos uno de los Cinco Latinos cuyos temas disfrutamos hasta la llegada de la hora del almuerzo.

Pero en la hora de la comida, ella puso el video en blanco y negro, un estruendoso video de crimen, y siendo de día y con Sol los resplandores que cruzaban el interior del bus iluminaban la pantalla del televisor y no se veía ni una imagen; sólo se escuchaba gritos y explosiones que hacían de nuestro almuerzo una verdadera pesadilla. Así tuvimos que comer en medio de disparos, gritos desgarradores y sangre. Ya no había manera de protestar.

* * *

Me deleitaron los temas de Estela Raval y los Cinco Latinos y le pedí al joven que me prestara el estuche del cidí para repasar los títulos de los temas que se sucedían unos a otros e hicieron placentera una pequeña porción de nuestro viaje. Y haciéndome el desentendido me puse a escuchar la conversación del joven con las chicas en el bar del bus.

El les decía:

—Mi padre es camionero en Ecuador. Aunque ustedes no crean, en la carretera es más fácil manejar un camión que un automóvil, porque es más estable. A mi padre le he acompañado grandes distancias, a veces en viajes internacionales, transportando mercadería. En cierta ocasión, cuando yo era pequeño y mi papá aún no me dejaba conducir el camión para ayudarlo, nos fuimos hasta Santa Cruz, Bolivia. Por eso ahora que he crecido quiero ver los mismos lugares que conocí en aquella ocasión. Esta es la razón de este viaje mío.

* * *

Las chicas estaban interesadas en saber cuánto gana un chofer de camión, y él les responde:

—Ahora que trabajo ayudándole a mi padre, fácilmente me gana 80 dólares por semana.

Las chicas preguntan:

—¿Y a cuánto equivale eso en moneda del Ecuador?

Y responde:

—Equivale a eso mismo, porque el dólar americano es la moneda nacional del Ecuador. ¿No sabían ustedes que el Ecuador ha sido dolarizado? Al mes fácilmente puedo ganar 400 dólares.

Evidentemente se trataba de un muchacho serio y trabajador. Hablaba de las relaciones con su padre y con sus otros hermanos, relaciones muy bellas, tiernas y respetuosas. En todo se podía ver un muchacho sincero y limpio, además de tener una sonrisa tan tierna y gran atractivo personal.

* * *

En un momento da la vuelta y me mira, y me dice, cuando le devuelvo su CD de los Cinco Latinos:

—En la carretera generalmente escuchamos este tipo de música cuando viajamos largas distancias, pues nos relaja.

Luego continúa conversando con las muchachas, y lo observo, y me pongo a pensar en él: ¡Qué muchacho tan especial! Cualquier otro muchacho de su edad estaría metido en la porquería esa del rap, del reguetón, del metal rock y del rock cristiano que no son sino bulla, que no tienen ningún mensaje de fondo, que no refieren experiencias existenciales de la vida. Un muchacho en el año 2005 que sabe apreciar los temas de los Cinco Latinos. . . ¡Sin duda se trataba de alguien especial!

* * *

Y siguiendo el índice de los temas del cidí me pongo a recordar con nostalgia los años 60 del siglo pasado, porque la música de Leo Dan, de los Cinco Latinos, del Dúo Dinámico, era mi música. Me enternecí escuchando los temas “Balada de trompeta”, “Dímelo tú”, “Eres mi estrella”, “Tú eres mi destino” y “Quiéreme siempre”, que dice:

*Siempre, quiéreme siempre;
tanto, como yo a ti.
Nunca, nunca me olvides;
dime, dime que sí.*

También me enternecieron los temas “Los dulces 16” (esa edad tenía yo entonces), o “Solamente tú”, que aún lo recordaba de memoria:

*Sólo tú, y solamente tú,
puedes dar luz a mi soledad.
Sé que la felicidad tu amor me traerá,
y ésta es mi canción y mi verdad. . .*

* * *

Oraba mientras escuchaba el tema, “Mi oración”: “Orar es estar junto a ti, besar tu boquita sensual, poder estrechar tu figura ideal. Orar es poder convertir una dulce ilusión en milagro de amor”.

O el tema, “Qué bonito amor, qué bonito cielo, qué bonita Luna, qué bonito Sol”, que es una hermosa balada mexicana.

O el tema, “Todo es nuevo”, que dice: “Tus labios rojos, tu piel morena, el mar y el cielo; todo es nuevo desde que te vi.”

O el tema, “Telegrama de amor”, que también recuerdo de memoria:

*Antes de que tus labios me confesaran
que me querían,
ya lo sabía, ya lo sabía.
Porque con la mirada tú me pusiste
un telegrama que me decía,
que me decía.
Destino: Tu corazón.
Domicilio: Cerca del cielo.
Remitente: Mis ojos son.
Y texto: “¡Te quiero! ¡Te quiero!”*

O el conmovedor tango argentino, “A media luz”, que varios en el bus entonaban en voz baja juntos con los Cinco Latinos:

*Corrientes 348, segundo piso, ascensor.
No hay porteros ni vecinos,
y dentro coctel y amor.

Y todo a media luz,
a media luz los besos,
a media luz los dos. . .*

* * *

Más aún me emocionaron las dos canciones del folklore griego que los Cinco Latinos han incluido en su álbum: “Nunca en domingo” y “En la montaña de Imitós”, porque me hacían recordar aquel apasionado verano griego (*heliniko kalokéri*) que pasé en Atenas donde tuve una enamorada llamada Helíni, quien me escribió la letra en griego de ambas canciones, y un día me llevó a un parque en el lado sur de Atenas, justo al pie de la montaña romántica de Imitós.

La letra original en griego dice: “Ston I. . . ston I. . . ston Imitós, ipárji kápío mystikós. . .” pero en español lo han traducido de manera diferente:

*En la montaña de Imitós
mi corazón yo te entregué:
Momentos gratos que pasé
y que jamás olvidaré.*

*Tus recuerdos tan bonitos
que en mi corazón dejaste,
y el hechizo de esas noches
que feliz me hicieron soñar.*

Igualmente, la canción “Nunca en domingo” (en griego: *poté tin kiriakí*), ha sido muy cambiada en su letra en español, pero expresa más o menos el contenido del tema.

* * *

En el atardecer, la Señora de los Anillos dejó de torturarnos, quizás porque se quedó dormida en su pequeña cabina, y viajamos en silencio. La mayor parte de los pasajeros dormíamos, pero las muchachas y el joven ecuatoriano seguían conversando aménamente con otros más que se habían pegado a su grupito.

Entonces llegó la hora de la cena, y la Señora de los Anillos nos puso otro video horrible de violencia verbal norteamericana en que junto a cada palabra los protagonistas pronunciaban la palabra “fucking”. Todo era “fucking” a lo largo de toda la cena y a lo largo de todo el video: “Fucking words, fucking eyes, fucking stuff, “fucking car” “fucking glass”, “fucking wine”, fucking thoughts”. Creo que el cine europeo, el cine latinoamericano, el cine hindú, no han caído a un nivel tan bajo como el cine de Hollywood.

Todo el tiempo había sonido de disparos, sangre que salpicaba por todos lados, vidrios rotos, choques de vehículos, griterío, y con los parlantes ubicados justo sobre tus oídos. En pocas palabras, un ambiente muy adecuado para una cena.

* * *

Cuando acabamos de cenar, la Señora de los Anillos hizo algo más para torturarnos: Estando en plena Carretera Panamericana, y en pleno verano peruano, ella prendió la calefacción, y todos los pasajeros empezamos a sancocharnos.

Entonces bajé a la cabina para hablarle seriamente para que desconectara la calefacción, y el joven ecuatoriano saltó de su asiento para pedirme con una expresión rara en los jóvenes de su edad:

—Por favor, sé cariñoso con ella. Díselo con suavidad. . .

Así lo hice, y la Señora de los Anillos apagó la calefacción, pero no la prendió en el tramo entre Arequipa y Juliaca, cuando atravesamos las regiones cubiertas de nieve y hielo. Y lo que es peor, dejó abierta la puerta del bus, de modo que nos congelamos.

Fue una mujer de entre los pasajeros del primer piso del bus que le dio el grito de alarma, diciendo:

—¡La puerta del bus va abierta!

* * *

Entonces, a causa del frío, me dio ganas de orinar, y bajé al cuarto de baño en el primer piso, pero lo encontré sellado.

Recordando las palabras del joven ecuatoriano me contuve lo más que pude, trezando mis piernas y apretando mis nalgas al estilo torero sevillano, y cuando ya no pude más, volví a bajar, y el cuarto de baño seguía trancado. Y la Señora de los Anillos me dijo:

—Puede usar el baño de mujeres, que está abierto.

Entonces abro, y la puerta del cuarto de baño de mujeres, y dentro estaba una joven que en ese preciso instante se había bajado el calzón y gritó:

—¡Ayayayyyyy!!!

* * *

Yo pedí disculpas y cerré la puerta.

La joven había entrado al cuarto de baño pero no le había puesto el seguro. Y en cuanto a mí, se me fueron todititas las ganas de orinar, como por milagro, y volví a mi asiento.

Este incidente no tuvo secuelas, y el resto del viaje proseguimos sin novedad hasta el Puente Internacional que une a Desaguadero peruano con Desaguadero boliviano. Allí fue que ocurrió aquel hecho espeluznante cuyo protagonista principal fue mi inocente hijo Shadow International, acerca del cual relato en mi historia “Carnaval en el Puente Internacional”.

* * *

Después de pasar la frontera con Bolivia, la Señora de los Anillos se acercó a los pasajeros para preguntar si había entre nosotros algunos de nacionalidad ecuatoriana.

Sólo había uno, nuestro amigo, el indígena de sonrisa seductora, seguro descendiente del Inca Atahualpa. Y a él pasó a instruirle sobre cómo proceder cuando en la carretera la policía boliviana de inmigración lo hiciera bajar para extorsionarle y quitarle su dinero.

Pero él, sin mostrar ninguna preocupación, volvió a tomar asiento y dijo, sonriendo:

—Yo sé cómo son esas cosas. . .

Y si diciendo, cuando llegamos a cierto punto de la autopista de Desaguadero a La Paz, los policías de Inmigración subieron al bus para revisar los documentos de todos los pasajeros, y no molestaron a los peruanos y a los de otros países, pero al ecuatoriano le ordenaron bajar y entrar a la caseta de control.

El bajó, pero volvió a subir inmediatamente, siempre sonriente.

Le pregunto:

—¿Qué te sucedió allí, abajo?

Me quisieron hacer problemas con relación a mi pasaporte ecuatoriano. Pero yo les dije con todo cariño: “Yo sé lo que ustedes quieren, amigos míos. Toma tú, tu billete de 20 bolivianos; y tú, tu billete de 20 bolivianos. ¿Satisfechos?”

—¿Y qué pasó?

—Pues lo recibieron felices y me dijeron: “Suba nomás al bus y que tenga un bonito viaje.” ¡Y aquí estoy!

* * *

Me alegré mucho al ver que este joven solucionó rápidamente su problema inexistente y que el bus empezó a proseguir el último tramo hacia la ciudad de La Paz.

Siempre hacen eso los policías de inmigración con los ecuatorianos o colombianos, pero rara vez lo hacen con los peruanos, porque Perú y Bolivia están unidos territorialmente y cualquier problema real o ficticio se soluciona fácilmente. Pero cierta vez que quisieron abusar de mis paisanos peruanos, yo que tengo doble nacionalidad me comedí a bajar del bus con ellos para ayudarles. Yo revisaba sus documentos y no permitía que los policías los amenazaran con “detenerlos y mandarlos de nuevo a la frontera”, si no aflojaban todo el dinero que exigían como “multa”, sin razón. Pero no pude hacer lo mismo con los pasajeros ecuatorianos, porque me diría que no me meta en lo que no me importa o que no interfiera con la labor de la policía.

* * *

Entonces, como el joven ecuatoriano tenía aun en su mano su pasaporte, le dije:

—¿Me permites ver tu pasaporte?

—Claro que sí. Aquí lo tiene.

Yo quería ver un pasaporte ecuatoriano; nunca antes había visto uno. Entonces lo deshojo, y en la primera página leo su nombre: Carlos Ordóñez, Loja, Provincia de Loja.

Le pregunto:

—¿Hay una ciudad llamada Loja en el Ecuador?

Me responde:

—¡Claro! La primera ciudad grande en el sur del Ecuador es la ciudad de Loja, capital de la provincia de Loja. Es la primera ciudad que se visita si vas por la Carretera Panamericana hasta la frontera del Perú con Ecuador, y luego te desvías a una carretera de penetración.

Le respondo:

—¡Ah! Alguna vez voy a visitar tu país de sur a norte. Yo sólo he estado un día en Guayaquil cuando el barco italiano en que viajaba a Europa hizo escala allí después de zarpar del puerto del Callao. Yo escucho que Ecuador está bastante adelantado y tiene gran atractivo turístico.

* * *

Entonces llegamos a La Ceja, y el bus empieza el descenso lento hasta el terminal de la ciudad de La Paz. Y entre los ajetreos de la llegada no supe en qué momento desapareció Don Carlos de Ordoñez, Conde de Loja.

En mi sueño, en el cerro de San Cristóbal, que acaricia Lima, Don Carlos de Ordóñez, Conde de Loja, era un joven de color blanco, acerca de quien mi mujer me hizo

esta pregunta: “¿Y quién es ese joven tan simpático con quien conversabas? ¿Y de qué conversaban? ¿El trabaja en el museo así vestido a la antigua?”

En la realidad, y en el bus de Ormeño Internacional, Don Carlos de Ordóñez, Conde de Loja, era un joven de bronce, de la raza besada por el Sol.

Así me quedé con la impresión de que la nobleza obliga, no importa la raza y el color.

13 EL GRINGUITO NOVELERO

Fueron realmente espeluznantes aquellas experiencias en el lejano reino de Sanchirio, en el corazón de la selva amazónica. De regreso a casa, las lúgubres escenas de tormentas y apariciones fantasmagóricas persistían en mi mente, hasta que poco a poco fueron desalojadas por nuevas experiencias de mi viaje de regreso a casa, en la ciudad de La Paz, Bolivia.

Mientras se llevaban a cabo los actos de clausura de las actividades en Sanchirio, yo estaba de regreso a casa, en La Paz, Bolivia.

De Sanchirio partimos a las 3.00 de la mañana y me llevaron hasta La Merced a donde llegamos a las 7.00 de la mañana.

* * *

En La Merced tomé el bus a Lima media hora después, y desde que partió el bus observé un manejo errático en el conductor. Aún no había salido del área urbana de La Merced cuando casi choca con un camión que venía en sentido contrario. De repente la adrenalina me descendió hasta las uñas de mis pies.

Desde San Ramón hasta Tarma me quedé seco dormido. Pero estaba bien despierto cuando el bus empezó a descender los Andes. El chulillo iba jugando con el conductor, y éste le esquivaba la cabeza estremeciendo el bus con sus movimientos.

Como yo veía este juego irresponsable, me acerqué y le dije al chulillo:

—¡Oye, baboso, deja de molestar al chofer! ¿No te das cuenta que puedes ocasionar un accidente?

Muy amenazador me dijo:

—¿Puede repetir lo que dijo?

Y se lo repetí:

—Te dije “baboso”.

El se puso de pie, amenazadoramente, pero el chofer hizo que se sentara.

El resto del viaje fue más calmado, y gracias a Dios llegamos a Lima sin novedad.

* * *

En Lima tomé el avión a Juliaca. De Juliaca viajé en combi a Puno. De Puno en cúster a la frontera de Bolivia en Desaguadero, y de allí en bus a La Paz.

El tramo de Puno a Desaguadero era como para morir de cólera. El vehículo se desviaba para dejar y tomar pasajeros en todos los pueblitos de la cuenca occidental del lago Titicaca.

Yo iba adelante, sentado junto a la puerta al lado de un joven alemán larguirucho y golpeado por el soroche, que iba vestido con un traje blanco de etiqueta. Sus largas piernas se entremezclaban con los quepis de las cholitas puneñas. Sus largos pies eran triturados

por los pisotones, y ante cada arranque del vehículo las cholitas se le caían encima, dejándolo mecha a su traje blanco.

El tramo duró casi el doble de lo normal, y los quejidos del gringo a veces me daban risa y a veces compasión. Sus piernas, su cuerpo y su dorada cabellera parecían entremezclarse en un solo bolo alimenticio con las generosas polleras de las cholitas, como la carne que da vueltas en la tolva de un molino. A veces le veía completo, y a veces casi desaparecía de la vista. Y aunque hablaba muy bien el español, sus torturas no permitían la comunicación coherente, e íbamos uno al lado del otro en absoluto silencio.

* * *

Entonces llegamos a Pomata, un minúsculo poblado cercano a Desaguadero. A duras penas un borrachito se abrió camino desde el fondo a la puerta del vehículo y con una inusitada cortesía agradeció al conductor y al cobrador y se dispuso a bajar. Pero ellos se dieron cuenta de que se iba sin pagar y lo agarraron.

El tenía la plata en la mano, pero no la quería soltar, por más que el cobrador forzaba sus dedos.

Entonces optaron por subirlo de nuevo al vehículo para dejarlo bien lejos de Pomata. A pesar del forcejeo no lo pudieron subir porque se atrincó con sus pies a los costados de la puerta.

Finalmente soltó su sol, y ellos lo dejaron en paz. Todo esto contribuyó a retrasar el viaje.

* * *

Pomata estaba de fiesta electoral. Me llamó la atención que también estuvieran formados escolares impecablemente uniformados y con su banda de músicos, con banderas de colores y huaripoleras.

Comenté que no se debía utilizar a los escolares para una campaña electoral. Entonces una señora que iba a Pomata me explica:

—Es que en Pomata se han juntado hoy día todas las fiestas habidas y por haber: Hoy es la feria dominical y el aniversario del colegio; por eso han desfilado los alumnos. También es la campaña electoral de todos los candidatos para la alcaldía. Vea usted qué ridículo: ¡En un pueblito tan chiquito como Pomata compiten 16 listas!

Nunca había visto yo tanto colorido y música. Daría la impresión de que en Puno todo niño que nace es músico o danzante. Hasta las llamas y vicuñas en la plaza estaban atiborradas de coloridas cintas y pomponcitos colgando de sus orejas y sus cuellos, listas para emborracharse con el virtual nuevo alcalde y los virtuosos nuevos regidores de la comunidad.

* * *

Pasamos a tiempo por las oficinas de inmigración, tanto del Perú como de Bolivia. Según mis cálculos, sí llegaría a la Paz a tiempo para las celebraciones del último y gran día

de la fiesta. Mi mujer quedaría gratamente sorprendida porque sabía que en Lima no había espacio en el avión para mí.

Una vez en el bus de la empresa Ingavi, dispuesto a iniciar el último tramo de mi retorno de Sanchirio a La Paz, me encuentro de nuevo con el gringo alemán que de nuevo se sentó a mi lado. De pronto, con marcado contraste con su mutismo de Puno, empezó una amena conversación que duró hasta que la blanca silueta del Illimani nos anunció nuestra feliz llegada a La Paz.

Me pregunta:

—Allá, en La Paz podré ver América Televisión en el hotel?

Le respondo:

—Lo dudo. . .

El prosigue:

—No quisiera perderme los próximos capítulos de Luz María o Lucecita, pues yo me siento prácticamente parte de la Familia Mendoza.

* * *

Yo le entendía de qué hablaba, pues en Lima he podido ver algunos capítulos de esta excelente producción internacional de América Producciones, pero no capté bien eso que decía, de la “Familia Mendoza”.

El prosigue:

—Me refiero a la familia de Lucecita. Yo me identificaba mucho con Miguel. ¡Pobrecito! Se acaba de morir, y Lucecita, su hija, todavía no lo sabe. Ella se acaba de casar con Gustavo. También me cae muy bien doña María, la abuelita. Pero me llena de furia cómo Graciela (personificada por Sonia Oquendo) le hace sufrir a Lucecita.

* * *

Yo me destripaba de risa al ver a este extraño personaje: ¡Un gringo novelero! ¡Mama mía! ¡Alguien capaz de meterse en el televisor y en la trama de las novelas!

Me vino a la mente el distante recuerdo de mis pequeños sobrinitos Elmer y Jorge, que eran lindos y traviosos y estaban locos de contento con los dibujos animados de la televisión a colores que para ellos, recién venidos a Lima de Celendín, era una gran novedad.

Yo les dije, quizás no de manera objetiva:

—¿Les gusta la televisión?

—¡¡Sí, tío!!!

—¿Quisieran ustedes trabajar en la tele? Pagan bastante plata. . .

—¡¡Sí, tío!!!

De repente, Elmer, el mayor, se pone a reflexionar, y antes de que me apartase de ellos me pregunta, consternado:

—Tío, ¿y cómo pué nos méteste?

Ellos pensaban que yo les tendría que meter dentro del televisor. Me reí bastante, pero al ver un gringo larguirucho y novelero me ha causado más rica.

* * *

Su conversación me era muy amena, y el recorrido de tres horas pareció durar sólo unos pocos minutos. Pronto se veían a la distancia los edificios de la ciudad de El Alto, ya para descender a La Paz.

Se me ocurrió recién preguntarle su nombre. Me dice:

—Me llamo Nicolás Gennrich. He vivido un tiempo en México, donde aprendí el español a punto de ver telenovelas. Mi novia me contagió el vicio de las telenovelas. Realmente las vivo, y quisiera yo también ser actor.

Hace dos años que vive en Lima y se conoce la jerga limeña a la perfección. Sólo escucharle hablar en jerga es para que te mueras de risa.

El prosigue:

—Tanto me enfurecía todo lo que la Graciela le hace a la pobre Lucecita, que busqué a la Sonia Oquendo para llamarle enérgicamente la atención.

Le pregunto:

—¿Y pudiste hablar con ella?

El responde:

—¡Claro! Una amiga me dijo: “La puedes encontrar en su boutique, en el Centro Comercial “El Polo”, en La Molina.” Yo fui a verla. Fue para mí una experiencia admirable estar frente a frente a una estrella tan famosa. Pero me recibió distante. . . Yo esperaba siquiera que me diera un beso en la mejilla. Sólo me extendió la punta de sus dedos de su mano y me dijo: “Mucho Gusto.” Ella me ha prometido recomendarme para un casting en América Producciones.

* * *

El gringuito novelero prosigue:

—A quien si no he podido ubicarla es a la perversa de la Evangelina. ¡Ella es tan mala, tan cruel con Lucecita! Para encontrarla tendría que viajar a Venezuela, donde ella vive. ¡Bienhecho que ahora está paralítica de verdad, por intentar matar a Lucecita!

Le pregunto:

—¿Y qué le harías a la Evangelina si la logras encontrar?

El se llena de saña, y escenificando el tétrico movimiento de sus manos, responde haciendo más sonora aun su pronunciación gutural alemana:

—¡Yo la estrangularía!

* * *

Así prosiguió nuestro viaje. Me hablaba de la antipática Mirtha, la enfermera de Evangelina. Se enternecía pensando en la negrita Fefa. Se emocionaba al imaginar la luna de miel de Gustavo y Lucecita. . .

Luego pasó a mencionarme todas las telenovelas que ha visto y a las estrellas que encarnan a sus personajes: Mirada de mujer, La Usurpadora, Desencuentro, La mentira, Rencor apasionado, Preciosa, María Isabel (con la Adelita Noriega), Esmeralda, Una luz en el camino, María la del Barrio, El Premio Mayor, etc., etc., etc. Y termina diciendo:

—La continuación del Premio Mayor (con el Huicho) es “Salud, dinero y amor”. Pero ya no me interesó verla, porque eché de menos a la Laurita León.

* * *

En medio de su monólogo intercambiamos nuestras direcciones, y aprovechó para preguntarme:

—¿Y tú, a qué te dedicas?

Le respondo:

—Yo soy predicador evangélico.

Ante su asombro, tras haber actuado como un excelente interlocutor novelero, continué diciéndole:

—Pero yo me esfuerzo por acabar mi sermón a tiempo para regresar a casa y no perderme el capítulo de mi telenovela. También me gusta mucho escribir historias cortas; por algo mis alumnos en la California Biblical University of Peru, en Lima, me llaman “el Rey de las Historias Cortas”. Y no faltan los que me conocen como “¡el Corín Tellado de los evangélicos!”

Y añado:

—Tú sabes. . . Muchas telenovelas, como por ejemplo, “Cuerpo del deseo”, han empezado como una short-story o historia corta, a partir de la cual se elaboró el guión de telenovela. . .

* * *

En la estación terminal nos separamos, no sin antes prometernos vernos de nuevo, cosa que realmente ocurrió. Luego tomé mi taxi a casa. Al llegar, veo la reja abierta y mi hijita Lili Ester jugando por allí.

Cuando abro la puerta del taxi me alcanza a ver mi mujer y grita llena de emoción:

—¡¡Papítoooooo!!!

* * *

Mi mujer me acosa con preguntas sobre el viaje, y después de contarle todo respecto de Sanchirio, le digo:

—Esta vez ninguna cholita se ha quedado dormida sobre mi hombro, ni ninguna cholita borracha ha vomitado en mi encima.

Me dice:

—¡Vaya! ¡Eso sí que es una novedad! ¿Y a qué santo le debes ese milagro?

—Es que a mi lado ha viajado desde Desaguadero hasta La Paz un personaje. . . ¡de película!

—¿Quién? ¡Una mujer! ¿Alguna artista?

—No. Se trata de un gringo novelero, pero realmente novelero, cuya conversación tan amena ha hecho que mi viaje sea muy placentero, que ni siquiera lo he sentido. Es algo

nunca visto: ¡Un gringo novelero! Yo creía que esto era imposible que pudiese existir. Pero te prometo que le vas a conocer, porque mientras esté en La Paz nos va a visitar.

* * *

Efectivamente, Nicolás Gennrich nos visitó en casa antes de volver a Lima. Yo le obsequié el original de esta historia que acabas de leer, y al darle una copia adicional le dije:

—Y cuando llegues a Lima le das esta copia a la Sonia Oquendo. Ella era una niña pequeña de mi edad cuando empezó su carrera artística en la televisión peruana. Yo siempre la miraba y la admiraba, porque era la niña más linda que yo jamás haya visto.

Me dice:

—Yo le prometo que se la llevaré. Esto me da pretexto para visitarle de nuevo en su boutique en el Centro Comercial “El Polo”, y hacerle acordar del casting que me prometió.

No sé si le llegaron a hacer un casting; pero a mí sí me lo hicieron no mucho tiempo después. Seguramente tú me has visto en la telenovela “El cuerpito del deseo”, como me llama mi mujer.

14 LA POCAHONTAS

El 23 de enero del 2006 abordé el bus de Ormeño Internacional en La Paz, y mi mujer me acompañó hasta que me acomodé en mi asiento con la casita del Shadow sobre mis rodillas. Grande era su alegría al ver que viajaría en buena compañía porque a mi lado iba nada más ni nada menos que. . . ¡Pocahontas!

* * *

La joven tenía hermosos rasgos originarios. Era delgada, alta, y su cabellera larga y seductora caía repartida sobre su espalda y sobre su pecho cual cascadas de obsidiana. ¿No sería ella de la tribu de los Navajos que vinieron para la consagración del presidente Evo Morales en Tiwanaku?

Ella no me escuchaba. Se comunicaba conmigo con gestos, pues tenía en sus oídos los audífonos de su radio a transistores, y su boca llena de snacks. Sólo más adelante, en la penumbra que crecía mientras el bus subía a El Alto, se sacó sus audífonos y me dijo:

—¿Es usted boliviano?

—Sí. ¿Y usted?

—Yo no. Pero he vivido tanto tiempo aquí, que me puedo considerar boliviana.

* * *

Yo tenía curiosidad de saber de qué país vendría, y me dijo:

—Soy peruana. Soy de Apurímac.

Por el momento se disculpó y volvió a ponerse sus audífonos. Más adelante, cuando el bus se detiene en un surtidor para llenar su tanque, se los saca y pregunta nerviosamente:

—¿Por qué se demora tanto el bus?

Para mí lo más importante es llegar sin novedad a nuestro destino, aunque sea con retraso. Y la apaciguo cuando se pone a golpear con sus tacos el piso, para obligar al chofer a proseguir su marcha.

Le digo:

—Aun si la escucharan no le harán caso.

Como la demora es tan larga y el manto de la noche nos envolvía aun antes de salir de El Alto, me confesó su nerviosismo:

—Debo llegar a Lima para despedirme de mis familiares y abordar el avión que me llevará a Caracas donde tengo prevista una entrevista con Hugo Chávez.

—¿Con el Presidente de la República Bolivariana?

—Sí. Y de allí volaré a La Habana, donde me espera Fidel Castro.

Ella no estaba fantaseando.

* * *

Luego manifestó su incomodidad con el video que acaban de poner:

—¡Qué grosero! El cine europeo no es tan corrompido como el americano. Estados Unidos es el país que más ensucia la mente de la humanidad.

Le digo:

—A mí me parece que el bien y el mal están distribuidos en todos los países, y gana en ambos, tanto en el bien como en el mal, el que tiene más tecnología.

Me escucha, pensativa. Luego le pregunto:

—¿Se podría saber para qué te entrevistarás con Fidel Castro?

—Se relaciona con la labor que realizo. Yo trabajo en una organización mundial de medicina humanitaria.

Me habla de los grandes avances de la medicina en Cuba, dirigidos a la gente desposeída. Estaba convencida de que los sistemas políticos pueden ser diferentes, pero en todos los países del mundo existen los que hacen el bien y se proponen restaurar a la humanidad.

* * *

Antes de llegar a Tiwanaku volvió a diluviar y la autopista en el Altiplano se convirtió en lago. Esto ocurría dos días después de la ceremonia de consagración del Evo Morales en este mismo lugar. Cuentan que ese día el Evo sopló las nubes para que se fueran a desaguar en otra parte. ¡Y resultó!

El bus avanza tan lento que parece no moverse. La niebla es tan densa que sus luces altas parecen estar apagadas. El agua se escurre al interior del bus y le moja el brazo izquierdo a la Pocahontas por lo que reclamó insistentemente y en vano que le secan el piso de su asiento.

Actualmente ella reside en Europa y está acostumbrada a que los usuarios protesten por cualquier deficiencia en los servicios, y son atendidos. En los países capitalistas los clientes son los mejores aliados de los empresarios. Eso no ocurre por estos mundos originarios y nada sacas con soplar y resoplar.

* * *

Se consuela cambiando de tema, y me dice emocionada:

—Al medio día fui a la Plaza Murillo para tomar las últimas fotos de mi visita a Bolivia. Un policía me confundió con Pocahontas y me dio paso libre para acercarme al balcón del Palacio Quemado, y pude tomar fotos del Evo, justo en el momento cuando Hugo Chávez se despedía de él —y me muestra las fotos en la pantalla de su laptop—.

Yo sabía que Hugo Chávez se estaba despidiendo allí porque cuando íbamos al terminal de buses, mi esposa fue obligada a desviar el auto por otra vía. Luego, él fue conducido al aeropuerto, y a estas horas seguramente se encontraba ya echado en su cama en Caracas, navegando en internet mientras nosotros nos encontrábamos aquí, navegando en Tiwanaku.

* * *

Por fin dejó de lado su radio y sus audífonos y se puso a conversar sin más interrupciones:

—Hace unos años vine a Bolivia para trabajar como voluntaria pensando quedarme unas pocas semanas, y me quedé varios años. Realmente, amo este país, y amo mucho a su gente.

Le digo:

—Aprecio mucho tus palabras; yo también siento lo mismo. Yo también soy peruano de nacimiento, pero me casé con una cholita paceña, y ahora soy ciudadano boliviano.

Me pregunta:

—¿Te vas al Perú de paseo?

—Sí. Dos veces al año viajo a Lima y a otras ciudades de interior.

Apaga su radio y guarda su audífono, diciéndome:

—Discúlpame. Tenía mucho interés en informarme de los detalles de la juramentación de los prefectos en la ciudad de Sucre.

* * *

Hasta ese momento yo no sabía su nombre, ni ella el mío, pero ambos sabíamos mucho del Evo. A mi esposa le conmovió cuando en la televisión mostraron la foto de su casita en un poblado del cantón de Orinoca, departamento de Oruro, donde la pobreza cala en los huesos.

A los cinco años ya trabajaba como pastor de ovejas y de llamas.

A los siete años fue llevado por su padre junto con su hermana Esther al norte de Argentina, donde aprendió a hablar el español. Allí mismo trabajó de vendedor de helados, y después de panadero y ladrillero.

De regreso en Oruro trabajó como trompetista para ganarse la vida, antes de hacer su incursión al mundo de las federaciones de cocaleros y el sindicalismo donde se pone en prueba y capacidad de líder y organizador.

* * *

Realmente conmueven las palabras del Evo que “El Diario” ha recogido en primera persona: “Era un 21 de agosto de 1971 (él tenía 11 años) cuando caminábamos con nuestras llamitas hasta Cochabamba. Mediante la radio nos enteramos del golpe de estado de Hugo Bánzer Suárez. Siempre recuerdo las grandes flotas (buses) que transitaban por la carretera, repletas de gente que arrojaba cáscaras de naranja o de plátano. Yo recogía las cáscaras para comer.”

El periódico “La Razón” registra en tercera persona su sueño infantil: “Cuando era niño su gran sueño era viajar en esas flotas de servicio interdepartamental. Ahora viaja, no sólo en flota, sino en avión.”

* * *

Me causó sorpresa tanto interés de la Pocahontas por todo lo que ocurría aquí en Bolivia. Y me dijo, emocionada, o podría decir, embelesada:

—¡Jamás me hubiera imaginado que el Evo llegase a ser Presidente!

Le digo:

—Hablas como si lo conocieras de cerca. . .

Y responde:

—Le conocí en Lima, y pude tratarlo personalmente. . .

—¿En Lima?

—Sí. En el Hospital Larco Herrera.

—¿Acaso eres médico psiquiatra? ¿Qué hacía el Evo en el manicomio? ¿Acaso estaba loco?

* * *

Me dice:

—En una parte del Hospital Larco Herrera tuvo lugar el Congreso Indigenista. El fue al Perú representando a Bolivia. En esa ocasión no fue con su chompita “Evo Fashion”, sino vestido de indígena con su chullito y con su ponchito. En ese tiempo, ¿quién se pudiera imaginar que llegaría a ser presidente de Bolivia!

Cuando menciona lo de su chompita “Evo Fashion”, saqué del bolsillo de mi chamarra una chompita “Evo Fashion” con bandas horizontales al estilo del trompo hechizo de madera que mi pequeña hija Lili Ester le compró en la feria de Alasitas a su adorado Shadow, nuestro hámster, para que se abrigara bien en este viaje.

Le digo a la Pocahontas:

—Mira qué linda esta chompita más chiquita que mi mano; es de mi hámster que va conmigo.

Ella la toma e intenta meter sus delgados dedos por las mangas, y nuestra conversación se centra en el Evo, quien tras modelar con su chompita en las mejores pasarelas de los países capitalistas, se ha convertido en el foco de las expectativas de cambio.

* * *

Ella alaba su osadía de acudir a su entrevista con el Rey de España luciendo su chompita “Evo Fashion”, que me vi en la necesidad de hacer este humilde comentario que si quieres lo tomas y si no lo dejas:

—Quiero creer que hacía eso para demostrar que la ropa no hace al hombre, sino es el hombre que hace la ropa. Pero ya como presidente se convierte en paradigma, y las cosas deberían experimentar un cambio. A mi esposa le gustó mucho el saquito con que juramentó en el congreso, pero le ha disgustado que en la juramentación de los prefectos en Sucre, ya como el Excelentísimo Presidente Constitucional, haya dejado de lado su saquito y haya vuelto a su chompita con rayas de trompo.

* * *

A propósito, el saquito del Evo no tiene botones, porque él considera los botones un vestigio de la colonia.

No tiene cuello, porque le recuerda el Imperio.

No tiene bolsillos, porque los bolsillos constituyen una constante convocatoria a la coima y a la pega.

No tiene solapas porque le sugieren la corrupción solapada. En lugar de eso tiene dos corbatas de alpaca “incorporadas” una a cada lado.

La Pocahontas pregunta:

—¿Por qué dices “incorporadas”?

Le digo:

—Porque están surcidas sobre el saquito, de modo que no hay necesidad de hacerse el nudo de la corbata. De este modo elimina toda asociación con los rituales del ahorcamiento. Tampoco hay necesidad de prendedor, porque da aires de capitalista.

Me dice:

—¡Me parece genial!

Respondo:

—Y todo eso ha costado una bagatela.

* * *

Respecto de su desprecio de todo protocolo, comento:

—Me temo que se ha convertido en un nuevo protocolo, porque este énfasis representa una imposición religiosa.

—¿En qué sentido representa una imposición religiosa?

—Porque en el recinto del Congreso, el Vicepresidente juramenta con saco y corbata, pero ni bien sale de la presencia del Príncipe de Asturias, se saca su corbata detrasito de la puerta, para no violar el nuevo protocolo, supuestamente originario, que abomina la corbata. O cuando todos los prefectos juramentan en Sucre descorbatados, a diferencia de los indígenas auténticamente originarios. Si no me cree, vaya usted a verlos tan elegantes, de saco y corbata en los prestes o en la entrada del Gran Poder.

* * *

La Pocahontas abre de par en par sus hermosos ojazos y su boquita seductora.

Yo prosigo:

—Peor es cuando en la Plaza Avaroa sus discípulos detienen al empleado de un banco y con violencia le despojan de su corbata. Esto ocurrió en plena campaña, ¿te has enterado? En mi opinión es un atentado contra los derechos humanos, como cuando detienen tu automóvil en un día de paro, y cuatro originarios te levantan horizontalmente de tus piernas y tus brazos, mientras otro te da de latigazos ante la mirada de todo el mundo. Temo que esta imposición religiosa pueda degenerar en atentados mayores.

Al oír de atentados contra los derechos humanos le da un escalofrío a la Pocahontas, y dice:

—Eso es delicado. . .

* * *

Mientras tardan en repartir la cena en el bus, ella me ofrece unos bocadillos que saca de una curiosa bolsita de tela que parecía de Alasitas, pero tenía escrita la palabra *Sinzheim*. Y le digo:

—Me hace gracia tu bolsita. . .

Me dice:

—En estas bolsitas te dan en Alemania las cosas que compras en el supermarket en lugar de las bolsas de plástico que no son biodegradables, o en lugar de las bolsas de papel que se rompen fácilmente. Mira, tienen asas. . .

Después de saborear los dulces duraznos que traía, me puse a conversar con mi hámster, y por su lado, ella se hizo amiga de todas las mujeres del bus.

Tenía una gracia especial para interrelacionarse con todos, y generosamente abrió otra bolsita para convidarles pan integral con rebanadas de queso. Pronto se convirtió en el personaje central, y todos la llamaban “doctorcita”.

* * *

Me quedé dormido cuando el bus recuperó su velocidad normal sobre la pista que conduce a Puno, la cual estaba seca.

Al llegar cerca de la ciudad de Puno, muy cortésmente me despertó con su foco un policía de aduana que había subido al bus para la inspección de rutina. Mi Shadow estaba a mi lado, metido en un frasco de Nescafé y pasó desapercibido a sus ojos. Esta vez le atrajo al policía el maletín de médico que llevaba la Doctorcita.

El lo abrió, tomó el estetoscopio y preguntó:

—¿Qué es esto?

—Es un estetoscopio.

—¿Y qué es esto?

—Es un tensiómetro.

En eso subió otro policía y dijo:

—Bajen todos para la revisión de su equipaje que está en la bodega.

* * *

No buscaban droga ni estaban a la caza de ningún narco. Desordenaron torpemente la maleta de la Doctorcita, que no era grande ni llevaba mucha ropa, además de algunos libros de medicina.

A mi maleta la revolviéron más, una vez tras otra.

Les digo:

—A la vista está que ustedes no son profesionales. . . No son funcionarios de aduana.

Uno, apostado sarcásticamente, me pregunta:

—¿Es usted peruano?

Le digo:

—Lo soy, y me ofende y me avergüenza la actitud de ustedes.

Me dice:

—¡No falte el respeto a la autoridad!

—¿Cuál autoridad? Al contrario, tú debes realizar tu trabajo sin faltarle el respeto a nadie. ¡Qué diferencia con los policías israelíes de aduana! ¡Esos si que son profesionales!

Cuatro veces revolotearon mi maleta que sólo contenía materiales impresos para mis cursos en la universidad. Y la Pocahontas me toma del brazo y me ruega que me calme.

Finalmente, el Jefe de la Policía, yendo por encima del policía que rebuscaba mi maleta me dijo:

—Disculpe, señor. Cierre su maleta y suba al bus.

Eso hice de inmediato.

15 PAMELA

La fecha de mi viaje a Lima para mis actividades académicas en la Santa Sede de la CBUP en julio del 2004, estaba fijada para la víspera de San Juan que coincide con el solsticio de invierno y la noche más fría del año. Sólo que los accesos de las vías internacionales de Bolivia estaban bloqueados desde hacía casi un mes y para nada se veía una solución.

Grave era la situación, sobre todo para los transportistas cuyos enormes camiones estaban varados a lo largo de kilómetros sobre la autopista que entra a la ciudad de Desaguadero boliviano. Y de rebote el paro en Bolivia tenía sumida a la ciudad de Desaguadero peruano en la misma desolación.

Pero llega el día de las celebraciones del año nuevo 5512 del Calendario Aymara y se declara una tregua. Y la población del Altiplano empieza a confluir en las ruinas milenarias del centro ceremonial de Tiwanaku, en la mitad de la ruta de La Paz a Desaguadero.

* * *

Aproveché para abordar el bus de dos pisos de Ormeño Internacional, inquieto por lo que el viaje me pudiese deparar.

Hasta la hora de partir, yo era el único pasajero. Y cuando el bus partía, abordó también el bus una señora peruana que decía ser la Mujer del Administrador de Ormeño. Ella iba con sus dos hijas, una adolescente y otra de siete años de edad.

También se acercaron a preguntar dos parejas de jóvenes turistas europeos cargados de sus respectivas mochilas gigantes, y se animaron a viajar. También subió un joven peruano, que al principio parecía formar parte del grupo de turistas europeos.

Así éramos seis pasajeros, porque la Mujer del Administrador de Ormeño y sus dos hijas iban gratis. Pero algo es algo después de un mes de pérdidas para la Empresa de Transportes Ormeño.

A los pasajeros se añaden los dos choferes de rigor, y la terramoza, que en esta ocasión providencial era una chica sumamente hermosa.

* * *

Aunque la Mujer del Administrador de Ormeño hacía todo lo posible para darse importancia y llamar la atención, nadie le daba bola. Ella estaba dichosa de tener por fin la posibilidad de escapar del bloqueo boliviano. Tenía razón al referirse a la manera cómo los bolivianos destruyen su país a punto de bloqueos que tienen peores resultados que las guerras, por lo que se dice de Bolivia: “Ferrocarril Arica-La Paz, un paso adelante y dos patras.”

Ella gira su cabeza desde su asiento delantero, y me pregunta:

—¿Y usted es boliviano?

- No, señora. Soy peruano.
 —¡Menos mal! Ya me temía meter la pata delante de un boliviano. Y a propósito, ¿qué hace usted acá? ¿Ha venido de paseo?
 —Yo vivo acá; soy residente permanente.
 —¿Y qué hace por acá?
 —Estoy casado con una boliviana, y tengo una hija boliviana.
 —¿Y le salió bien la mujer?
 —Pues, sí. . .
 —¡Menos mal!

* * *

¿Estaría la autopista limpia de las piedras del bloqueo? ¿Podría darse el caso de que algunos piquetes de bloqueadores, de esos que desacatan las órdenes de sus jefes, apedrearán nuestro bus por ser peruano?

Aun si avanzáramos sin novedad por la autopista, ¿seríamos detenidos por los guardias corruptos que extorsionan a los turistas haciéndolos bajar del bus en plena carretera? ¿Cómo sería nuestro paso por las oficinas de inmigración?

El primer escollo fue cerca, a la altura de Laja. El bus es detenido y suben dos guardias, dejando por un momento a otro grupo de turistas que tenían retenidos fuera de su bus para su respectiva extorsión.

Uno de los policías me es harto conocido pues es el temido hombre con cara de monolito de Bennett, que extorsiona a los turistas en la carretera e inclusive se sube al bus y viaja sentado al lado de sus víctimas y los sigue hasta sus hoteles en La Paz para cumplir a satisfacción con su labor de extorsión, incluso dándoles factura y cambio exacto. El otro era nuevo, evidentemente un aprendiz de extorsión.

* * *

Este último me pidió mis documentos y le entregué mi Pasaporte Peruano y mi Carnet de Extranjería, el cual me devolvió sin mirarlo. Tomó el pasaporte nomás, y guardandoselo cerrado, se dirigió al fondo del bus, a los turistas europeos. Entonces, yo lo llamé levantando la mano, sin mirar hacia atrás:

—¡Hey! ¡Hey! ¡Hey! ¡Venga acá! ¡Usted tomó mi pasaporte, y usted me atiende en seguida!

—Espere un momento, señor. Ya paso con usted —dijo desde el fondo del bus—.

—¡No, señor! ¡Usted me atiende a mí primero, y después les atiende a los de atrás!

Yo tenía la mala experiencia de que hacen como que. . . se perdió el pasaporte!

Se le fueron todas las ganas de extorsionar a los turistas europeos que a duras penas hablaban español, y se acercó a devolverme mi pasaporte, diciéndome:

—Disculpe, señor. Es que quería mostrarles a los de atrás cómo es el sello de la residencia permanente.

Por cierto, a un turista no le interesa ver un sello de inmigración ajeno a no ser que tenga incluida la foto de una mujer calata. Lo que él quería era bajar del bus con mi

pasaporte y obligarme a bajar a la carretera para empezar a extorsionarme sin testigos. Pero el hombre, evidentemente, se asustó.

A propósito, yo soy bien malo. A veces les asusto y hago que les descuenten las multas a los turistas, de 500 bolivianos a 10 bolivianos, de sobra para su refresco y para justificar la molestia. A la verdad, estarán llenos de pánico cuando me ven de nuevo, porque para ellos yo soy peor que... ¡el Anchancho!

* * *

A la verdad, yo no sé por qué sigo rezando mi oracioncita de siempre, si de antemano ya sé que mi Dios me la va a responder sólo a medias. Cada vez que emprendo un nuevo viaje le ruego a mi Dios: “No me metas en tentación, más líbrame del mal, amén.”

Y siempre mi Dios me mete en tentación, aunque debo reconocer que también termina librándome del mal, amén.

Esta vez yo viajaba psicológicamente preparado para no dejarme meter en tentación. Había tomado todas las precauciones para que mi Dios no terminara metiéndome en tentación, ¡de ninguna manera! Pero como siempre, las cosas me salieron al revés.

* * *

Resulta que por causa del prolongado bloqueo, la mujer y las hijitas del Administrador de Ormeño se habían quedado atrapadas en La Paz muchos más días de los otorgados en sus visas de turismo, y en total la multa que tenían que pagar por las tres era de 500 bolivianos, unos 70 dólares, por lo que les ordenaron bajar del bus a la carretera.

La hija del administrador de Ormeño, una chica adolescente, bajó sola para arreglar ese asunto en la puerta del bus, y les dijo a los guardias en presencia de todos los turistas retenidos:

—Sí les voy a pagar los 500 bolivianos.

Ellos elevaron sus cabezas al cielo en señal de agradecimiento.

Luego, ella saca su tarjeta de crédito.

¡Qué desilusión! ¿A qué ranura iban a meter una tarjeta de crédito en plena carretera? ¿Entre las piedras de la civilización Tiwanaku? ¿Entre las nalgas de sus propios traseros?

Como evidentemente ellos no podían cobrarle, a pesar de que ella se moría de ganas por pagar, les dio el nombre de su padre, el Administrador de Ormeño, y les dijo: “Arréglense con él.”

Generosamente ellos rebajaron la multa a 300 bolivianos pensando, “¡ojalá nos entre algo en efectivo!” Pero ella no les dio nada y subió al bus.

* * *

Los guardias no la siguieron y optaron por dejar al bus continuar su recorrido. Por cierto, la Mujer del Administrador de Ormeño estaba en su gloria ante esta nueva victoria de la picardía limeña. Pero la multa le harían pagar de todas maneras en la frontera. Por eso ella optó por no pasar por la oficina de inmigración de Bolivia, y por consiguiente, tampoco por inmigración del Perú.

Yo le dije:

—Señora, sus pasaportes quedan viciados, porque indican que entraron a Bolivia pero nunca salieron, y ahora están dentro del Perú sin haber entrado.

Y me responde:

—No importa, pues Ormeño me va a conseguir los sellos de Bolivia y del Perú en nuestros pasaportes.

* * *

Yo callé. Después de todo, estaba decidido que en este viaje nada, absolutamente nada me podría meter en tentación, conforme a las palabras de mi libro, *Filosofía de la vida*, que incluye la siguiente plegaria:

**PLEGARIA
PARA ANTES DE ACOSTARSE**

*Señor,
tú me has sido refugio
en medio de la desesperación.
Tu palabra ha resplandecido
en mi ansiedad existencial
como el Sol de mediodía.*

*Concédeme ahora
dormir a pierna suelta
el sueño de los justos,
y despiértame a la alborada
del diálogo vital.*

***Ayúdame, Señor,
a no meter mi naricita
en los ojos de los demás,
ni estas mis orejas
en lo que no me importa.***

***Ayúdame a no meter
mi alma en infierno ajeno.
¡De los cucufatos,
líbrame, Señor.***

*Ayúdame a estar presente
en mi programa.
Ayúdame a hacer mi parte
y a ser el último en reír.*

*Ayúdame, Señor,
a mantener siempre en alto
tu dignidad.
Ayúdame a ser yo mismo
y a amarte.
Amén*

* * *

Pasamos la frontera de Bolivia y el Perú y empezamos el viaje rumbo a la ciudad de Puno mientras nos envuelve la noche.

Gran alivio sentimos al sabernos en casa, en el Perú. De manera especial, yo me sentía dichoso de no haberme dejado meter en tentación hasta ahora, lo que equivalía a haberme anotado un tremendo poroto en este viaje.

Entonces pongo mi mirada en la bella terramoza. La muchacha era realmente hermosa; fácilmente se la podría mandar a concursar en los certámenes de Miss Perú, o por lo menos de Miss Lima.

Con una abundante cabellera rubia contenida hacia atrás con un prendedor, y un cuerpecito celestial, empezó a deslizarse suavemente por el pasadizo para darnos nuestra cena, haciendo malabarismos para mantenerse en equilibrio mientras el bus estaba en movimiento.

Yo le sonrío y le pregunto:

—¿Y cómo te llamas?

Ella responde:

—Me llamo Pamela.

Y al ver que me respondió con una dulce sonrisa, yo me lancé sin riesgo, y le dije:

—Muy bien, Pamelita. Supongo que después de esta rica cena me vas a dar una tacita de café caliente, ¿verdad?

* * *

Pensé que nos invitaría a todos un café para abrigarnos en los momentos en que nos adentrábamos en la noche más fría del año. Luego me olvidé del asunto, porque café no era en realidad lo que yo quería. Lo que yo quería era reflexionar con sosiego en las actividades que me esperaban en Lima, en la Santa Sede de la CBUP. Pero fue una grata sorpresa cuando Pamela me hace abrir los ojos y deposita en mi mano una rica tacita de café, a mí solo.

Después de tomar mi café volví a cerrar los ojos para relajarme, y el bus se desliza a toda velocidad sobre la autopista de la cuenca del lago Titicaca, en dirección norte. Ya

había pasado el trayecto en el lado boliviano, y no me dejé meter en tentación. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
El resto del viaje sería una placentera excepción de la regla.

Pero faltando unos cinco kilómetros para llegar a Ilave, la ciudad donde hace poco la población linchó y mató a su propio alcalde, se escucha un fuerte crack, y el bus para en seco y se queda inmóvil en medio de la pista.

Pensamos que era una llanta que se desinfló, pero era algo peor: Se había roto el cardán, una pieza del eje longitudinal del bus, en la parte de la cruceta o corona. Y lo peor del caso es que ocurrió en una curva, sin que el chofer tuviera espacio para desviar el bus hacia la derecha y evitar un accidente si acaso otro vehículo venía por atrás a gran velocidad y al no divisar nuestro bus no tenía tiempo para frenar antes de la colisión.

* * *

Una solución momentánea era empujar el bus hacia atrás para que se deslizara por la leve pendiente en busca de un lugar visible al costado de la carretera. Los dos choferes se pusieron a atender esta diligencia, mientras que los pasajeros pensábamos que están cambiando una llanta.

Pero subió la Pamela y pidió ayuda:

—¿Podrían los caballeros darnos una ayudita, por favor, para empujar el bus?

Yo aparté mi mochila con mi computadora de sobre mis rodillas. Arrullándola como si fuera una tierna bebida dormida, la acomodé sobre mi asiento y bajé para ayudar. Y me encuentro con uno de los choferes y la Pamelita empujando hacia atrás el enorme bus de dos pisos, mientras el otro chofer desenganchaba el embrague.

La chica daba pena y risa a la vez, porque estaba vestida de un hermoso atuendo negro de felpa de estilo sastre compuesto de pantalón apretado y chaqueta de torero, y calzando un hermoso par de zapatos de taco alto.

¡Ella estaba muy creída de poder mover el bus de dos pisos!

Al verla en esa traza, pensé que después de todo no se vería ridículo que yo también ayudara a empujar el bus en este lugar del Altiplano desde el cual sólo falta dar un saltito para ingresar al espacio sideral.

* * *

Al ver que era imposible mover el bus nosotros tres, subí a pedir ayuda, y bajaron unos dos peruanos que habían subido en Desaguadero, y juntos pudimos mover el bus un poquito.

Entonces subí de nuevo para tratar de conseguir la ayuda de los europeos, que estaban bien sentadotes en el fondo del bus. Y les hablé en inglés:

—Would you help us to push the bus, please?

Nadie reaccionó, ni siquiera para reírse de mi inglés.

Volví a subir y pedí ayuda levantando el volumen de mi voz, pero tampoco hubo respuesta.

Entonces, los que habían subido en Desaguadero y que viajaban sólo hasta Puno, tomaron sus mochilas, pararon una combi y se fueron, quedándonos sólo con los pasajeros

que abordamos el bus en La Paz más unos pocos pasajeros que subieron en Desaguadero con destino en Lima.

* * *

Cuando oscureció, los pasajeros empezaban a darse cuenta de la grave situación. Era necesario proveernos de otro bus, porque el bus roto sólo llegaría hasta Puno remolcado. Entonces, Pamelita detuvo un auto para ir a Puno y traer otro bus para nosotros.

En el auto había dos hombres, y me preocupó que la belleza fuera sola con ellos dos en medio de la oscura noche en la fría soledad del Altiplano, y sobre todo en las inmediaciones de Ilave, cuyas asociaciones del crimen de linchamiento estaban frescas en la conciencia de la gente del Perú.

La iba a acompañar la hija adolescente del Administrador de Ormeño, que era una chica comedia, pero el peligro se duplicaba con dos chicas hermosas en un automóvil con dos hombres desconocidos.

Entonces decidí acompañarla yo, y todos los pasajeros nos presionaban que fuéramos de inmediato para no perder ese auto que nos llevaría a Puno. No me dejaron siquiera tomar un abrigo del interior del bus.

* * *

Desgarrando velozmente las tinieblas de la noche recorrimos los 60 kilómetros a Puno en media hora pues la aguja marcaba la velocidad de 120 kilómetros por hora.

En Puno conseguimos de inmediato un bus de la Empresa Julsa que nos llevaría hasta Arequipa, y volvimos a Ilave para hacer el trasbordo de nuestros compañeros de viaje y sus respectivos equipajes.

Cuando llegamos al lugar del siniestro, no había ninguna luz, ni nadie salió del bus para recibirnos con vivas y agradecimiento.

Cuando dábamos la vuelta para colocar el bus en posición para el retorno a Puno, nadie asomaba su cabeza por las ventanas. Parecía que se habían quedado completamente dormidos y que reposaban fríamente en la paz del cementerio de Ilave.

Un extraño escalofrío recorrió nuestro cuerpo, porque ni siquiera los choferes del bus nos hacían una señal con los faros del bus, que estaban apagados.

Bajamos y nos acercamos a los choferes que se desperezaban en la oscuridad, pues dormían plácidamente.

Uno sale y nos dice:

—La Mujer del Administrador de Ormeño les convenció a todos que no les esperaran a ustedes y les dijo: “A este paso no vamos a poder continuar nuestro viaje esta noche, de modo que pasemos la noche en un hotel en Puno, y mañana veremos cómo se nos arregla la continuación de nuestro viaje a Lima.”

El prosiguió:

—Les aseguró que Ormeño se haría cargo de los gastos del hotel, y luego se los llevó a todos a Puno.

* * *

Los choferes abrieron el bus para que yo pudiera recoger mi equipaje de mano y mi mochila con mi computadora. Pero todo había sido cargado por la Mujer del Administrador de Ormeño. En esa mochila se iban todos mis dólares, mis documentos y mi computadora que contenía toda mi Biblioteca Inteligente y el material académico para mis clases que daría en Lima en la Santa Sede de la CBUP.

Ahora había que llegar a Puno y recorrer de hotel en hotel para ubicar a la Mujer del Administrador de Ormeño y mi equipaje de mano, porque me había quedado incluso sin mi abrigo para protegerme del frío del Altiplano.

* * *

Al llegar a Puno fuimos directamente al terminal, y allí encontramos a todos nuestros compañeros de viaje, y mi mochila estaba tirada sobre el suelo.

Lo primero que hice fue sacar la computadora y probarla si acaso había sido golpeada en el atolondrado transbordo. Y le dije a la Mujer del Administrador de Ormeño:

—¿Sabe qué hay en esta computadora. ¡Aquí está todo el material de los cursos que voy a dictar en la universidad en Lima.

La mujer grita diciendo:

—¡Yo qué podía saber que había una computadora allí dentro! ¡Examine bien su mochila, porque a lo mejor yo le he robado algo! ¡Todavía le hago el favor de traer su mochila, ¡¡¡idiota!!!

Y le respondí:

—Usted no es de Ormeño. Su marido puede ser un administrador, pero usted no tiene por qué darse atribuciones. Nosotros hemos venido a Puno a gran velocidad, arriesgando nuestras vidas. Incluso hemos hecho papilla a un pobre zorro que cruzó la pista, y hemos conseguido el bus. ¿Por qué no nos esperaron?

Todos estaban enmudecidos al ver semejante espectáculo, y como la mujer seguía gritándome:

—¡¡Idiota, idiota, idiota!!!

Le dije:

—Este idiota vino a Puno en el auto para evitar que viniera su hija adolescente.

Su hija que ya empezaba a imitar a su madre en lo que a sus gritos se refiere, se quedó muda cuando dije esto, y no volvió a hablar en lo que quedaba del viaje.

* * *

Encendí mi computadora sobre un mostrador del terminal, y vi que tenía la luz encendida incluso estando cerrada la tapa, y no se la podía apagar. Me entró un pánico horrible pensando que pudiera haber sido afectado el disco duro.

Mientras veía el problema de mi computadora, que me tomó tan sólo unos segundos, todos los pasajeros empezaron a ajocharme a gritos para que subiera al bus de inmediato para continuar nuestro viaje.

Subimos al bus, y la Mujer del Administrador de Ormeño seguía gritando e insultando, y yo cometí el error de corresponderle.

Entonces, de entre los pasajeros que subieron en La Paz surgió ese joven imponente, espectacular. Él salió en defensa de la Mujer del Administrador de Ormeño, y me ordenó con voz de arcángel que me callara la boca.

El dijo:

—¡Tanto escándalo por una simple computadora!

Dijo que arreglaría la computadora y comenzó a manosearla diciendo sarcásticamente:

—¿Dónde está la batería para sacarla y arrojarla afuera por la ventana?

Aparté la computadora de sus manos y le dije:

—Por la manera de manosear la computadora, veo que no sabes de qué hablas.

La lucecita verde de la computadora se mantuvo prendida a lo largo del viaje hasta que se descargó por completo la batería.

* * *

Se apagan las luces del bus y nos enrumbamos hacia Arequipa, donde nos esperaba un bus de Ormeño.

La paz empezó a reinar en medio de la oscuridad y el agotamiento general. Entonces la Pamelita subió de la cabina del chofer y se sentó a mi lado. Me buscó conversación en medio de las tinieblas. Un buen rato viajó a mi lado. Esa era su manera de decir “gracias” en medio de tanta insensibilidad.

La lucecita verde de la computadora se mantuvo prendida hasta que se descargó por completo la batería. Y finalmente se me apagó mi lucecita a mí también y me quedé profundamente dormido a causa del cansancio.

16 EL SINDICALISTA

Esa noche que nos quedamos varados con el bus de Ormeño cerca de la ciudad de Ilave, pero fuimos rescatados finalmente por un bus de la Empresa Julsa. . . Esa noche horrible que se tornó hermosa por la presencia de Pamelita, la linda terramoza que nos tocó para ministrarnos con su sonrisa angelical. . . Esa noche que a mí en particular me tocó conocer a fondo el alma sombría de la mujer del Administrador de Ormeño. . . Esa noche me quedé profundamente dormido a causa del cansancio.

* * *

A las 4.30 de la mañana llegamos a Arequipa y el nervioso bullicio de los pasajeros me despertó con violencia. Allí nos estaba esperando un bus de Ormeño que había sido enviado expresamente desde Tacna para llevarnos a Lima.

Pero ocurrió que los pasajeros no querían abordar el bus interprovincial que proveyó Ormeño y querían imponerse para que la empresa Ormeño proveyese un bus internacional como el que abordamos en La Paz.

Mientras los demás pasajeros se resistían a abordar el bus de Ormeño, yo me mantengo al margen de esta nueva tentación que veo era un escándalo de orden mayor. Y hasta que se solucionen las cosas, si acaso se pudiesen solucionar, me quedé sentado en mi asiento del bus de la empresa Julsa, porque además afuera hacía mucho frío. Pero como las cosas se alargaban, me abro camino entre la gente. . .

* * *

Entonces veo en medio del tumulto al joven que con voz de arcángel me tapó la boca cuando me esforzaba por responder a la locuaz mujer del Administrador de Ormeño que me gritaba: ¡¡¡Idiota, idiota, idiota!!!

El había reunido alrededor de sí a todos los pasajeros que vinimos en el bus de la empresa Julsa y les decía, señalando el bus que nos esperaba:

—¡Señores pasajeros, la Empresa Ormeño nos ha mandado este bus para que nos lleve a Lima! Pero ese bus no es de servicio internacional. Ese bus no tiene baño, ni calefacción, ni servicio de desayuno, almuerzo y comida. El costo del viaje en ese tipo de bus está muy por debajo de lo que nosotros hemos pagado. No debemos aceptar subir a ese bus, porque en el momento en que ponemos los pies adentro estamos aceptando un servicio inferior del que hemos contratado. Es más: Estamos avalando el mal servicio que Ormeño presta al público con sus buses malogrados.

En todo esto, la Mujer del Administrador de Ormeño estaba enmudecida y rezagada al común de los pasajeros, sin duda, avergonzada de la Empresa Ormeño por la que sacaba pecho al principio.

Desde Puno hasta Lima no volvería a abrir su bocota, ni siquiera para comer o beber en los lugares donde el bus paró en el camino, por cuenta de la Empresa de Transportes Ormeño International, por supuesto.

* * *

Me impresionó su poderosa voz que se escuchaba a distancia, y cómo podía manejar tan fácilmente a la gente.

Los pasajeros estaban reunidos alrededor de él, temblando de frío, y él, que más antes se lanzó a defender a “la Mujer del Administrador de Ormeño”, ahora se puso a atacar a la linda Pamelita, la terramoza, diciendo que debió exigir que se nos diera un servicio adecuado.

Una monjita, que subió en Puno, se convirtió en su secretaria y portavoz. Ella también empezó a gesticular y a gritar como él.

Ya eran más de las 5 de la mañana, y en el terminal no había más que las personas encargadas del transbordo. Nadie podía devolvernos nuestra plata, y la Pamelita, cuya carga en este viaje había sido excesiva, dijo queriendo llorar:

—El trabajo mío sólo es darles de comer.

* * *

La Pamelita dijo:

—Este bus partirá con los que suban, y los que no quieran subir se quedarán en Arequipa para hacer su reclamo. Este es el bus que hemos podido conseguir de emergencia, sí tiene baño y calefacción.

Todos maldecían a la empresa Ormeño, y la locuaz Mujer del Administrador de Ormeño había enmudecido por completo. Estaba pálida de susto y se le habían ido las ganas de tomarse atribuciones en nombre de la empresa Ormeño.

Yo volví al interior del bus que nos trajo de Puno. Y mientras me desperezo dentro del bus, escucho afuera la voz poderosa y enardecida del Sindicalista, y digo en mis adentros: “El que pudo hacerme callar de inmediato, poniendo fin a mi altercado con la Mujer del Administrador de Ormeño” es ahora presa de un ataque surtido.”

* * *

Entonces juzgo que ha llegado el momento de darle una ayudadita más a la Pamelita para empujar las cosas a buen término. Bajo con mi mochila del bus de Julsa y, caminando todo ahorado y sacando a relucir mi adorada pancita sexy, me dirijo hacia el grupo de pasajeros amotinados alrededor del Sindicalista.

La monjita se alegra al verme y me pregunta si yo también me plegaba a la protesta. Pero no fue necesaria una respuesta de mi parte cuando todos vieron que en lugar de unirme a su grupo, me desvié en silencio para dirigirme al bus de Ormeño, riéndome en mis adentros de todos estos mentecatos y güevones.

El Sindicalista me mira y me dice:

—¿No te pliegas a nuestra protesta contra Ormeño? Tenemos que hacer nuestro reclamo aquí en Arequipa, porque en Lima no nos harán caso.

Le respondo:

—Prefiero viajar en el bus de Ormeño a quedarme en Arequipa, quién sabe hasta cuándo.

Con todo teatro subí al bus de Ormeño. También subió la Pamelita, y tras nosotros dos subieron todos los amotinados. Y al final de todos también subieron en silencio la monjita y el Sindicalista.

* * *

Escojo mi asiento, cierro mis ojos y me dispongo a continuar a pierna suelta el sueño de los justos.

Cuando parte el bus abro pesadamente mis ojos y miro al pasajero que se había sentado a mi lado, ¡y he aquí que era el Sindicalista!

El me dice:

—En Lima vamos a acercarnos todos, como un solo hombre, para presentar nuestro pliego de reclamos a la Empresa Ormeño. ¿Tú nos vas a apoyar?

Le digo:

—Lo que haré al llegar a Lima será dar gracias a Dios por el viaje, tomar un taxi a casa, y darme un baño caliente.

Eso mismo ocurrió con él y con todos una vez llegados a Lima a las 9 de la noche, con cinco horas de retraso. Y cuando nos despedimos, él me pidió la dirección de la Santa Sede de la CBUP, de la cual yo le había comentado en el viaje, porque manifestó su deseo de visitarnos.

* * *

Era alto, atlético y calvo, pero de cráneo hermosamente formado. Su mirada era hermosa y penetrante. Su voz. . . ¡Ay Amito, qué voz tan poderosa! Al principio yo pensé que era europeo, pero no. . .

Su personalidad paralizaba a todos a su alrededor. Su empeño me hacía recordar al protagonista de la película “El Sindicalista” que había tenido taquilla en aquellos tiempos idos del marxismo y del comunismo internacional. Su presencia y su voz de arcángel me hicieron callar *ipso facso*, como decía Archie Banker.

Creo que la Mujer del Administrador de Ormeño habrá pensado que se trataba de un ángel enviado desde el cielo para librarla de mi ira. Porque se apareció de repente, como si hubiera despertado del letargo, y en un instante tenía a todos a sus pies, como cuando se pone suavemente la yema del dedo con suavidad sobre la pancita de un pobre escarabajo y se lo inmoviliza.

* * *

Al empezar su conversación, que me torturó desde Arequipa hasta Lima, me dice:

—Tú tienes una manera un tanto despectiva de hablar, y te exasperaste demasiado con la señora, por lo de tu computadora.

Le digo:

—¿Tú no hubieras reaccionado así, después de que a favor todos ustedes fui con la terramoza de Ilave a Puno, y de Puno a Ilave, y otra vez de Ilave a Puno, para encontrar que ella se llevó mi mochila y malogró mi computadora?

—Tienes razón. Yo también sentí la necesidad de acompañar a la terramoza en el auto que les llevó a Puno, pero no lo hice porque tenía conmigo esta gran cantidad de dólares en mi bolsillo. . .

Y saca del bolsillo de su acolchada casaca 50.000 dólares en efectivo, y los acaricia, y los vuelve a guardar.

* * *

Me dice:

—Yo soy joyero de tradición familiar; trabajo con oro y con diamantes, y proveo personalmente a varias joyerías del Perú y del exterior. Hay veces que gano 1.000 dólares por día.

Yo me quedo enmudecido al ver su grado de ingenuidad, al mostrarle a un extraño semejante caudal de dinero, todos billetes de 100 dólares, y sólo para cambiarles de bolsillo para que viajen más a gusto.

El hombre se rasca la calva y vuelve a referirse a mi manera de reaccionar:

—Tienes razón; perdóname, hermanón.

Le digo:

—Sí, te perdono. Pero déjame decirte que tú te pareces al Viejito de la Santa Paciencia del programa cómico, “El Tornillo”, donde Alex Valle sale para solucionar todos los entuertos con “la saaanta paciencia”, y gradualmente se exaspera hasta la rabia, la desesperación y casi las trompadas. A ese viejito veía yo cuando arengabas al piquete que protestaba contra Ormeño en Arequipa. ¡Por poco despiertas a toda Arequipa!

Me dice, sonriendo:

—Sí, me acuerdo de Alex Valle, el “Mono”, y de su sketch del Viejito de la Santa Paciencia. Tienes razón, hermanón, yo me parezco a él.

* * *

Entonces le extiendo mi mano y le pregunto:

—¿Cómo te llamas?

Responde:

—Betsalel Gabel.

Le digo:

—Ah, ¡entonces tú eres judío!

Me dice sorprendido:

—¿Y cómo lo sabes?

Le digo:

—Yo trabajé un tiempo como profesor en el Colegio Hebreo León Pinelo en Lima, y conocí allí a mi gran amigo Benzión Gabel. . .

Y me dice, lleno de emoción:

—¡El es mi tío! Y justamente aquí llevo conmigo su libro de *Historia de Israel*, mimeografiado. Me lo llevo por todo lado, porque su lectura me llena de inspiración. ¿Y cómo es que fuiste profesor en el León Pinelo?

Y le digo:

—Un alto jefe militar israelí a quien conocí en Jerusalem me pidió que cuando volviera al Perú le ayudara con la docencia en el colegio hebreo. Se llama Eliahu Kehati y había sido designado por el Misrad Ha-Jinuj como el nuevo Director del Colegio León Pinelo.

El exclama:

—¡Yo le conozco!

* * *

Unos días después, cuando ya estábamos en plena actividad en la Santa Sede, me llama por teléfono y me dice que quiere visitarnos en el Aula Magna de la California Biblical University (CBUP), y le doy instrucciones a la Secretaria para atenderle cuando llegue.

No fui avisado de antemano de su llegada, porque de improviso él abrió la puerta del Aula Magna y entró, en medio del regocijo de todos los estudiantes a quienes ya les había hablado de él y les había anunciado su visita.

Ese día él participó, no como si fuese un estudiante de grado, y menos un visitante de lujo, sino como si fuese el profesor. Y al medio día, con todos los alumnos y profesores disfrutamos juntos de los placeres de la carne en el Restaurant “El Arequipeñito” de la Avenida Gral. Garzón. Llenamos de cabo a rabo el restaurant, y no se permitió el acceso a los *goyím*.

—Sin duda, se trata de un personaje muy interesante, ¿verdad, George Frankenstein?

—¿El Sindicalista? ¿Por qué, ah?

17 SALVADO DEL BLOQUEO

Mi viaje de regreso del Perú a Bolivia sería el 14 de julio, día de la Toma de la Bastilla, proclamado por los profetas mentecatos como el fin del mundo y el juicio final.

Viajaría por tierra, porque el Aeropuerto de Juliaca estaba cerrado y porque tenía el boleto Lima-Moquegua que gané en el BINGO.

En el terminal de buses Cruz del Sur aparecieron los profesores y alumnos de la CBUP, y como había tiempo, me llevaron a almorzar en el Kentucky Fried Chicken de la Plaza San Martín.

El viaje en la Panamericana Sur es muy largo, y en todo su recorrido pueden verse los estragos de sismo del 23 de junio. En la ruta de Moquegua a Desaguadero se podía ver enormes rocas de hasta cuatro metros cúbicos que se habían precipitado sobre la carretera. En algunos tramos, los cerros se habían deslizado y habían cubierto la carretera, y en la mayor parte del recorrido la tierra apelmazada indicaba que antes había habido allí alguna capa asfáltica.

Después nos internamos en el escenario rocoso de la rebelión de Ollanta Humala contra la dictadura japonesa, tapizado en trechos por matas de yareta. ¡Sin duda, un escenario de otro planeta!

* * *

En Lima había trabajado día y noche y no pude ir a pagar la multa por no haber votado. Por eso planeé pasar Inmigración en la frontera en domingo, para que no me mandaran al Banco de la Nación, que estaría cerrado.

Al ver que mi DNI no tenía el sticker de la votación, el funcionario me dice con mucho respeto:

—Señor, ¿qué diría usted si le mando primero a pagar su multa por no haber votado en las últimas elecciones?

Le respondo con serenidad:

—Le diría que usted no puede hacer esto en la frontera.

El responde:

—Mire que sí puedo. Vea usted. . .

Le digo:

—Al estorbar mi viaje, cuando yo no he cometido ningún delito al no votar, usted sí cometería el delito de atentar contra la libertad de movimiento dentro y fuera del país de personas naturales no requisitorizadas, según el Inciso 007 del Artículo 0028. Exigir el sticker de la multa sobre el DNI hace que en el Banco de la Nación te den el sticker y metan la plata a sus bolsillos. En la misma sede de la ONPE, en Mesa Redonda, dan stickers auténticos a 10 soles, pero la multa no es descontada del data-base. ¿Qué me dice usted de esto, eh?

* * *

Cuando le pregunto si acaso él recibía tajada de la multa, responde:

—¡Por supuesto que no! Pero hay que cumplir con la Patria. . . Hay que votar. . .

Le respondo:

—Para pagar la multa no tengo apuro. Pagaré la multa cuando realice en el Perú cualquier actividad que requiera de mi DNI. Para viajar fuera del país sólo requiero de mi pasaporte.

Casi prendado de mí, me dice:

—En el otro lado (es decir, en Bolivia) hay problemas. ¿Decide salir del Perú en estas circunstancias? ¿Le sello su pasaporte?

—Sí, señor, pues mi familia es boliviana, y me espera. Mi esposa y mi pequeña hija me esperan con los nervios destrozados.

* * *

Ese domingo 15 también sellaron su ingreso a Bolivia muchos turistas de Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Francia, Colombia, Chile, Brasil, etc. La mayoría de ellos regresaron al lado peruano en busca de hoteles donde permanecer hasta poder continuar su viaje a La Paz. Yo fui a un hotel en el lado boliviano, y allí me pude informar de la gravedad de la situación.

Dos días antes había empezado el bloqueo de la carretera Desaguadero-La Paz, pero el bloqueo de Copacabana-La Paz ya tenía un mes.

Llamé por teléfono a casa para informar que tenía abrigo y dinero suficiente como para quedarme muchos días en Desaguadero y sólo viajaría a casa si lo permitiesen las condiciones de seguridad.

* * *

Me acerqué a los grupos de bloqueadores reunidos en la calle principal que en su mayoría conversaban en idioma aymara.

Algunos se hacían los sordos a mis preguntas, pero alguien tuvo la gentileza de decirme:

—Dentro de dos horas va a haber un desfile por los 192 años de la fundación de La Paz. A lo mejor también desfilan los mallkus, y dejan por un tiempo el bloqueo —los mallkus son los secuaces del Mallku Felipe Quispe, cuyo apodo, *mallku*, significa “caudillo”—.

Otros dijeron:

—Sólo hasta la Culata, detrás del cerro que está a dos kilómetros llegan algunas combis de La Paz, porque si vendrían hasta aquí los bloqueadores las destruirían.

* * *

Contraté un triciclo que llevara mis maletas hasta la Culata y llegamos allí al lugar del bloqueo.

Los mallkus nos dijeron que si nos acercábamos harían papilla al triciclo. Entonces un joven se ofreció a cargar una de mis maletas hasta el lugar a donde llegaban las combis procedentes de La Paz, y yo llevé la maleta menos pesada.

Pasamos la curva de la Culata, desde donde se pierde de vista la ciudad de Desaguadero boliviano, y toda la pista estaba flanqueada por turistas que habían escuchado lo mismo que yo, que desde allí se podía viajar a La Paz. Pero esto no era verdad.

Algunos regresaban desilusionados después de haber caminado hasta Huancollo, entre Desaguadero y Huaqui; y otro volvían desde Huaqui, que está a 20 kilómetros de Desaguadero.

* * *

Unos cien mallkus estaban reunidos en la entrada de Desaguadero, dispuestos en círculo y blandiendo sus hondas. A la distancia se escuchaban sus gritos y aplausos.

Otros se movilizaban campantes en sus bicicletas sobre una autopista flamante y vacía, para ellos solos, y se comunicaban mediante *walkie-talkies*. No agredían a los turistas mientras retornaban remolcando sus propios equipajes, pero si avanzaban les cobraban cupos. Y si algún boliviano se ofrecía a ayudarles a cambio de algún dinerito, a él si lo agredían.

Una pareja de brasileiros decidió volver a Desaguadero y un campesino de edad avanzada se aprestó a cargar su maleta. Entonces le rodearon los mallkus, y uno de ellos le dio un rodillazo en los testículos y le hizo soltar la maleta al suelo.

Otro anciano que estaba sentado junto a la autopista quiso ayudarlo con la maleta, y el mallku le exigió que le entregara su Carnet de Identidad para destruirlo. El anciano rehusó entregarle, porque el mallku no era ninguna autoridad, y le enfrentó hablándole en aymara. Entonces se acercaron otros mallkus y le obligaron a su compañero a dejar en paz al anciano.

* * *

El bloqueo no afectaba tanto a los dueños de los enormes camiones containers de 15 a 20 metros de largo, o al Gobierno, como a los pobres campesinos del Altiplano y a los turistas que visitan el país. Y quienes más sufren son los soldados.

¿Y quiénes son los soldados?

Son sus propios hijos y sus hermanos de los mallkus.

Esta vez no vi en Desaguadero ni un solo soldado, ni un solo policía, ni un solo periodista o camarógrafo.

Los periodistas de investigación, a causa de su profesionalismo para producir testimonios filmados, se han convertido en paladines de la democracia y la principal protección para la población. Pero Desaguadero estaba abandonada a los mallkus; no había periodistas. Por primera vez me había visto en un territorio con una total ausencia del Estado, y tuve miedo de dar un paso adelante.

* * *

Como el joven que me había ayudado a llevar mi maleta estaba cerca, le pedí que me la llevara de regreso hasta donde yo pudiera conseguir un triciclo. Pero él me propuso cargarla hasta la ciudad. Su espíritu servicial y su energía eran impresionantes bajo el peso de una maleta llena de libros. Cada cierto trecho descansábamos y conversábamos.

Me pregunta:

—¿De qué país es usted?

Le respondo:

—Soy peruano; pero resido en Bolivia.

Me dice:

—Yo también soy peruano. He venido del Cusco para ganarme la vida sin depender de mis padres. Quiero luchar para sobrevivir solo y salir adelante.

Le dije mi nombre, y él me dijo el suyo: Samuel Jauja.

* * *

Cuando estuvimos cerca de la ciudad, venía en dirección contraria una multitud formada mayormente por mujeres portando una pancarta que decía FEDERACION DE COMERCIANTES DE DESAGUADERO, y se les aproximó un mallku blandiendo su honda.

Temiendo alguna confrontación nos desviamos del camino, y vimos al mallku hablando con los dirigentes de ellas. Cuando les dejó continuar, ellas prorrumpieron en gritos, sin duda por orden del mallku, diciendo: “¡Muera Banzer! ¡Que viva el bloqueo!” —Banzer, el Presidente de Bolivia, se encontraba en un hospital de Estados Unidos en tratamiento de un cáncer terminal en el pulmón y el hígado.

* * *

Cuando llegamos a la ciudad y volvimos a mi hotel, le pagué a Samuel el doble de lo pactado, y como no había tomado desayuno, le invité a tomar desayuno conmigo en un restaurant.

El estaba feliz de haber encontrado en mí un buen amigo, y yo sentía lo mismo respecto de él.

Generalmente, un cargador, cuando le pagas el precio acordado te llora por más plata, y si no le das se aleja maldiciéndote y mentándote la madre. Pero me impactaron su honestidad, su sonrisa sana, la pureza de sus conceptos y su filosofía de la vida. Por eso quise darle, además, un regalo.

Esta vez no llevaba a la mano una Biblia RVA, cuya publicación ha estado bajo mi dirección en Estados Unidos.

Cuando nos despedimos me dijo que si le necesitaba le podía encontrar en el Puente Internacional, porque allí solía vender aceitunas.

* * *

Hacia el medio día del 16 de julio, Día de La Paz, veo en el Puente Internacional a los chicos del Colegio Tahuantinsuyo marchando hacia el lado boliviano precedidos de su banda. Pensé que ensayaban para el 28 de Julio, Día de la Independencia del Perú, pero sus uniformes e instrumentos eran impecables.

Luego, otros niños del Colegio Batallón Colorados desfilaron del lado boliviano y se detuvieron a corta distancia de las astas de las banderas de Bolivia y del Perú a la mitad del puente. En este punto las repúblicas hermanas celebran sus fechas nacionales, y ahora le tocaba al Perú saludar a Bolivia por el grito de la gesta libertadora de Don Pedro Domingo Murillo.

Las autoridades ediles peruanas precedidas de la bandera nacional portada horizontalmente se adelantaron y se ubicaron delante de la escolta del Colegio Tahuantinsuyo. Lo mismo hicieron los tenientes gobernadores vestidos de lujosos ponchos de color azul marino y chullos azules sobre los cuales llevaban sombreros de felpa gris oscuros, montaje de las culturas inca y española.

En sus manos derechas llevaban la vara que los identificaba como varáyojs o portadores de la vara de mando. Y sobre sus espaldas llevaban ceñidos los chicotes que representan su capacidad de imponer castigos.

Sus mujeres venían detrás de ellos. Y lo mismo hicieron las autoridades de Bolivia.

* * *

Se entonaron los himnos de Bolivia primero, y el del Perú después, y el alcalde de Desaguadero peruano fue invitado para izar la bandera de Bolivia, y el alcalde de Desaguadero boliviano para izar la bandera del Perú.

Luego hablaron el alcalde peruano, Sr. Francisco Sarmiento, y su homólogo boliviano, Sr. Daniel Ticona Cruz, quien enfatizó los lazos históricos y familiares del Perú y Bolivia, lamentando el bloqueo de los mallkus que tanto afectaba a su nación.

Después, las escoltas de ambos colegios intercambiaron estandartes con estas emotivas palabras: “Te entrego mi bandera. Amala, respétala, defiéndela aun a costo de tu propia vida.”

Y todos los peruanos fuimos invitados a entrar al territorio boliviano, y uniéndonos en un solo desfile llegamos a la Plaza de Armas de Desaguadero boliviano donde continuaron los actos conmemorativos y la celebración de la santa misa.

Yo me había olvidado de los contratiempos del bloqueo y estaba feliz en Desaguadero.

* * *

En la tarde me acerqué en el puente a un grupo de turistas europeos y nos pusimos a conversar acerca de la situación. Como yo estaba prácticamente residiendo en Desaguadero pude aconsejarles qué hacer.

La mayoría decidió volver al Perú, para viajar desde el Cusco a La Paz por avión, menos un joven que tenía la cabeza cubierta con un pañuelo a manera de pirata y de quien se despidieron unas chicas inglesas con un sonoro beso.

Le pregunto:

—Y tú, ¿de dónde eres?

Me responde:

—De Israel.

Le digo:

—Im ken, atáh medabér ivrít. . . (entonces tú hablas hebreo).

El muchacho se quedó tan sorprendido que le vuelvo a preguntar:

—¿Acaso no entiendes el hebreo?

Me responde:

—Es que me asusté al escuchar mi idioma junto al lago Titicaca.

Le digo:

—Yo me llamo Moisés.

Me dice:

—Yo me llamo Shájar. ¿Sabes qué significa la palabra shájar?

Le respondo:

—Kaashér yesh or muqdam ba-bóqer, abal adáyin lo nir'áh zorájat ha-shémesh (cuando hay luz temprano en la mañana, pero aun no se ve brillando el Sol).

El me dice alegremente:

—¡Amanecer!

Mientras conversábamos recorriendo las ciudades gemelas se nos hizo de noche, y entramos en un restaurant para comer. Luego pasamos a la oficina de teléfonos y se me ocurrió pedirle un favor:

—Mi esposa se llama Amanda y mi pequeña hija, Lili Ester. Ellas están desesperadas a causa de este bloqueo. Por favor, háblales y diles que aquí en Desaguadero estamos bien, porque aquí está la fiesta y la diversión.

El hizo esto, y sin duda logramos el resultado esperado.

Generalmente me encuentro con grupos de *mochilérím* israelíes que llegan a Juliaca en el Perú y pasan a Bolivia por la ruta del Desaguadero. Pero Shájar venía solo.

* * *

En la tarde del 17 de julio encontré entre tantos papeles en mi maleta un hermoso Nuevo Testamento RVA de bolsillo, y fui al puente internacional a buscar a Samuel y le dije que viniese a mi hotel un momento para entregarle el regalo prometido más un paquete de ropa de que decidí deshacerme.

Mientras caminamos al hotel le pregunto:

—¿Cuántos años tienes?

Me dice:

—Veinte.

Le digo:

—Tú me haces recordarme de mí mismo por tu edad y una igual ilusión para vivir. Este pequeño libro te va a conducir al éxito; te va a encantar leerlo.

Respondió:

—Antes de empezar a leerlo voy a lavarme las manos.

Me pidió que escribiera mi nombre y dirección en la última página pues quería visitarme en La Paz.

Dijo:

—Cuando le visite le voy a llevar pan del Cusco.

* * *

Luego fui a la oficina del hotel para hablar con la señora Fabiana, la dueña del hotel. Ella es una cholita risueña y que se ha acostumbrado ya a mi presencia en su hotel donde me encontraba residiendo. La encontré en la cocina, y le dije que viajaría al día siguiente, y si no podía llevar mi maleta se la dejaría encargada. Ella me prometió guardarla bien, y al verla pelando papas le pedí prestado su cuchillo.

Me dice:

—¿Para qué lo quieres al cuchillo?

Le digo:

—Lo necesito para pelar estas limas que he comprado en el puente.

Y me dice, ahogándose de risa:

—¡Es que si es para capar tendría que darte uno más filudo!

* * *

En la noche hice todos los preparativos para la madrugada del miércoles 18, si acaso alguna combi entrara a la ciudad procedente de La Paz. En medio de la inmensa fila de camiones varados encontré una, y el chofer me dice:

—Mañana, a las cinco de la mañana saldré a La Paz. El pasaje cuesta 30 bolivianos (tres veces el precio normal).

Al día siguiente salí a su encuentro, yo el primero, y le pago por adelantado.

Le digo:

—Por favor retrocede una cuadra para subir mi maleta que está en la puerta del hotel.

Me responde:

—Se gasta la gasolina. Búscate un triciclero que te la traiga acá. —Pero sabía que no hay tricicleros a esa hora—.

Cargué la maleta yo mismo, pero cuando llegué a la combi el chofer partió vacío y me dejó.

* * *

Apareció otra combi que iba a La Paz y Pedro, el ayudante del chofer, se mostraba muy cariñoso y servicial con la gente. El subió mi pesada maleta al techo de la combi, sin renegar, por lo que le di una buena propina, preguntándole por su nombre.

Unos soldados que habían velado toda la noche junto al lago cubiertos con frazadas y pasamontañas nos dieron el pase saludándonos alegremente.

Di gracias a Dios por esas sonrisas, y proseguimos bordeando el lago cuyas orillas brillaban congeladas.

La combi iba a gran velocidad y en los lugares donde había restos del bloqueo parecía volar encima de las piedras, remeciéndose a un lado y a otro.

Más adelante de Huaqui encontramos dos contingentes de soldados atrincherados para defenderse del ataque de los mallkus. A cada tramo del recorrido había gran cantidad de vidrios rotos de los vehículos que nos habían precedido.

* * *

La conversación de una dama boliviana que iba sentada en medio del chofer y de Pedro, su ayudante hizo más placentero el recorrido. Al darse cuenta de que Pedro tenía acento peruano comentó respecto del Perú:

—Al otro lado, todos pues son unos rateros. . .

Pedro le respondió, complaciente:

—No es así, señora. Lo que pasa es que en este lado la gente es más sencilla y sana, y algunos peruanos se aprovechan. Pero al otro lado no ocurre así, porque un gitano nunca pe le va a leer la mano a otro gitano. . .

La mujer pasó a decir:

—Sí, pues, hasta su presidente es un ratero, juntos con ese Montesinos. Y aquí mismo, en Bolivia, su cónsul es traficante de cuadros coloniales, y su embajador es “veintiocho” (es decir, maricón). . .

* * *

Intentando desviar la conversación por otro rumbo, me dirijo a Pedro y le pregunto:

—Pedro, ¿qué hora tienes?

Responde:

—Son las 7.40, hora boliviana —responde tras hacer un rápido cálculo mental—.

Los pasajeros no pudieron contener la risa y dijeron a una:

—¿Y qué otra hora pues va a ser? ¿Hora perguana?

Yo me reía en silencio esquivando a una cholita que se dejaba caer en mi encima cada vez que la combi esquivaba las piedras del bloqueo y lo volvía cachanga a mi sombrero fino que me había comprado en Lima.

Otra señora que iba detrás del chofer, su conocido, le habla:

—A mi marido también lo han querido comprometer los mallkus. ¡Ese Alejo, así de herido que está del enfrentamiento de ayer en Huaqui, lo quiere inquietar a mi marido para el bloqueo. Yo le digo: “Oye, Alejo, cúrate mejor de tus heridas; ¿por qué quieres estar inquietándolo a mi marido?”

A esa hora los mallkus estaban durmiendo a causa de la resaca de la noche, pero su resaca vandálica se dejaría ver cada vez más a partir de Tiwanaku.

* * *

Al llegar a Laja los rayos del amanecer se deslizaron por entre los picachos del Illimani, y me puse a pensar en Shájar, mi amigo israelí, cuyo nombre significa “amanecer”. ¿Habría logrado llegar a La Paz sin novedad? —él había viajado el día anterior en un camión descubierto—.

Cada vez que pasábamos junto a los regimientos de los soldados, una mujer exclamaba desde el fondo de su corazón:

—¡Qué sería de nosotros pobres sin nuestros soldaditos! ¡Qué sería de nosotros si no hubiera el cuartel! Ellos son los que nos protegen con sus vidas, ¡y miren cómo se mueren de frío!

* * *

En menos de dos horas llegamos a La Paz. Según mis cálculos podría llegar a casa antes de que Amanda llevara a Lili al colegio.

Aunque llegué un poco retrasado, encontré a Amanda en casa, que se encontraba enferma y con descanso médico. El abuelito Higinio había llevado al colegio a la niña.

Amanda se queda boquiabierta al verme, y todas sus dolencias desaparecen de inmediato.

Al medio día celebramos en el restaurant “El Lobo” el milagro de haber vuelto a casa sin novedad. Y les cuento que después que Pedro bajó mi pesada maleta de la combi (animado con una nueva propina), se despidió sonriente y haciendo alarde de su erudición bíblica me dice:

—¡Moisés! ¡Salvado de las aguas!

Y yo le digo:

—En mi caso sería: “¡Salvado del bloqueo!”

18 ¡BINGO!

Cuando los coreanos que administraban la Santa Sede, la CBUP, partieron definitivamente a su país y nos dejaron a los peruanos la enorme responsabilidad de sacar adelante esta empresa, hubo necesidad de hacer muchos ajustes en lo que a personal y programación se refiere. Uno de tales ajustes era desistir de viajar por avión para conservar los escasos recursos de la naciente institución.

A continuación relato mi primer viaje por tierra en todo su trayecto, desde La Paz hasta Lima. Aquel viaje fue el primero de innumerables viajes que hicieron que mis pasaportes se llenaran con sellos de salida y entrada de Bolivia y el Perú, porque como dice mi mujer, mi casa está en La Paz, pero mi trabajo está en Lima, adquisito nomá.

* * *

El viaje por tierra requería de preparativos especiales y ocasionaba grandes preocupaciones, particularmente a mi esposa.

En aquella vez mayor preocupación me daba tener que pasar por la oficina peruana de inmigración y entrar al Perú. Mientras se acercaba el día de mi partida la preocupación era cada vez mayor. Tal preocupación no era de último momento, sino desde la vez anterior que pasé por allí de regreso a Bolivia.

La causa de mi preocupación no la compartí con mi mujer por miedo de que me resondrara, pero paso a compartirla con usted.

* * *

Dos meses atrás, cuando salí del Perú, yo había obtenido en mi pasaporte el sello de salida y me disponía a salir de la oficina de inmigración peruana para dirigirme a la oficina de inmigración boliviana cuando vi algo que me llamó la atención. La mujer que atendía en la ventanilla de inmigración, enviaba a la gente afuera diciéndoles:

—Vete primero al Banco de la Nación.

Esto hizo con un joven estudiante que escuchó la orden consternado.

Le pregunté al joven:

—¿Por qué les envía al Banco de la Nación, si están viajando?

Respondió:

—Para pagar la multa por no haber votado en las últimas elecciones. Pero yo no tengo plata para este imprevisto, y no sé qué hacer.

Entonces le pregunté a la mujer que tan prepotentemente les devolvía su pasaporte sin sellar y les decía: “¡Al Banco de la Nación!”:

—¿Por qué les hace esto, señora? Esta pobre gente no tiene previsto esa alta suma de 120 soles (35 dólares). ¿Usted no les va a permitir proseguir su viaje? ¿Tiene usted el valor de hacerles regresar a Lima o a los otros lugares de donde han venido hasta aquí?

¡Usted está chantajeando a ciudadanos peruanos! Esto no hacen cuando uno viaja en avión en vuelos internacionales; ¿por qué lo tendrían que hacer con los que viajan por tierra?

* * *

Un agente de viajes, amigo mío, muy relacionado con la gente de la ONPE me había informado en otra ocasión que en la puerta del Banco de la Nación esperaba el “gancho” de funcionarios como esa dama para proveerles del sticker de votación sobre sus Documentos de Identidad (DNI) a un precio reducido, pero que al hacer esto la suma de la multa no era descontada en el Data-Base de las computadoras de la ONPE (Organismo Nacional de Procesos Electorales), lo cual, tarde o temprano, haría doblemente cara la movida.

Al enviar “clientes”, el personal de Inmigración recibía su tajada del despojo.

* * *

La mujer airada ordenó al personal subalterno que me sacaran por la fuerza de la Oficina de Inmigración. Antes de hacerlo, y con buenos modales, el encargado de sacarme me dijo que ella hacía era cumplir una orden del ONPE.

Yo le dije:

—¿De cuándo acá las oficinas de Inmigración se han convertido en recaudadoras del ONPE?

Me mostró un cartel pegado en la ventanilla, y confrontando la impaciencia del personal de Inmigración me acerqué y leí de arriba abajo el cartel, sobre todo las letras chiquitas. Se trataba de un decreto del ONPE, pero no señalaba a las oficinas de Inmigración como sus recaudadoras, y era, además, de hacía seis años, de las elecciones municipales. Por eso les pregunté:

—Si fuera cierta esta injusticia, ¿por qué extorsionar a los que salen del país por tierra y no también a los que lo hacen desde los aeropuertos internacionales? ¿Por qué el ONPE tendría que extorsionar a los ciudadanos más pobres que viajan por tierra y no a los que podrían pagar la multa si quisieran? ¿Acaso porque a ellos les tienen miedo o respeto?

* * *

La gente apiñada en la oficina de Inmigración, tanto peruanos como turistas extranjeros, estaban estupefactos y enmudecidos cuando otros del personal subalterno me sacaron a empellones.

Yo acudí a la caseta de la policía, allí al lado, y expuse el abuso ante dos policías que me escucharon con paciencia y riéndose a flor de labios. Uno de ellos me daba la razón, siempre sonriente. El otro dijo:

—¿Pero qué gran cosa es 120 soles?

Le dije:

—Quizás no es gran cosa para ti que ganas mucha plata siendo policía. Claro, ¡los policías ganan mucha plata! (cosa que no es verdad porque ganan una miseria). Además, hablas como si el Estado fuera asunto tuyo en particular, por lo cual te importa de manera especial la recaudación de las multas. . .

El otro policía me daba toda la razón y se deleitaba escuchándome. Al ver que nada se podía hacer contra su interesado conformismo, proseguí a cruzar el puente sobre el río Desaguadero, hacia suelo boliviano.

* * *

Una vez acomodado sobre mi asiento en el bus que me llevaría a La Paz, me tranquilicé y me puse a reflexionar sobre lo sucedido. Entonces recién me asaltó el temor.

“¿Qué he hecho?” —pensé—, “la próxima vez que pase por la oficina peruana de inmigración voy a tener que sufrir sus represalias.”

Mientras se acercaba mi viaje de regreso al Perú para encontrarme con los “rugrats” de la CBUP se incrementa mi temor porque gracias a mi cara de papa polaco y a mi adorable pancita sexy, nadie me podría olvidar así tan fácilmente. Pero no comenté nada con mi esposa no fuera que me resonrara por haberme confrontado con la gente de la oficina de inmigración, y pedí a Dios en oración: “Envía un ángel delante de mí para que me proteja de esa gente y haga que no me reconozcan.”

* * *

El día del viaje, esperaba sentado que se llenara la combi para partir de La Paz rumbo a Desaguadero cuando desde la ventana divisó a un hombre blanco y de porte militar, y alcanzo a reconocerle:

—¡Ruperto! —grité—.

Era Ruperto Aguilar, un amigo peruano que hace muchos años reside en Bolivia. El pobre estaba en aprietos pues tenía urgencia de correr en busca de un cuarto de baño o más que sea un árbol. El se remolineaba sobre su eje en todas direcciones, sin atinar a dejar abandonado su equipaje junto a la combi.

Cuando yo entré en la escena, sin más atenciones desapareció a una cuadra de distancia, como perro con cuete, y después de unos minutos reapareció sosegado y sonriente.

* * *

Cuando nos aproximamos a la frontera compartí con él el motivo de mi preocupación, y le pedí que me hiciera el favor de precederme en la fila ante la ventanilla de Inmigración del Perú y pidiera dos formularios de entrada al país (uno para él y otro para mí), y que se cuadrara a mi lado con porte militar mientras yo era atendido y mi pasaporte era sellado.

Así lo hizo, e ingresamos al territorio peruano sin novedad. ¡He aquí el ángel que el Señor envió delante de mi faz!

Luego tomamos un station wagon que nos llevó a Moquegua en la costa peruana junto al Océano Pacífico. ¡Quién podría imaginarse que seis días después esta noble ciudad sería destruida por el terremoto del 23 de junio!

* * *

Continuamos viaje a Lima en un bus de la empresa Cruz del Sur. La terramoza era una chica preciosa; más linda que esas que nos sirven en los vuelos en avión, y leí su nombre sobre su solapa: Alejandra Juárez.

Después de darnos nuestra cena ella repartió a todos unas tarjetas y dijo:

—¡Y ahora tendremos BINGO a cartón lleno!

Yo le doy un codazo a mi compañero de asiento y le digo:

—¿BINGO? ¿Qué es eso? ¿Ah?

Era la primera vez que yo tenía ante mis ojos un cartón de BINGO, y resulta. . . ¡que gané!

Gané el aplauso de todos los pasajeros, un dulce beso de Alejandra Juárez y un boleto gratis de regreso de Lima a Moquegua, que justamente coincidía con la mayor parte de mi viaje de retorno de Lima a La Paz.

* * *

Llegué a Lima a tiempo para acudir al aeropuerto para dar la bienvenida al Dr. Soon Jae Lee, uno de los fundadores de la CBUP, quien venía acompañado por un visitante muy importante: El Dr. Jon Lwon Lee, Presidente de la California Benjamin University en Estados Unidos.

En medio de la ola de frío y de la persistente llovizna que azota Lima en el tiempo de las Fiestas Patrias, el Dr. Soon Jae Lee nos alegró con su acostumbrada sonrisa surcoreana mientras hacía su ingreso al Perú vistiendo tan sólo un polo liviano color amarillo patito, con los pies sin medias, y calzando sólo sayonaras.

Nuestros ilustres visitantes nos acompañaron hasta el momento de la inauguración del Seminario-Módulo de Julio del 2001, el primero cuya organización estuvo de lleno bajo la responsabilidad de vuestro servidor y de los Rugrats de la CBUP —llamados así, porque sus estudiantes eran como los bebés en pañales, ¡unas verdaderas ratas de lujo, o de alfombra!—

19 EL CHULILLO

En el 2007, el año de los diluvios en la sierra y la costa norte del Perú a causa del fenómeno del Niño, por fin llegó el momento que tanto esperaba de viajar y relajarme en Celendín, aprovechando del último día de los Carnavales. Mis labores en la CBUP habían terminado, y no obstante las fuertes lluvias en la sierra norte, decidí que era mejor mojarme a que me mojen, y quemarme en el sofocante verano limeño.

De ida me fue bien, en un bus de la Empresa de Transportes Flores. No así el retorno a Lima, en la empresa CABA, que tanto me la recomendaron. Podría calificarla como una porquería, pero a ella se debe que estoy vivo y tengo algo que contar en la presente historia que refiere como es que ascendí de señor embajador a chulillo (o chuliyu, como lo pronuncian en la costa), y justamente de la empresa CABA.

* * *

Mi aventura empieza en Lima Limón cuando me despido de mis vecinas, una morena y otra rubia oxigenada, que tienen su agencia de viajes junto a la Santa Sede de la CBUP en la Avenida Brasil, al lado de mi oficina. Y la Sania, la morenita, confianzuda y habladora, me dice: “¡Ay, doctor! Si se va a su tierra, a Celendín, entonces pasará por Cajamarca. . . ¡No se olvide de traernos quesos!” Y la rubia Cecilia también se matricula: “¡Para mí también! ¡No se olvide, ah!”

En mis adentros me digo: “¡Uyuyuy! Voy a volver cargado, porque unos me piden cuyes y otros, quesos cajamarquinos.

De regreso a Lima, hasta cerca de La Encañada viajamos con excelente tiempo; la carretera ligeramente humedecida por una lluvia liviana que nos había precedido. A partir de La Encañada nos acompañó una lluvia más persistente, que cuando entramos a Cajamarca se tornó torrencial, como dice la palabra: “¡En Carnavales, hasta Dios moja!”

* * *

¡Cómo caminar cuadras enteras en busca de esos benditos quesos que me encargaron mis vecinas de la Avenida Brasil!

Cargando mi pesado costalillo lleno de pajuros y cuyes al horno que me encargaron llevar a Lima, fui en busca de algún vendedor ambulante que tuviera quesos cajamarquinos. Bajo la lluvia torrencial todos habían desaparecido, excepto uno a tres cuadras de la agencia. A 10 soles cada uno compré dos quesos mantecosos, uno para Sania y otro para Cecilia, y volví a la agencia bajo la lluvia torrencial. Así volví a la agencia y esperé la partida del bus debajo de un escaso techito de medio metro, compartido por una fila de gente.

¡Cómo me iba yo a imaginar que esos benditos quesos se derriten en el calor del verano costeño y me iban a estropear mis pobres calzoncillos que llevaba en mi costalillo!

Aparte de que llegaron a Lima convertidos en deformes pelotas a las cuales he tenido que arrojarlas contra el piso encementado, para que recuperen más o menos su forma original!

Por cierto, nada sería de cortesía.

* * *

En la agencia en Cajamarca canjeo mi boleto a Lima, y me encuentro con la ingrata sorpresa de que mi asiento N° 6 se lo habían vendido a un cajacho.

El que atendía en el mostrador, no sabía ni siquiera mentir, porque me dio la siguiente explicación:

—Es que no nos han avisado de Lima que el asiento N° 6 ya estaba vendido.

Le digo:

—¿Y por qué tenían que avisarte de Lima?

—Porque de Lima nos avisan, pues.

—Yo vengo de Celendín. ¿Acaso de Celendín avisan a Lima, para que de Lima les avisen luego a Cajamarca?

Se da cuenta de su torpeza y dice:

—Pero le voy a dar otro asiento buenazo: ¡El N° 12!

Resulta que ese asiento también había sido vendido a una muchacha que decía que el cielo de Cajamarca se desgarraba en llanto porque ella volvía a Lima después de gozar en el Carnaval a su tiplín.

Me senté a su lado, en el asiento N° 11, que estaba empapado, y le reclamo mi asiento N° 12.

La muchacha me dice:

—¡Todos los asientos están sopa!

Y me muestra su culo, empapado en el asiento N° 12.

Entonces, callado nomá, me acomodo en el asiento N° 9 que estaba vacío.

* * *

El Coné —ese es su apodo, como el del sobrino de Condorito— es el ayudante del chofer, es decir, su chuliyo —la Martha Hildebrandt dice que es diminutivo o despectivo de “cholo”—. Es un hombre en la edad media, y no sé por qué razones, se considera dueño del omnibus y trata a los pasajeros como si fueran su shipuna.

Cuando ya estábamos fuera de la ciudad de Cajamarca con el bus repleto de pasajeros que subieron en ruta, se acerca el Coné y se sienta a mi lado, en el asiento N° 10, que evidentemente era su asiento reservado, y me dice:

—El asiento en que usted va no es el suyo, pero no se desacomode. Yo le registraré como que va en el asiento N° 9.

Se lo agradecí mucho, y él se puso de pie y se dirigió al fondo del bus, con su planilla en la mano, confirmando que los pasajeros van en sus respectivos asientos. Entonces varios se quejaban diciendo:

—¡Estos asientos están empapados!

El Coné les pregunta, haciéndose el cojudo:

—¿Empapados? ¿Con qué, ah?

—¡Con agua! —respondían las damas inteligentes—.

El les dice:

—Pero, ¿qué se va a hacer? Ha llovido a chorros y el agua ha entrado al bus.

—Ha entrado, ¿a dónde? —pregunta una ancianita medio sorda—.

—Al bus —responde el Coné—.

* * *

Más adelante aparece trayendo de atrás a una mujer de mediana edad y la hace sentarse en su asiento, a mi lado, y él se va a acomodarse en la cabina.

Ella iba vestida de una gruesa pollera, y debajo de su pollera llevaba un grueso y corrugado pantalón de lana tejido a mano. Su hija, que se quedó sentada al fondo del bus vestía igual. Al parecer, los pasajeros de atrás se quejaron ante el Coné, porque la mujer apestaba peor que muerto de cuatro días, por eso el Coné la cambió de asiento, y el agraciado fui yo, que cuando pasábamos por San Juan, vomité por la ventanilla.

En Chilete, cuando el bus se detuvo en un restaurant, me acerqué al Coné para rogarle humildemente que me cambiara a otro asiento, o en su defecto, que me permitiera ir en la cabina hasta un lugar en la ruta donde yo pudiera cambiarme de bus.

Le dije que mi asiento era el N° 6 y que lo habían vendido a un cajacho. Yo no quería causar problemas, porque en tales circunstancias, y sin hacer ningún reclamo, prefería bajar en algún lugar para tomar otro bus.

Mientras yo le hablo a él, bonitamente, se acerca otra mujer a quien también le habían cambiado su asiento y le habían asignado un asiento de lujo que contaba con ducha incorporada justo encima de su cabeza.

La mujer maldecía a la empresa CABA diciendo que le habían engañado diciéndole que era la mejor. Ella no hablaba en términos tan respetuosos como yo, y era de comprenderle.

* * *

El Coné nos esquivó con prepotencia y se metió a un cuarto reservado del restaurant donde estaban comiendo gratis los dos choferes del bus, don Manuel y don Jorge.

Yo le seguí y me metí a ese cuarto para explicarles a ellos también mi caso y decirles que más adelante bajaría para tomar otro bus.

Don Manuel, en consonancia con su voluminoso tamaño y su gran barriga, reaccionó al estilo del Coné y dijo:

—¡Pues te jodiste! ¿Qué quieres? ¿Qué te cambiemos de asiento sólo porque esa señora huele mal?

Le dije amablemente:

—Sé que en Tembladera bajarán algunos pasajeros. Acomódeme, por favor, lejos de esa mujer, sin ofenderla, porque a cualquiera nos puede pasar que por estar enfermos no nos podemos asear.

—¡De ninguna manera! Los que suben en Tembladera son de oficina, no de ruta.

—Yo también soy de oficina, no de ruta. Yo he comprado el asiento N° 6. En todo caso, reclamo mi asiento.

Don Jorge, sonríe inteligentemente, mueve la cabeza con asentimiento y dice:

—El señor tiene razón. No se le puede obligar a viajar en ese asiento.

Pero el Coné exclama:

—¡Qué tal raza! ¡Entonces que viaje de pie, pué!

* * *

Al verme apoyado por uno de los choferes, tuve valor para decirle:

—Sí, iré de pie, pero en la cabina, con luz; y no dentro del bus, y en tinieblas. Iré así hasta un lugar donde pueda cambiar de bus.

—¡Usted no viajará en la cabina! —gritó don Manuel, levantando la voz—.

—Sí viajaré en la cabina —le respondí— Usted no me lo va a impedir.

Entonces, Don Manuel, dirigió su amargura contra el Coné, y le gritó:

—¿Por qué me lo has traído aquí? ¿No ves que me estás haciendo cenar bilis?

Y soltó bruscamente su cuchara sobre el plato.

* * *

Cuando los pasajeros subieron al bus, yo subí al último y me quedé en la cabina.

Intentaron sacarme de allí, y volví a decirles, sin exasperarme:

—Yo viajaré en la cabina; ustedes no me lo van a impedir.

Don Manuel dijo:

—El bus no partirá hasta que usted decida entrar al bus o bajar del bus.

La puerta interior de la cabina estaba entreabierta, y alargó su cabeza el Coné para que lo escuchen todos los viajeros. Y me dice:

—¡A ver, sea hombre, pué! ¡Diga la verdad, por qué no quiere viajar en su asiento al lado de esa mujer! ¡A ver, diga lo que nos dijo en el restaurant respecto de esa mujer! ¡Diga que esa mujer apesta!

Entonces lo levanté al Coné de su casaca de cuero y lo jalé a la puerta de la cabina. Y lo presenté ante todos los pasajeros, diciéndole:

—¡Quiero que todos te vean la cara; no sólo que escuchen lo que acabas de decir!

Entonces Don Manuel, en un ataque de ira apagó el motor y se bajó del bus.

Pensaba poner a los pasajeros en contra mía, pero le salió el tiro por la culata, porque todos los pasajeros que subieron en Celendín me apoyaron como un solo hombre.

* * *

Después de un breve momento, el voluminoso chofer subió y se paró en la puerta interior de la cabina y exclamó para que todos lo oigan:

—¡Qué tal raza! ¡Que lo cambien de asiento porque la mujer de al lado huele mal! ¿Quién se habrá creído que es?

Le respondí, estirando mi cabeza a la portezuela:

—¿Quiere saber quién soy? Más adelante se lo voy a decir en su oreja.

Me expone ante los pasajeros:

—¡A ver que diga quién es! ¡A ver que diga quien es!

Entonces, para que lo oigan todos, le digo:

—Bueno, ya que me obliga a decirle quién soy, se lo diré: Yo soy el Excelentísimo Señor Embajador del Perú en la República de Bolivia. Yo soy shilico, y aprovechando de un mandadito que he venido a hacer en Lima, me he escapado para carvanalearme de lo lindo en mi tierra, en Celendín, y he llegado a las justas para presenciar los funerales de Ño Carnavalón. Y estoy viajando en este bus de la Empresa CABA, porque me han dicho que es lo último en materia de transporte de pasajeros. Pero mi plan era volverme a Lima en la empresa en que vine a Cajamarca, la Empresa de Transportes Flores.

* * *

Entonces interviene don Jorge, el chofer más joven, y dice:

—¡Qué se va a hacer! ¡Nos vamos!

Y después de tomar él mismo el timón del bus, le ordenó al Coné:

—Tú, Coné, vé y siéntate en tu asiento, al lado de esa mujer.

Y a mí me dijo:

—Usted tome su asiento del Coné a mi lado.

Y partimos de Chilete con el contento y el aplauso de todos los pasajeros.

* * *

En la cabina, íbamos don Jorge al timón, yo sentado a su lado, y a mi lado, en un pequeño asiento plegable, don Manuel.

El Coné, que no quiso sentarse al lado de la mujer, iba parado en el escalón más bajo, pegado a la puerta de la cabina. Pero el hombre, que para nada era conciliador, y molesto porque lo había suspendido de su casaca, me dice:

—De aquí en adelante, sólo le voy a pedir una cosa: ¡No me toque!

—¿Cuándo te he tocado?

—¿Acaso no me jaloneó de mi casaca?

Le digo:

—Es que te lo merecías porque hablaste feo de esa mujer ante todos los pasajeros. No es de hombres humillar a una mujer ¡A una mujer no se la toca ni con el pétalo de una rosa!

El hombre seguía furibundo, y don Manuel le calló la boca:

—¡¡Ya, basta, Coné!!! ¿No ves que nos vamos a divertir con el amigo aquí en la cabina? Con él a mi lado, no me voy a dormir.

Entonces le puse de nuevo las manos encima, golpeándole la espalda, y le digo:

—Ahora te vuelvo a tocar como amigo. ¿Me lo permites?

Y bajando la cabeza dijo:

—Está bien.

* * *

Don Manuel, que por lo visto es adicto de los succulentos banquetes gratis en los restaurantes de las rutas, o acaso pensando en el cuy al horno que dejó en su plato en el restaurant, por culpa del Coné, o acaso para probarme que realmente he ido a Celendín desde Bolivia me busca conversación sobre temas culinarios:

—Bolivia. . . ¿No? ¿Y cómo es que se fue por allá?

—Porque me casé con una encantadora mujer boliviana, y mi hija es reina de belleza boliviana. Y un día decidimos vender nuestra residencia en Lima e irnos a vivir en el Altiplano boliviano, más cerca del cielo y más cerca de Dios.

—¿Y qué se come en Bolivia, ah? ¿Se come, por ejemplo, cuy?

—Al cuy ni lo conocen. Y los que lo han visto lo llaman “conejo”.

Y dijo, riéndose grotescamente:

—¿Qué bestias! ¡A lo mejor a la vaca le llaman oveja; y al chanco, chivo. ¿Y comen tamales?

—Ni los conocen.

—¿No me diga que no conocen el maíz!

—Claro que lo conocen, pero lo preparan de manera diferente. Por ejemplo, allá no lo comen como cancha.

—¿¿¿No hay cancha en Bolivia, en el Alto Perú!!!

—Sí hay, pero se la come como si fuera maní. No se la come en las comidas, como en el Perú. Además no se le llama “cancha” sino “maíz tostado”. Y a los ollucos les llaman “papa lisa”, y a los frijoles les llaman “porotos”.

Con tremenda cátedra culinaria el hombre quedó convencido de que yo había venido de Bolivia, y que de paso era el Excelentísimo Señor Embajador.

* * *

Entonces, como para confirmar mis palabras, me llama de Bolivia mi mujer para contarme que en el Colegio Boliviano Israelita donde estudia mi hija Lili Ester, acaban de celebrar la fiesta de Purim y que en la elección de la “reina bufa” ella ha salido disfrazada de Facundo y su pareja de Romina. Y que no ha ganado el premio, porque las payasadas sólo las hacía él (es decir, ella), cuando también las debía hacer ella (es decir, él).

¿Te he confundido? Es que en la fiesta de Purim todo se pone patas al hombro. Por ejemplo, los alumnos se convierten en profesores y los profesores en alumnos. ¡Linda ocasión para aplicar el dogma ése, de que “la letra con sangre entra”!

Al fin de cuentas, parece que ella se ha divertido más que yo, que en Celendín a las justas alcancé a presenciar el entierro de Ño Carnavalón el 28 de febrero. En su cajón fue llevado a una ceremonia funeral en la Plaza de Armas, rodeado de sus nueve viudas que lloraban en yupa y se arrojaban al suelo en señal de dolor.

En dicha ceremonia se lee el testamento de Ño Carnavalón, que registra su última voluntad respecto de su patrimonio y sus cuentas bancarias, que han de ser repartidas entre sus viudas, sus entenados y las autoridades de la noble ciudad de Celendín. Al señor alcalde

siempre le deja de herencia sus “alforjas”. A mí no me dejó ni siquiera su calzoncillo, que digo su costalillo.

* * *

Se trató del viaje más retribuidor de todos los que he tenido en esta región que casi es como mi casa.

El chofer me venía explicando muchas cosas para mí desconocidas:

—Esto es el Gallito Ciego, la represa que favorece la irrigación de todo el valle de Jequetepeque, donde se cultiva el mejor arroz del mundo.

—El territorio de Cajamarca es sólo hasta Tembladera, y de la caseta de la policía en adelante ya estamos en el departamento de La Libertad.

—Esto es el puerto de Pacasmayo, donde se fabrica el cemento marca “Pacasmayo” y marca “Andina”. Esto es Paján. Esto es Trujillo. Esta es la Avenida España. . .

Yo veía la pista iluminada y humedecida desplegándose a pocos centímetros de mis ojos en medio de una persistente y extraña lluvia que nos acompañó hasta Chimbote.

¡Imagínate, llover en la costa peruana, y a cántaros! Las calles de Trujillo parecían avenidas de agua. ¡En la costa peruana donde nunca llueve!

* * *

Pasando Chimbote el bus paró para cambiar de chofer. Lo despertaron al zambito y lo sacaron de su cajón. El se despezó estirándose y echándose agua sobre la mollera y en la cara.

Don Manuel se despidió amablemente de mí antes de meterse en su cajón, como el Conde Drácula o como si se tratase de Ño Carnavalón que volvía a su ataúd hasta los próximos carnavales.

Subimos al bus, y el Coné se puso a cabecear sentado sobre la gradita de la puerta del bus, y me dice, amablemente:

—El asiento 17 va vacío, ¿no quiere ir a descansar allí?

Le digo:

—No. Aquí estoy muy a gusto.

—Entonces, ¿me permite recostarme allí?

—¡Por supuesto!

Ni corto ni perezoso el ex-chuliyo fue allí, y hallándolo ocupado por tres chicuelos, los zamaqueó de un canto para que se despertaran y fueran a acostarse encima de sus mamás, y él se acomodó plácidamente.

* * *

Más adelante vemos un bus accidentado de manera muy extraña y escalofriante, pues un vehículo muy pesado se le adelantó partiéndolo por la mitad, a lo largo. Una mitad del bus estaba en pie a un costado de la carretera, y la otra mitad estaba hecha añicos y sus partes estaban regadas más adelante a lo largo de la pista.

Nuestro bus pasa lentamente, y cuando se detiene un momento, nos informamos que ya habían llevado a los muertos y heridos a la ciudad más cercana, pero unos policías estaban vigilando al vehículo siniestrado y al vehículo que lo embistió. Estaban esperando la llegada del juez.

Entonces alcanzo a leer el nombre de la empresa: Empresa de Transportes FLORES.

En ese bus yo tenía planeado volver a Lima, y me pasé al bus de CABA por culpa de mi sobrino, el Lucho Mori, y de su mujer, que me lo recomendaron como si fuera gran cosa.

* * *

Al amanecer del día siguiente, en medio de una densa neblina nuestro bus entra a la zona de Lima, y muchos pasajeros piden bajarse a la altura del Metro, porque viven en Los Olivos, donde me encuentro alojado yo también. Y al ver que a duras penas se despreza el ex-chuliyo Coné, que tenía que alcanzar a la gente su equipaje que venía en la bodega, me comedí a hacer de su chuliyo y en un santiamén di a todos por servidos antes que cambie la luz del semáforo y el bus sea multado.

Llego a casa, y el que más se alegra al verme es Rocco Rottwiler que con su poderosa cabeza cúbica y su mollerudo cuello de toro de casta me levanta en vilo por mi entrepiera, para darme la bienvenida.

Mi hermano Lázaro le grita:

—¡Cuidado con el tío, Rocco! ¡Es tu tío! ¡Es tu tío!

Y me dice a mí:

—Se ve que no has venido en el bus de la Empresa de Transportes FLORES, que se ha accidentado en la pista mojada de la Panamericana. Hay un montón de muertos y heridos. ¡Llámale de urgencia a la Sara, que está que pregunta por ti a cada rato y llora a cántaros porque dice que ella fue que te aconsejó que viajaras por la empresa Flores. Desconsoladamente llora por ti porque te cree muerto. ¡Llámale, oy! ¡Es urgente!

Yo le digo:

—Le llamaré después. Por ahora, lo que necesito a gritos es un baño de florecimiento y echarme a dormir a pierna suelta en medio de un sahumero de relax.

* * *

Al siguiente día llego a mi oficina en la Santa Sede de la CBUP en la Avenida Brasil, con los quesos mantecosos en una bolsa. Y al verme, la Sania y la Cecilia se alegran sobremedida. Digo “sobremedida”, porque los quesos, como lo dije, no iban a ser de cortesía. Ten presente que yo soy “shilico pata fría”, y me conduzco de acuerdo a la *halajáh* de nuestros sabios shilicos que dice: “Hoy no fío; mañana, sí.”

Les entrego la bolsa con los quesos y les digo:

—Aquí están los quesos de Cajamarca que me encargaron que les traiga; uno para cada una. ¡No se imaginan lo que me costó comprarlos en medio del diluvio que ha caído en Cajamarca! Bueno, pues, son 40 soles, 20 soles cada una. . .

* * *

Se asustan del precio, aunque realmente eran grandes los únicos quesos que encontré en el quiosco. Es verdad que no costaron 20 soles, pero yo tenía que incluir también en el precio mi empapada por buscarlos bajo el diluvio, a riesgo de contraer una pulmonía.

Entonces la Sania me dice, medio esquivándome:

—No se hubiera molestado, doctor. . .

Le respondo:

—Pero encargos son encargos. . .

La Cecilia interviene, evidentemente atribulada:

—Se lo dijimos en broma, doctor. . .

Y respondo:

—Yo también se lo digo en broma; estos quesos son mi regalo de Carnaval para ustedes dos. ¡Buen provecho!

20
LAS ANIMAS MALDITAS
DE LA PANAMERICANA NORTE

Ese año, el 2007, será recordado por muchos con gran tristeza y dolor, por los estragos y pérdidas que ocasionó el Fenómeno del Niño en la costa y en la sierra del norte del Perú. Cajamarca experimentó diluvios de trágicas consecuencias, y las lluvias en la costa ocasionaron accidentes y muchas ánimas benditas pasaron directamente al Purgatorio.

En otra oportunidad relaté acerca de mi viaje de Carnavales en medio de esos aguacerales brutales. Y cómo es que, después que me cambiaron de asiento tres veces, tuve que viajar finalmente en la cabina del bus, al lado del chofer, para evitar viajar en un asiento mojado, que para colmo de males contaba con ducha incorporada. Y cómo es que me escapé de morir en el accidente del bus de la Empresa de Transportes FLORES que cambié a última hora para viajar en un bus de la Empresa de Transportes CABA.

Debido a los problemas que tuve con mi asiento, de buenas a primeras no quisieron permitir que yo viajara en la cabina, pero finalmente, por la mediación de don Jorge, uno de los choferes, tuvieron que permitirlo. Los que se opusieron, incluso con violencia, fueron don Manuel, uno de los choferes, enorme de talla y de barriga, y su chulillo, apodado Coné, acerca de quien relato increíbles escenas en mi *short story* “El Chulillo”, que precede en gloria a la presente historia.

Don Jorge desplegó gran inteligencia emocional en su trato y actuación a lo largo de nuestro viaje de Cajamarca a Lima. La presente historia es su historia.

* * *

Más adelante, al ver que el Coné, el chulillo, se había ido a dormir dentro del bus en uno de los asientos desocupados que se habían secado a lo largo de nuestro recorrido, y que Don Manuel dormía plácidamente en su cama en el compartimento del bus destinado para el chofer acompañante, me dice don Jorge:

—Permítame agradecerle a usted por viajar a mi lado en la cabina. Así podemos conversar en el camino, evitando que yo me duerma.

Aquel fue uno de mis viajes más instructivos, porque don Jorge me explicaba con mucho detalle cosas de mi interés, sin que yo tuviese que hacerle preguntas. Mientras yo veía claramente la pista iluminada por los faros del bus, que de por sí era placentero comparado con estar encerrado en el interior del bus en tinieblas, como en una cárcel cósmica.

Me explica:

—El territorio de Cajamarca es sólo hasta Tembladera, y de la caseta de policía en adelante ya estamos en el territorio del departamento de La Libertad.

Más adelante explica:

—Esta es la represa del Gallito Ciego que favorece la irrigación de todo el valle del Jequetepeque, donde se cultiva el mejor arroz del mundo.

Más adelante señala unas grandes instalaciones industriales y explica:

—Esto ya es Pacasmayo, y en esas instalaciones se fabrica el cemento marca “Pacasmayo” y marca “Andina”.

Más adelante dice:

—Esto es Paiján; esto es Trujillo. Estamos pasando por la Avenida España. . . ¡Imagínate, llover en la costa peruana, y a cántaros!

Las calles de Trujillo parecían avenidas de agua. ¡Cuándo se ha visto semejante cosa, en la costa peruana donde nunca llueve!

* * *

Cuando dejamos la carretera de penetración a Cajamarca y viajábamos suave y velozmente sobre la carretera Panamericana Norte, pasamos junto a un bus siniestrado de la Empresa de Transportes Flores.

Las noticias de tan trágico accidente se difundieron por todo el Perú y el exterior, dada la gran cantidad de muertos y heridos. Se decía que el accidente se produjo a causa de la velocidad acostumbrada de los vehículos en dicha autopista, pero sobre una vía que extrañamente estaba mojada a causa de las lluvias provocadas por el Fenómeno del Niño. Evidentemente, el vehículo que lo embistió por detrás, no pudo contener la velocidad y se deslizó contra el bus, dividiéndolo a lo largo en dos mitades.

El accidente había ocurrido temprano, al caer la noche. Cuando disminuimos la velocidad al pasar al lado del bus, vemos al personal de la policía de carreteras apostado allí en medio de una escena sombría. Los muertos, heridos y demás pasajeros ya no estaban allí, y no había ninguna luz encendida en los vehículos de la policía, salvo unas señales fosforescentes y unos banderines rojos que estaban puestos desde una distancia prudencial para que los vehículos disminuyeran su velocidad al acercarse al lugar del siniestro.

* * *

Después de disminuir la velocidad y casi detenerse, le digo a don Jorge:

—En un bus de la Empresa de Transportes Flores viajé de Lima a Cajamarca, y en este bus siniestrado pensaba comprar mi boleto de regreso. Pero mi sobrino, el Búho Charza me aconsejó volver a Lima en la empresa CABA. Me dijo: “Se compra su boleto en Celendín, y ese mismo asiento le tienen reservado en Cajamarca, cuando se hace transbordo para Lima.” —Las cosas no ocurrieron así, pero a la larga, viajar en CABA me salvó la vida—.

Después de pasar el bus siniestrado, don Jorge imprime velocidad mientras comenta:

—Escenas como estas que ocurren en las carreteras, nunca se borran del lugar y de la misma hora. De alguna manera se re-escenifican cada cierto tiempo ante la vista de los viajeros, pudiendo asustarles e incluso ocasionar accidentes. Por eso estos lugares son llamados “de mala muerte”.

No capté el sentido de su observación de que se “re-escenifican”, y por el momento guardé silencio.

* * *

Más adelante, cuando cruzábamos a toda velocidad el desierto entre Casma y Huarmey, siento que me vence el sueño.

Para evitar caer dormido (dicho sea de paso, no cerré mis ojos ni un solo momento hasta llegar a Lima), no sea que terminara contagiándole mi modorra al chofer, me puse de pie en la primera grada de acceso a la cabina del bus, mirando la suave autopista iluminada desplazarse en dirección contraria a nuestro rumbo.

Así iba de pie, apoyando mi antebrazo y mi cara en el pasamanos de la grada y tenía mis ojos casi pegados al vidrio delantero del bus, cuando vi algo que me dejó helado: En el costado derecho, pero dentro de la pista, justo por donde pasarían las ruedas del lado derecho de nuestro bus, se aparece ante mis ojos una bicicleta siniestrada cuyos tubos retorcidos y entrecruzados parecían un enorme bocado de tallarines. Y sobre ese atiborrado conjunto de tubos de fierro flotaba en el aire un hombre volteado hacia abajo y sus manos extendidas al suelo, sosteniéndose a su bicicleta.

El hombre parecía un globo de helio sostenido a tierra con un cordel. Estaba totalmente inmóvil en el aire, como si se tratase de un conjunto plasmado en cera para una exhibición en un museo.

Iluminado por los poderosos faros del bus, el conjunto macabro cobró gran colorido. El hombre flotante llevaba puesta una vistosa casaca deportiva, como la que acostumbra llevar el Hugo Frías, con los colores de la bandera de Venezuela.

El bus nuestro atravesó este siniestro conjunto, que se desvaneció sin que el bus tuviese la mínima sensación de impacto o estremecimiento.

* * *

Le dije al chofer con exclamación:

—¿Viste eso?

Don Jorge, que para nada movió el timón ni tocó claxon, ni puso el pie en el freno, respondió sin inmutarse:

—Son ánimas, doctor. . .

Le digo:

—¿Qué es eso de “ánimas”?

Y aclaró:

—Son ánimas malas que ocasionan accidentes a los vehículos que transitan de noche en la Panamericana Norte.

Le pregunto:

—¿Acaso no habrá sido un deportista que se ha accidentado?

Y responde, más fresco que una lechuga:

—¿A qué ciclista se le va a ocurrir conducir su bicicleta en un desierto como éste, entre Casma y Huarmey, y a las tres de la mañana?

Y añade:

—Esto que acabamos de ver no me llama la atención. En mis treinta años que llevo de chofer profesional, conduciendo en la Panamericana Norte, me he encontrado con cosas peores, realmente espeluznantes. Gracias a Dios no he tenido ningún accidente, y sigo vivo.

* * *

Dejé de estar parado sobre la grada de la cabina del bus y me acomodé en mi asiento, al lado de don Jorge. Y le pregunto:

—¿Y por qué dices que son “ánimas malas”? ¿No se trataría, más bien, de un accidente que ocurrió y que “se re-escenifica”, como dijiste que bien podría ocurrir con las ánimas benditas que acaban de dejar sus cuerpos en el accidente del bus de la Empresa de Transportes Flores que vimos junto a la carretera?

—No, doctor. Reconozco que hay “ánimas benditas”, que han sufrido un accidente y se hacen visibles en la hora y el lugar de los hechos. Pero lo que acabamos de ver son “ánimas malas” que intentan matar a alguien en particular, que viaja en este bus.

* * *

Y pasa a referir otra extraña experiencia suya:

—Una noche, cuando yo hacía servicio interprovincial entre Trujillo y Chiclayo me ocurrió algo que aun recordarlo me da escalofríos.

Y me relata lo que ocurrió:

—Mientras conducía a gran velocidad en la noche solitaria y en un lugar desierto como éste, aparece sobre la carretera un chalan montado en su caballo blanco de paso. El mismo estaba vestido lujosamente como para una parada festiva, y por ninguna razón tenía que estar por el camino y a las altas horas de la noche. Su pantalón era blanco, su poncho blanco y su sombrero blanco. Y en lugar de cruzar la pista para evitar que yo lo atropellara, galopó hacia mi bus para chocarlo.

—¿Y tuviste tiempo para esquivarlo?

—No. Se chocó estrepitosamente con la parte delantera del bus y desapareció convertido en chispas de fuego. Esto fue lo peor que me ha ocurrido en mi toda mi vida. Pero tengo otras experiencias que contarle. . .

* * *

Y me relata lo que ocurrió:

—Otra vez, en la misma ruta de Trujillo a Chiclayo, fue una anciana de abundante cabellera blanca y de vestido blanco hasta sus pies, que intentó matarme.

—¿Cómo así intentó matarte?

—Se apareció de improviso en la pista en un lugar desierto como éste, antes de llegar a Pacasmayo, pero tuve tiempo para desviar el bus sin perder el control.

—¿Eso fue todo? ¿No sería la modorra que te hacía ver cosas?

—Yo seguí mi viaje sin lamentar por la anciana, porque ya sabía de qué se trataba. Seguí conduciendo hasta que, unos diez kilómetros más al norte de Pacasmayo, la misma anciana de cabellera blanca y vestida de blanco hasta sus pies, sale de nuevo a mi encuentro en la pista.

—¿Y qué pasó?

—Ocurrió lo mismo que acabamos de experimentar: Se desvaneció y desapareció cuando la alcancé con mi vehículo.

* * *

El chofer pasa a referirme otra experiencia suya, que según él podría explicar lo que puede haber detrás de estos fenómenos paranormales, a los que asocia con “trabajos” realizados por gente dedicada a hacer daño a su prójimo. El mismo fue víctima de uno de estos trabajos que felizmente pudo descubrir a tiempo, como para romper el hechizo que se había echado sobre él con el objeto de destruir su vida.

El descubrió, sorprendentemente, un ritual de brujería en casa de una señora, “amiga” suya, en que un centenar de fotografías suyas estaban siendo veladas sobre el piso de toda la casa de ella con un centenar de velas encendidas, mientras una hechicera conocida en la ciudad pronunciaba imprecaciones mencionando su nombre y apellidos.

Interrumpir ese ritual de manera inesperada lo echó a perder, y él quedó libre de las ataduras que habían sido tendidas a su vida.

* * *

Me quedé en silencio pensando quién podría ser esa “amiga” tan extraña, y cómo es que él ingresó a su casa de sorpresa, interrumpiendo el ritual.

El hombre, que aún lucía joven, atlético y de buena presencia, pasó a referirme esta inquietante historia:

En esos días yo era muy joven, y tenía mi novia en Lima, una muchacha muy hermosa. Y planeábamos casarnos inmediatamente después de hacer unos ahorritos.

En esos días yo trabajaba como chofer interprovincial en la ruta Lima-Huacho; para decir verdad, he trabajado en una ruta o en otra, pero siempre en la carretera Panamericana Norte. De paso, le diré que yo no soy chofer de la Empresa de Transportes CABA; de emergencia me han contratado sólo para esta ocasión, para conducir este bus de Cajamarca a Lima y de regreso.

Pues bien, en la ruta Lima-Huacho-Lima, yo transportaba en una camioneta Volvo pasajeros VIP, hombres y mujeres profesionales y de negocios, que exigían un trato especial; inclusive había que recogerlos en sus casas, juntamente con su equipaje. En algunas ocasiones mis pasajeros eran los familiares del dueño de la empresa.

Cumpliendo este servicio conocí a una dama de mediana edad, a quien dejaba en la puerta de su casa. Y de tanto viajar juntos, un día me invitó a comer a su casa, una casa bonita y lujosa. La dama, una exitosa mujer de negocios, era divorciada y vivía sola.

No pasó mucho tiempo de conocernos y me llevó a su cama y tuvimos locas experiencias de amor.

* * *

A medida que esas aventuras de sexo se repetían, mi amor por mi novia se fue enfriando, no obstante que no había punto de comparación entre esta mujer madura y trajinada, y una muchacha tierna y realmente hermosa de quien yo estaba muy enamorado.

Una mañana, cuando su casa era prácticamente mi casa, pues yo vivía con ella, me dirijo al terminal para conducir a mis pasajeros a Lima, y me encuentro con el dueño de la empresa que me pide que por la tarde le haga el favor de transportar a su familia.

Al tener la mañana libre, volví a mi casa, abro la puerta, porque tenía llave, y me encuentro con que el piso estaba sembrado con reproducciones de una fotografía mía, y junto a cada foto había una vela encendida. Las fotos y velas eran tantas, que incluso estaban sembradas en el piso del baño.

* * *

Mi amante estaba acompañada con una mujer que tiene fama de hechicera en la ciudad y al ver que yo ingresaba a la casa, ellas callaron sus invocaciones y se encerraron en el dormitorio.

Yo salí de prisa, arrojé lejos las llaves de la casa y conduje hasta un lugar fuera de la ciudad buscando respirar y pensar en lo que venía ocurriendo conmigo. Y mientras pensaba en ello, empecé a sentir gran nostalgia por mi novia y a apreciar su perfume, al mismo tiempo que empecé a sentir asco por la mujer cuya casa acababa de abandonar para siempre.

De inmediato cambié de ruta y pasé a la ruta Trujillo-Chiclayo, donde me ocurrieron las cosas que le he relatado, con el chalán y la anciana de blanco. Pero mientras mi vida transcurre de una manera ordenada, “aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno”.

* * *

El hace este comentario:

—Es probable que las experiencias que tuve en mi ruta Trujillo-Chiclayo estén relacionadas y tengan un origen común. Ese chalán, o esa anciana, son nada más que visiones provocadas, especie de hologramas monitoreados por gente del mal, para ocasionar accidentes a determinadas personas. Quizás el nombre de “ánimas malas” sea inadecuado, porque no son seres humanos que han muerto, sino ilusiones ópticas provocados por personas vivas cuyas almas están vendidas al mal.

Le pregunto:

—¿Crees que esas mujeres malas siguen intentando matarte?

Y responde:

—No creo, porque cada vez que fracasan pierden poder. Además, hace mucho tiempo desde que ocurrieron las cosas que le refiero. Pero estoy pensando que quizás el objetivo del mal esta vez no sea yo, sino usted, que iba a viajar en el bus de la Empresa de Transportes Flores que se accidentó de manera tan horrible, y que acaba de confrontar de manera serena la aparición de esa ánima, de ese “daño” que acabamos de ver juntos. Si así fuera, ¡sin lugar a dudas usted tiene un ángel que le guarda y lo protege en todos sus caminos!

* * *

Respecto de lo que vimos, no hay méritos del lado mío; además, las cosas ocurrieron sorpresivamente. Fue más bien la serenidad de este hombre limpio y correcto lo que evitó un nuevo accidente en la Panamericana Norte y lo que admiré al viajar a su lado.

Más adelante don Jorge detuvo el bus en un costado de la carretera y fue remplazado por don Manuel, que al salir de su caja se desperezó, se echó agua fría a la cabeza y a su cara, se sacudió como perro, y tomó el volante.

A todas luces, el chulillo Coné seguía solazándose en los brazos de Morfeo.

Así es como llegamos a Lima, y a don Jorge ya no le volví a ver en la vida.

21
CONVERSACIONES
EN LA TERMINAL

Las actividades del Seminario CBUP de Julio 2012 salieron a pedir de boca. Pero lo más comentado fue el show de Don Trepá en el IV COMED (Congreso de Maestros de Escuela Dominical), tras ser presentado como “el Gran Mago Decodificador, recientemente llegado de la Conga, Celendín”.

¡Cómo se reía el público al ver al pastor Calongo, “descamisado” por obra y gracia del Gran Mago Decodificador!

Quedar con su elegante saco montado sobre su piel desnuda piel nacarada, fue realmente hilarante. Pero el Gran Mago Decodificador no se contentó con sacarle su camisa sin sacarle su saco, sino que procedió a sacarle su calzoncillo sin sacarle su pantalón.

Pero el pastor no se dejó, y se escapó del escenario.

* * *

Después de estas cosas, Don Trepá partió con el Dr. Pablo Balbuena para un tour en el Callejón de Huaylas y el Callejón de Conchucos, región Ancash, que terminó en Chavín de Huántar, sede de la más antigua civilización andina. De esto trata su historia, “El Shapingo”.

A su regreso dispuso su viaje de retorno a La Paz, vía Ormeño International, y tuve el privilegio de conducirlo a la terminal. El largo recorrido desde su alojamiento en el Parque Naranjal no se hizo sentir a causa de su amena conversación centrada en objetivos misionológicos definidos. Por ejemplo, hablando de ciertos problemas de convocatoria que enfrentamos ultimamente, expresó con convicción:

—Dios no le da al enano camisa de once varas. Seremos grandes porque empezamos pequeños; todo lo opuesto de otras empresas que serán pequeñas porque empezaron grandes:

*Las cosas grandes empiezan
como un grano de mostaza
o una pizca de levadura
que leuda toda la masa.*

* * *

Yo me siento ministrado por su conocimiento de la empresa humana y su experiencia en la *Missio Dei*. Me dice:

—Juan, a ti te hace falta algo. . .

A todos nos falta algo, por lo mismo, nadie puede darse el lujo de señalar las faltas de los demás. ¿No crees? Pero me dice:

—Hace unos años yo era joven como tú, y trabajaba como catedrático en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUC). Como a muchos jóvenes, las cosas no me iban bien, y sufría porque las autoridades académicas me trataban como si yo fuese pelotita de ping-pong.

Le escucho confundido, porque nadie en su sano juicio le asociaría con una pelotita de ping-pong, salvo el ping-pong que de su buena voluntad hace al viajar de La Paz a Lima y de Lima a La Paz, para los seminarios de la CBUP.

El prosigue:

—El Ing. Jorge Cox Cheneu, esposo de la Dra. Josefina Ramos de Cox, catedrática Arqueología de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUC), me dijo: “Tú estás en ventaja, porque vienes de la Universidad Hebrea de Jerusalem. Pero a ti te falta algo; algo que yo sí tengo. . .” Y concluyó: “A ti te faltan canas.”

Y me dice:

—A ti también te faltan canas, Juan. Aunque las cosas cambian, como lo expreso en mi poema intitulado “¡Qué piña!”:

*Ahora me sobran canas,
pero me faltan las ganas.*

* * *

Hablando de las noticias recientes respecto de su *alma mater*, la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde Don Trepa hizo su programa doctoral y ejerció la docencia, dice:

—Me apena mucho lo que la Santa Sede y el Cardenal Juan Luis Cipriani, le vienen haciendo, ¡justo cuando yo pensaba sugerirle al Dr. Roberto Lerner Fabres, su Rector Emérito, que a sus títulos añada el de “Apostólica”, que no está patentado por el Movimiento Apostólico: “La Apostólica y Pontificia Universidad Católica del Perú”.

Le digo:

—Tras el *strip-tease* que le vienen haciendo, de “Pontificia Universidad Católica del Perú” se va a ver reducida a “Universidad del Perú”.

Me dice:

—¿Te parece poca cosa llamarse “Universidad del Perú”?

—Pero tras esto le despojarán de su patrimonio, de todo lo que le dejó de herencia Don José de la Riva Agüero. . .

Me dice:

—No creo que le desvistan de sus títulos. La Santa Sede sabe bien que equivale a atentar contra los Derechos Humanos, y en nuestro tiempo esto equivale a jugar con fuego.

Pregunto:

—¿Qué tienen que ver los Derechos Humanos en esto?

—Hablo de los Derechos Humanos de quienes han obtenido sus títulos académicos y profesionales a nombre de la “Pontificia Universidad Católica del Perú”, como consta en sus diplomas. La Santa Sede se las vería negras. A ver, ¿por qué no le despojan también de su título de “Universidad”?

* * *

Nuestra conversación hizo que no sintiéramos el largo trayecto rumbo a la terminal, en medio del atiborrado tráfico de la Panamericana Norte.

Me dice:

—A propósito de la palabra “universidad” (latín, *universitas*), ¿alguien la ha patentado en INDECOPI? ¿A quién le pertenece esta palabra como exclusividad patrimonial?

—A nadie, que yo sepa, doctor.

—Pues del mismo modo, nadie ha patentado el título romano *pontifex*, “pontífice”, ni el adjetivo “Pontificia”; ni siquiera los emperadores romanos que lo tenían como uno de sus títulos imperiales, mucho antes que su Santidad, el Papa Chale I.

—¿Qué significa “pontífice”, doctor?

—Significa “constructor de puentes”. La grandeza de Roma empieza cuando sus gobernantes construyen puentes para unir las dos bandas del río Tíber, y terminaron construyendo puentes entre las civilizaciones. En este sentido, el Dr. John E. McKenna, fundador de la CBUP, con todo derecho puede ser llamado “Sumo Pontífice”, porque su escuela de teología es la “Teología de Puentes”. ¿Acaso no es un gran puente el que ha tendido entre la Teología y la Ciencia, para legar a la CBUP el concepto de “Teología Científica” que tanto la enaltece en medio de todas las instituciones académicas del mundo? De modo que si le hacen juicio a la PUC, la Santa Sede y el Cipriani tienen las de perder en el Tribunal de la Haya.

—Está en lo cierto, doctor, porque, “¡Haya o no Haya, Haya será!”

* * *

Cuando llegamos al Zanjón, él pasa a comentar el título “Católica”, y dice:

—Tampoco la palabra “católica” está patentada por nadie, que yo sepa.

—Es una palabra griega, ¿verdad?

—¡Aytá! Ni siquiera es una palabra latina. La palabra griega *katholikós* significa “universal”, y en boca de los antiguos teólogos cristianos significa que la fe cristiana tiene trascendencia cósmica.

Le digo:

—O sea que los evangélicos, ¿podemos echar mano del adjetivo “católico”, sin tener que pagarle regalías a Cipriani?

—De la misma manera que el Vaticano echó mano de este concepto originado en la Iglesia Oriental.

* * *

En la terminal se nos juntó la Dra. Silvia Olano, Secretaria de la CBUP. Y Don Trepá, que no hacía otra cosa que decodificarnos el mundo por medio de su magia conceptual, dice, aparentemente sin conexión:

—De modo que a Daniel el Travieso le asiste todo el derecho del mundo. . .

—¿Alguna nueva travesura de Daniel, doctor? ¡Chesu!

Y responde:

—Aprovechándose de este engorroso conflicto, que Miguel Angel Cornejo califica “de la baticueva”, a él se le ha ocurrido fundar la “Iglesia Evangélica Peregrina Pontificia”.

—¿Y por qué “Pontificia”?

—Porque estará en Puente Piedra, en el emplazamiento donado por César Chico, junto al puente del Mercado Modelo de Huamantanga. ¿Y qué va a decir Cipriani? Pues nada.

* * *

Aprovechando la coyuntura, también Don Trepa propone fundar la “Primera Iglesia Bautista Católica”, con Calongo como su pastor, y la “Iglesia Evangélica Católica de Restauración”, conmigo al frente. Pero sugiere que no diseñemos nuestros templos a la usanza arcaica de la Alianza Cristiana, sino con un diseño restaurado de la Iglesia Católica, de la misma manera que ellos han restaurado nuestra himnología evangélica, y con todo derecho, porque las alabanzas son del Señor.

Nos dice:

—Yo contrataría a los arquitectos del Papa Chale I para que nos construyan iglesias evangélico-católicas con dos torres y atrio adelante, con naves en el interior y altar decorado con pan de oro en el fondo.

—¿Para qué?

—Para llamar a los cultos con. . . ¡repique de campanas! Tampoco el repique de campanas está patentado. Cipriani no puede decirnos absolutamente nada.

—Sí, pero. . . ¿para qué?

—Para que la Iglesia Evangélica crezca en vez de engordar a causa de la celulitis y del maldito colesterol espiritual.

* * *

Al constatar nuestra consternación a causa de sus iniciativas sincretistas, nos explica:

—El atrio tiene que ver con el crecimiento de la Iglesia, porque en el centro pondríamos, sobre un hermoso pódium, la imagen de la Santísima Virgen María invitándonos a pasar adentro.

—Pero doctor, ¿eso sería judaizar!

—No, hermanos, porque sobre el pódium estarían escritas con letras unciales las palabras de la Santísima Virgen: “HACED TODO LO QUE EL OS DIGA.” Esto sería mucho mejor que ingresar a la iglesia dispuesto a hacer todo lo que te diga ese ungido de Jehová; me refiero al Apóstol Melcochita. . . ¿No crees?

—Pero, ¿qué tiene que ver con esto ese payaso?

—Es que él te aconseja mal, diciéndote: “¡NO ASISTAS!”

* * *

Las ideas controversiales de Don Trepá nos escandalizan un poquito, pero lo sabemos disimular. Demencia senil en su fase terminal. . . Ya tú sabes. . .

Pero las cosas se salen de control cuando vuelve con su cantaleta de su “doble unción”, que ya nos tiene hartos, ¡hasta la coronilla!

Estas fueron sus palabras al subir al bus, rumbo a la ciudad de La Paz:

*Por eso, creo de veras,
lo digo con convicción,
que tengo doble unción
para decir sonseras.*

22
EL MONUMENTO AL BESO



Considero un gran privilegio y placer ponerme a disposición del Excelentísimo Doctor Don Trepanación de la Mancha en muchos detalles que facilitan su estadía en Lima-Limón, cada vez que viene de la ciudad de La Paz, Bolivia, con motivo de los seminarios de la California Biblical University of Peru (CBUP).

¡Mira cómo acerté a escribir “Peru”, sin acento!
¡Guau! ¡Qué tal inglés que me manejo!

* * *

Efectivamente, a lo largo de 16 años consecutivos, y sin haber fallado ni una sola vez, Don Trepa viene dos veces al año trayendo materiales novedosos y divertidos que impulsan la Democratización de la Educación Teológica en América Latina (DETAL) y propalan PROPALA, la Profesionalización del Pastorado Latinoamericano a partir de las plataformas ideológicas de la CBUP. Y próximamente, en el mes de julio, estaremos celebrando a lo grande las Bodas de Obsidiana de la CBUP, 16 años continuos de nuestra Institución, con una graduación a lo grande.

A veces me pregunto: ¿Hasta cuándo seguirá viniendo? ¿Cuándo aprenderemos a valorar su esfuerzo y pondremos todos el hombro con él para sacar adelante el sueño

dorado de ver nuestra amada CBUP convertida en una institución de prestigio internacional? Porque este sueño no es exclusivamente suyo, sino también nuestro.

Pero evito pensar en estas cosas cuando acudo al terminal de buses de Ormeño International, para recogerle cuando llega a Lima tras 30 agotadoras horas de viaje. Sólo quiero pensar en lo mucho que me divertiré desde el momento cuando tarareando la canción del Trío “Los Peregrinos”, “¡Qué precioso es viajar!”, él baja del bus precedido de su adorada pancita sexy.

* * *

Decía que es muy grato para mí estar a su lado y servirle como su chofer, y me hace gracia cuando se pavonea diciendo: “¡Qué tal chofer que me manejo!”

Es que, modestia aparte, yo he sido Padre de la Patria, Congresista de la República. Casualmente, mi curul estaba pegadita a la de la Chuchi Díaz, la Número 13. ¡Y pensar que ahora soy su chofer! —Su chofer de Don Trepa, no de la Chuchi Díaz—.

Y a propósito de “qué tal chofer que me manejo”, una vez Don Trepa nos contó la anécdota de los Shapiro, una familia judía desmembrada en aquellos aciagos días cuando estaba en plena vigencia el Santo Tribunal del Santo Oficio de la Santa Inquisición.

Las dos criaturas perdieron a sus padres en uno de esos pogroms que reducían a cenizas los *ghettos* judíos de las grandes urbes de Europa, y fueron recogidos por dos familias católicas de buen corazón.

Con el paso del tiempo, la niña fue a dar en un convento, y no tardó en convertirse en monja de clausura, de esas que nunca saldrán del convento ni nunca verán a sus familiares que las visiten. Pero el muchacho luchó por su identidad judía y por sus convicciones y ambiciones, y le fue bien.

* * *

Cierto día, al mirar su enorme cama *King size*, donde se revolcaba de diestra a siniestra, y de arriba para abajo, dijo: “¡Pucha, qué tal camaza que me manejo!”

Después recorrió su mirada por todos los extremos de su mansión y dijo: “¡Qué tal mansión que me manejo!”

Salió de casa, para subir a su calesa, de esas calesas señoriales de esa Lima que se fue, y dijo: “¡Qué tal carroza que me manejo!”

Y se le ocurrió ir al convento a visitar a su hermana.

Una monjita portera le abrió una portezuela miniatura, y él le dijo:

—Vengo a visitar a mi hermana, la señorita Shapiro.

La monjita le dijo:

—Sor Concepción ya no es tu hermana. Ahora ella es esposa de Jesucristo.

Y le cerró la portezuela.

El joven quedó cabizbajo, y al dar la vuelta para dirigirse a su carroza, sólo atinó a recurrir al humor judío y a decir estas palabras: “¡Pucha! ¡Qué tal cuñado que me manejo!”

De allí, Don Trepa resultó con eso de, “qué tal chofer que me manejo”, para referirse a este su humilde servidor.

* * *

Bueno, les decía que es muy grato para mí, ir a recibirle en el terminal de buses de Ormeño International, para llevarle a su alojamiento en el Parque Naranjal, en el extremo norte de Lima, en la casa de su hermano Lázaro. Y antes del recorrido, solemos degustar juntos una deliciosa sopa wantán especial en el Chifa de la CBUP. Esta es una delicia que él no disfruta en Bolivia.

Me es muy placentero llevarlo en mi automóvil Volvo modelo original, de la CBUP a su alojamiento, y viceversa, o invitarle a echar unas cuantas canitas al aire en el malecón de Larco Mar. Muchas cosas nos identifican, entre ellas, que ambos tenemos una hija que se llama Lili, y un perro Cocker Spaniel, que son nuestros engréidos.

Y a propósito de Larco Mar, esta última vez Don Trepa se apareció con un par de gueishas, unas preciosuras que le acompañaban desde La Paz. Una de ellas era igualita a la Miss Universe, que era japonesa.

¡Eran como dos angelitos caídos del cielo!

* * *

Don Trepa me rogó que en el camino rumbo a su alojamiento las dejáramos a ellas en el Aeropuerto Internacional “Jorge Chávez”.

Después de un minuto de silencio se me ocurrió preguntarle acerca de cómo así se las había conseguido.

El me contó que él y ellas debían haber partido de La Paz un día antes, pero al llegar al terminal de buses se encontraron con que el viaje se postergaría para el día siguiente, y cuando en Bolivia te dicen “para el día siguiente”, no está claro para cuál día siguiente será. En el mejor de los casos es para el siguiente día.

Amanda, la esposa de Don Trepa, no podía resistir la pena de ver que estas dos japonesitas que ya habían dejado su cuarto en el hotel, tuvieran que volver a la ciudad remolcando sus pesadas mochilas y maletas, y viendo que se acercaba la noche, les invitó a cenar en su casa. Después las acomodarían en el hotel Austria, que es el lugar a donde lleva Don Trepa a todos sus fans que le visitan en La Paz, a costo de ellos mismos, por supuesto.

Al día siguiente las recogieron y las llevaron al terminal, y Don Trepa viajó con ellas.

El viaje prosiguió con toda normalidad. Pero mientras una de ellas, que en el Japón trabaja en la televisión en un programa infantil parecido al de la brasileira, Xuxa, se rodeó de todos los niños del bus y jugó con ellos a las cartas a pesar de no saber ni una sola palabra de español, la otra se sintió muy enferma en casi todo el viaje. Por eso, Don Trepa me pidió que las ayudáramos llevándolas al aeropuerto, temiendo que les pudiese ocurrir alguna tragedia en Lima, al abordar un taxi desconocido.

Y yo, ¡ni corto ni perezoso!

* * *

Mientras nos alejábamos del terminal de buses, rumbo al aeropuerto, me dice Don Trepa:

—Cuando te apareciste en medio de la gente y vi que me estabas esperando para llevarme a casa, vi tu rostro como el rostro de un ángel.

Efectivamente, así debe ser. . . Llegar de un largo viaje, cargado de bultos llenos de materiales para los estudiantes de la CBUP, y tener que abordar un taxi desconocido para un recorrido tan largo hasta el Parque Naranjal, destrozaría los nervios de cualquiera.

Pero, heme aquí, ¡aquí éme! Yo estoy siempre disponible para darle la bienvenida con mi traviesa sonrisa, y disipar su nerviosismo con mis ocurrencias y mis canciones mientras conduzco para él mi automóvil Volvo modelo original.

Las japonesitas, apretujadas con sus bultos en el asiento trasero, no entendían ni michi de nuestra conversación, salvo las cosas que Don Trepa les traducía al inglés, o a lo mejor al japonés, para disipar sus nervios.

* * *

Don Trepa me cuenta que habían perdido el bus a causa de una horda de indígenas aymaras que bloqueó la autopista que sale de La Paz, y ellas estaban muy nerviosas porque temían perder su vuelo Lima-Tokio.

Le pregunto:

—¿Cómo has hecho para que ellas tuviesen tanta confianza en ti?

Y me responde:

—Ayer las tuvimos en nuestra casa, donde conocieron a Lili, nuestra hija adolescente que podía comunicarse con ellas en inglés, y te diré que se han hecho buenas mingas. Cenamos juntos, y después las llevamos a su hotel y al día siguiente las recogimos para llevarlas al terminal. Así, no perderán su vuelo a Tokio esta noche.

Don Trepa abre un poquito su maletín de mano y le da una guiñadita a su hijito de dos años que siempre le acompaña en sus viajes internacionales. Y me dice:

—Mi pequeño Shadow también contribuyó a sembrar la confianza y la paz en sus corazones, porque ningún pillo viajaría con una criatura así, prodigándole todo tipo de atenciones a lo largo de viaje.

Shadow International es su hámster con quien suele viajar de La Paz a Lima y de Lima a La Paz, cada recorrido de 3,000 kilómetros.

* * *

Seguimos avanzando en las largas avenidas de la bulliciosa Capital peruana, y al verle algo entristecido, le pregunto, temeroso que fuera algo relacionado con su salud:

—¿Acaso le sucede algo que nubla la fiesta de su llegada feliz?

Me dice:

—No Daniel, todo está bien conmigo. Sólo lamento que estos angelitos que Dios ha puesto en buen recaudo en nuestras manos no vean cumplidos sus más hondos anhelos en nuestra ciudad Capital, a causa de la postergación de nuestro viaje en La Paz.

Le pregunté:

—¿Cuál es ese gran anhelo? ¿Acaso no podríamos nosotros satisfacer ese anhelo de sus corazones?

Y le brillaron sus ojos cuando dijo:

—Daniel, cuando te vi en el terminal, vi tu rostro como el rostro de un ángel. Y creo que tú eres nuestro ángel. Claro, de ser posible. . .

* * *

La expresión de Don Tropa volvió a apagarse. ¿Qué cosa podría ser posible o imposible? ¿Podría ser yo realmente el ángel del Señor?

Me dijo:

—En todo nuestro largo viaje ellas me manifestaron su pesar por las complicaciones del viaje. Me decían que aun pudiendo alcanzar su vuelo al Japón, lo más seguro es que perderían la ocasión de cumplir su más caro anhelo en Lima.

—¿Y cuál es ese caro anhelo?

—Es visitar el Monumento al Beso en el Parque del Amor en Larco Mar. En su libro de turismo en japonés me mostraron la foto y me preguntaron si yo lo conocía. Lo único que querían ver en Lima era eso, pero las sombras de la noche nos impedirían verlo, aun si pasáramos por ese lugar.

Le dije:

—¡Sale caliente!

Presioné el acelerador, y enrumbé mi Volvo modelo original. . . ¡Rumbo al Parque del Amor!

* * *

En las graderías del Parque del Amor las gueishas estaban en su gloria, y se tomaban fotos a discreción, porque aun era de día.

Alguien nos tomó una foto a los dos, con ellas en medio.

Tomaron fotos de las inscripciones en los azulejos, inscripciones románticas que ellas no entendían, pero podían imaginar.

Sabían que el Monumento al Beso era obra del escultor Víctor Delfín, que eternizó el momento apasionado del beso de una pareja de enamorados junto al barranco de la Costa Verde, ante la vista del Sol vespertino y la franca complicidad del Océano Pacífico.

Don Tropa, un tanto nervioso, me dijo que partiéramos de inmediato rumbo al aeropuerto, y le dije:

—Doctor, no se preocupe. Las cosas han salido bien hasta ahora, y también terminarán bien.

Les dimos todo el tiempo que querían hasta que la noche empezó a cubrirnos con su manto. Y luego subimos a mi Volvo modelo original.

* * *

El tráfico liviano en esa zona de la ciudad favoreció nuestro recorrido y llegamos a nuestro destino a tiempo.

En el Aeropuerto Jorge Chávez, una de ellas se inclinó con reverencia ante mi persona y ante Don Trepa (en realidad nos estaba escaneando). Luego le extendió a él un billete de 100 dólares como una pequeña muestra de agradecimiento por haberles ayudado en La Paz y en Lima. Pero Don Trepa le dijo en el más perfecto japonés:

—*Iiéh oqaásan, oqaásan, onegaisimas, oqaásan, doómo arigatóo gozáimas, sayonara j'aah matah, quukóu Chávez hiquóki, gorrioncillo pecho amarillo Arberto Fujimori, omedetoo gazaimas!* Que traducido es: No te tomes la molestia, mamita. Nosotros somos recontra ricos. ¡Mira, nomás, qué tal aeropuerto que me manejo! —el Aeropuerto Internacional “Jorge Chávez” —. Y en cuanto a mi amigo que nos ha recogido en el terminal y nos ha llevado al Monumento al Beso, ¡él es nada menos que el Congresista Daniel Bocanegra y Barreto, Padre de la Patria y su chochera del Presidente Arberto Fujimori qodómo (hijo) del Japón!

Y después de una breve pausa expresó:

—¡Pucha! ¡¡¡Qué tal chofer que me manejo!!!

23
EL TIO DEL SOCAVON



Cierto día fuimos mi esposa y yo a la sede de Tránsito en la ciudad de La Paz, para un trámite de transferencia de su automóvil que le había vendido su hermano, que a su vez lo había comprado de un amigo suyo que reside en la ciudad de Oruro.

Llevamos el documento original de la compra del auto, pero el policía a cargo de la oficina de recepción de documentos en la Sección Jurídica no lo quiso recibir. Nos dijo que no procedía el trámite si la copia del documento original de compra-venta no estaba debidamente legalizada.

Intentamos legalizarla de inmediato, pero en las notarías de La Paz nos dijeron que sólo la Notaría Rodríguez de Oruro, que emitió el documento original, podría hacer la legalización requerida. Pero Oruro está a tres horas y media de distancia de La Paz, y un viaje ida y vuelta allá tomaría un día entero.

Como mi esposa no podía dejar su oficina entre semana, yo hice el viaje el 15 de agosto, con todas las previsiones del caso.

Mi esposa, que conversaba con su papá Higinio, me pasa el teléfono, y el viejo me desea un buen viaje. Me contó que en su juventud pasó buen tiempo en Oruro, estudiando en una institución para ciegos, y se despidió diciéndome:

—No te olvides de tomar api en el mercado; es famoso. Y de paso aprovechas para visitar al Tío, ché.

—¿A quién?

—Al Tío del Socavón.

Y le dio un ataque de risa.

* * *

Partí antes de las 8 de la mañana para llegar a Oruro a las 11 para obtener la copia legalizada del documento y estar de regreso en La Paz, a más tardar a las 3 de la tarde. Pero por diversas razones el bus se demoró una hora adicional y alcancé a llegar a la notaría pocos minutos antes de las 12.

La secretaria, a quien encontré cerrando la puerta, me dijo que la notaría abriría a las 2 de la tarde, y que entonces se procedería a hacer la copia legalizada, pero la firma del notario la obtendría a las 3 de la tarde, porque a esa hora llegaba él.

Me dice:

—Mejor venga nomás un cuarto de hora antes de las 3 de la tarde. Mientras tanto, puede ir a comer en un restaurant, a pasearse en la ciudad, y a ver las chicas.

Le digo:

—Aprovechando de estar en Oruro, ¿podría visitar el Socavón?

Ella responde:

—Ay, señor, ¿qué tendrá usted que hacer en el Socavón? Además, a esta hora lo encontrará cerrado. Pero si tanto le escuece, vaya después de las 3 de la tarde, cuando ya tenga listo su documento legalizado.

* * *

La secretaria era una señora o señorita muy amable. Se encontraba en el umbral de la tercera edad, pero se podía ver detrás de las huellas del tiempo una mujer menuda, hermosa y muy agradable en su trato y en su conversación.

Me puse a conversar con ella, y me dijo que se llamaba Elsita Vargas, que era orureña, pero que en toda su vida jamás se había acercado a la boca del Socavón, y menos, al sitio donde se encuentra sentado “el Tío”.

Cada vez que mencionaba esa palabra, “el Tío”, se deshacía en nervios y no podía ocultar su terror, y su voz parecía convertirse en llanto.

Por ella me enteré que había un museo allí al lado, el Museo Minero del Socavón. También era aconsejable visitar la Iglesia de la Virgen del Socavón.

—Son lugares muy visitados que vale la pena ver —me decía—. Pero, ¿qué tiene usted que ver con el Tío? No vaya a verlo. Sólo de pensar en su nombre, “el Tío”, ¡tiemblo de horror!

* * *

Su conversación fijó en mi mente la idea de no dejar Oruro sin visitar al Tío del Socavón, como me aconsejó en broma mi suegro.

El Socavón es la entrada tenebrosa a una antigua mina de Oruro, ciudad que está construida sobre una complicada red de túneles excavados bajo tierra para la explotación de la plata. Es la entrada de una mina agotada que ha sido condicionada ahora como museo. A su lado se ha construido la Catedral de la Virgen del Socavón, la Patrona de los mineros de Oruro, a quien son dedicadas las famosas celebraciones del Carnaval de Oruro que compiten con el Carnaval de Río.

¿Y el Tío del Socavón?

El es un personaje mítico que en la cosmovisión originaria no es exactamente el diablo, sino el espíritu de la mina, con quien hay que hacer las paces para que te vaya bien en el interior de la mina, por ejemplo, evitando derrumbes o intoxicaciones.

Es una especie de genio o de espíritu vinculado con las riquezas que encierra la mina y con el socavón que se cava para explotarlas. Quizás en tiempos antiguos, antes de los españoles, el Tío habría tenido el aspecto de un indio originario como el Evo. Pero desde tiempos de la Colonia tiene el aspecto de un español, de ojos azules; eso sí, vestido a la usanza de los indígenas de Oruro, con chullo, poncho y ojotas.

Es un muñeco de tamaño natural pero mal hecho, y en absoluto podría catalogarse como obra de arte o pieza de museo. Con todo, nadie pasaría detrás de él, sin brindar con él con Singani, sin prenderle un cigarro en la boca, sin dejarle un atado de coca, o algunos billetes, dólares especialmente.

* * *

Me despidió de Elsitita y fui en busca de un restaurant para almorzar. Pero, ¡qué ciudad tan difícil!

Oruro es una ciudad grande, y entre febrero y marzo, cuando se celebra el afamado Carnaval de Oruro, se convierte en un centro de quehacer internacional; incluso de Israel llegan los mentecatos a bailar la morenada. Pero no pude encontrar al medio día un restaurant convencional, con puerta a la calle.

Buscaba algo conocido, como decir, un Pollos Copacabana, o un Kentucky Fried Chicken, o cualquier otro restaurant con nombre propio, pero no encontré ni uno solo con puerta a la calle. Lo que había era merenderos ocultos, a los cuales se tendría que llegar tras atravesar largos callejones, y no quise adentrarme a ellos por dos razones: Por mi seguridad personal y porque no me atraían para nada los menús que se anunciaban, que seguramente eran deliciosos, pero no entendía qué cosa eran ni con qué se comen.

Un restaurant ofrecía “caldo de cardán”. Yo no sabía qué era eso, pues por primera vez escuchaba esta palabrita que suena a francés clásico, pero nada que ver. Después me enteré que es a base de testículos de toro, licuados, y que constituye un poderoso afrodisíaco; posiblemente el más poderoso de todos los viágrafos cholos.

Otro restaurant ofrecía un plato llamado “thimpu”, con su “ahogadito”. Yo lo descarté porque no sabía qué era eso de “ahogadito”. ¡Imagínate si me tendría que ahogar!

Otro restaurant ofrecía “charquecán”, que tampoco sabía qué era, y hasta hoy no sé.

* * *

Otros restaurants ofrecían platos que se entendía qué eran, pero que no despertaban ningún apetito en mi hambre. Por ejemplo, “panza”, que me imagino que es el “mondongo”, pero quizás preparado de manera diferente que en el Perú. DESCARTADO.

Otro restaurant ofrecía “ají de lengua”, que me imagino que es a base de lengua de algún animal, excepto el dinosaurio. Sólo de pensar en mi propia lengua, se me fue el apetito. DESCARTADO.

Otro restaurant ofrecía “rostro asado”, que supongo sería cabeza de carnero, porque un rostro de vaca sería demasiado grande para una persona. Pero sólo de pensar en el Jaime Paz Zamora se me fue el apetito. DESCARTADO.

* * *

Ningún restaurant ofrecía pollo a la brasa, o parrilladas, o chorizos, o pizzas, y menos había un restaurant vegetariano que me hubiera caído mejor, dadas las circunstancias. Mientras tanto, el hambre hacía sus estragos en mi ser.

Preguntando por un lugar cercano para comer, alguien me dijo:

—Vaya al mercado. Allí hay merenderos donde puede ver lo que sirven.

Fui allí, y a esa hora todos los puestos de comida estaban ocupados por obreros con su ropa de trabajo, sentados delante de los mostradores. Pero me alegré al ver que ofrecían “chairo”, una sopa que yo conocía y que es realmente deliciosa. Un platazo de chairo sería suficiente para todo el día.

* * *

Entonces vi un rinconcito muy atractivo donde ofrecían chairo, y no estaba atiborrado de gente. Tenía limpias mesitas a diferencia de los mostradores de los otros puestos, y tenía bonitas sillas de madera, pintadas de color celeste.

Muy amablemente las chicas que atendían me hicieron tomar asiento, y me sirvieron el chairo más delicioso que he probado en mi vida. Varios venían y compraban el chairo en *tapers*, para llevar a sus casas, de modo que pude disfrutar del mío sin compartir mi mesita con extraños.

Cuando acabé de comer, pagué y agradecí por el servicio, y al levantarme, me encuentro con que la silla se había pegado a mi pantalón. No hacía mucho que habían pintado esas sillas y no estaban completamente secas. Esa era la razón por que los del lugar no se sentaban en ellas.

Pude haber salido del mercado con la silla pegada a mi trasero, pero me desembaracé de ella, no sin poco afán. Y fíjate que esto les parecía gracioso a los que me veían.

Las muchachas, asustadas, no me quisieron cobrar por el chairo, pero yo insistí, e inclusive les di propina. Y mientras camino rumbo al Socavón se me ocurre que ésta habría sido la primera travesura que me hacía el Tío porque en mi alma había decidido no llevarle una ofrenda.

* * *

Como tenía planeado, y siguiendo los consejos de la Sra. Elsita Vargas, de no acercarme al Tío, fue precisamente eso lo que hice. Fui para hacer turismo en el Socavón. pero no le llevé al Tío, ni trago, ni cigarros, ni coca, ni dólares.

El tour guiado fue muy instructivo. Un atractivo especial eran los implementos artesanales que usaban los “jukus”, los rateros de minas, para robar el preciado metal. El guía nos dijo que de la palabra “jukus” deriva la palabra “jukeo” o robo, así como también la “jaqueo”, el moderno término de la informática que significa robo informático.

El guía explica: “Aun por debajo de la ciudad de Oruro se extienden los tenebrosos socavones. Pobre gente, algunos mineros no salían ni de noche, ni respiraban aire de afuera, ni veían la luz del Sol, y encima tenían que sufrir el maltrato y la explotación de los dueños de la mina.

“Ellos tenían que creer en algo, y crearon al Tío, como la personificación de la ansiada seguridad y prolongación de la vida dentro de esos socavones infernales que se convertirían en sus tumbas. La necesidad de creer en el Tío es similar a la del Ekeko, que no es un dios, ni tampoco es el diablo, sino la personificación del anhelo de satisfacer las necesidades básicas de la vida.”

* * *

Los turistas, en esta época del año mayormente bolivianos, se acercan a él en el spot iluminado con luz eléctrica, que antiguamente sólo contaba con la tenue luz de una vela en medio de las tinieblas eternas del vientre de la tierra. El está sentado a la entrada del principal socavón, como impidiendo el acceso.

El Tío tiene en la boca un cigarrillo encendido que, supongo, algún encargado reemplaza cuando se consume.

Al mirarlo, los visitantes se llenan de terror, pensando que detrás del muñeco sin duda se encuentra el poder de hacer el bien o el mal, y depositan junto a él sus ofrendas: Puñados de hojas de coca, cigarrillos, y algunas monedas y billetes, en moneda nacional y extranjera, mayormente sencillo.

Quizás yo fui el único irreverente que no puso nada en su platillo del Tío, y quizás a eso se debe todo lo que me pasó después, al salir del Socavón.

* * *

Al salir del Socavón empezó el ventarrón, y algunos decían: “¡Esto es obra del Tío!”

El ventarrón levantó tanta tierra que llegué a la notaría todo empolvado. Elsita Vargas ya se encontraba allí, y procedió a prepararme la copia legalizada, lo cual no le tomó mucho tiempo. Sólo había que esperar la firma de ley.

Mientras espero la firma del notario, le cuento a Elsita de mi visita al Tío del Socavón. También le muestro mi poto pintado de azul, y le digo que así empezaron a suceder cosas extrañas.

Ella se pone pálida, tan pálida que me dio pánico.

Me dijo, temblando:

—No debió ir usted al Socavón. No debió ir a ver al Tío. Yo soy de Oruro, y jamás en mi larga vida he ido a ese lugar, ¡ni por curiosidad!

Le digo que yo no creo en tales cosas.

Y me dice:

—¡Lo peor está por venir! Con estas cosas hay que ser muy prudentes.

* * *

Al salir de la notaría con mi documento legalizado, me abrí camino al terminal a duras penas.

Felizmente encontré un bus de Transportes Fenix que partía de inmediato a La Paz. Salimos a un cuarto para las 4, y esperábamos llegar a las 7.30 de la noche. En el terminal de La Paz me esperaba mi mujer desde las 2 de la tarde.

De pronto, cuando salíamos de Oruro, el cielo se oscureció, y amenazaba una tormenta.

Luego vino la tormenta y toda la región al norte de Oruro se convirtió en lago hasta cerca de Caracollo. Toda esta zona está sujeta a inundaciones, como pude constatar al examinar mapas técnicos.

Por razón de la lluvia, el resto del viaje a La Paz fue muy lento, en medio de un diluvio como he visto pocos, y en más de una ocasión el bus se deslizó fuera de la pista, gracias a Dios sin consecuencias.

Mi mujer, cansada de esperar en el terminal de La Paz, se volvió a nuestra casa.

* * *

Llegué a La Paz a las 9.00 de la noche, con seis horas de retraso y en medio de un diluvio tal que hizo que mis seres queridos llorasen mi partida antes de tiempo.

Me tomó tiempo conseguir un taxi cuyo chofer aceptara llevarme a Alto Sopocachi.

En casa encontré a mi mujer y a mi hija llorando. Incluso mi suegro Higinio estaba en un mar de lágrimas, pensando que algún accidente me habría ocurrido en la autopista acerca de la cual se comentaba en las noticias que él escuchaba todo el tiempo en su radio portátil. Se decía que se había convertido en un mar.

Lo primero que hice fue cambiarme toda mi ropa, y después de tomar una sopa caliente me puse a asear la casita de mi Shadow, su adorado hámster de la Lili. Y en eso se produjo el apagón general en Sopocachi, que duró hasta tarde en la mañana del día siguiente.

Ocurrió que alguien conducía a duras penas su automóvil en pleno diluvio, y su vehículo se resbaló y fue a chocar contra el poste de luz que sostiene las conexiones eléctricas para el alumbrado de todo nuestro sector.

* * *

Mientras yo limpiaba la casita de nuestro Shadow, mi pequeña hija Lili tenía a su Shadow en sus manitas y lo colmaba con besos en su boca. Y al verse de repente a oscuras, tomó su teléfono celular y encendió esa luz azul que tienen. Cuando me di cuenta que tenía en una mano a su Shadow y en otra a su celular encendido, corrí hacia ella y le hice ver que esa luz podía engeguercer los diminutos ojitos de nuestro pequeñín.

Tomé en mis manos al pequeñín para ponerlo en su jaula, y sentí que vibraba de nerviosismo, por lo cual opté por retenerlo un momento en mis manos. Pero se me escapaba con una fuerza que antes no había demostrado tener. Finalmente lo puse en su casita limpia, pero él se golpeaba por salir de la jaula.

Aquella noche del 15 de agosto me mantuve en vela para ver cómo evolucionaba el pequeñín y constaté que el nerviosismo no le dejaba a lo largo de la noche.

Lo primero que hizo fue subir a su ruedita de aerobics y hacerla girar con la vitalidad que demostró el día que vino a nuestra casa la primera vez, y quizás con mayor intensidad aun. Lo hizo girar tanto, sin hacer caso del tumor que tenía en su pechito, porque ya era viejito.

* * *

Su cuerpecito no daba indicios de ponerse a quietarse. Intentaba escaparse de mis manos, por lo que volví a meterlo en su casita, pero me quedé media noche observando sus movimientos. Y observé que al ver la puerta de la jaula abierta se logró calmar un poco. Logró salir de nuevo, y de nuevo lo retuve en mis manos para acariciarlo pegado a mis mejillas.

Lo dejé que correteara sobre la alfombra de la biblioteca todo lo que quisiera.

Después de un largo rato lo volví a meter en su casita, y lo sentí más calmado, pero ansioso de estar fuera de la jaula.

Lo dejé fuera, y después, cuando yo caía vencido por el sueño, sentí un ruido y observé que era él que se había metido dentro de su jaula por sí solo. Era la primera vez en su vida que entraba solo en su casita. Pero pronto salió disparado.

Lo tomé en mis manos para ponerlo en su jaula y sentí que su cuerpecito vibraba de nerviosismo. Lo retuve un momento en mis manos, pero se me escapaba con violencia. Parecería que quería vencer la gravedad de la Tierra y salirse al espacio.

* * *

Me mantuve en vela, para ver cómo evolucionaba nuestro pequeñín, y constaté que el nerviosismo no le dejaba a lo largo de toda la noche.

Subió a su ruedita de aerobics y la hizo girar con vitalidad increíble, como si estuviera corriendo a gran velocidad en el descampado. Su corazoncito no daba indicios de quietarse, por lo que lo dejé que correteara en la sala alfombrada, en medio de la oscuridad. El correteaba y entraba a su jaula, y volvía a salir de un salto, para luego volver a entrar.

Al amanecer estaba agotado. Entonces lo tomé en mis manos, lo pegué a mi mejilla y le canté el himno que compuso Piero: “Viejo, mi querido viejo. . .”

* * *

Pasado un mes mi mujer me dice:

—¿Sabías que el documento legalizado que trajiste de Oruro no lo recibieron en Tránsito?

—¿Por qué?

—Porque dijeron que no había sido necesario. El policía que nos dijo que el trámite no procedía sin esa copia legalizada, seguramente esperaba alguna coima, pero no me dijo nada. Exigió la copia, y al ver el documento en mi mano, se asustó. Luego nos llevó a la oficina de la Sección Jurídica y entró él solo, y al salir nos dio la respuesta de manera indirecta y nos entregó el documento debidamente firmado.

El abuelito Higinio, que estaba de visita, le dice:

—El esperaba que tú le dijese cómo se podía arreglar para que se consiga la firma del jefe de la Sección Jurídica, sin tener que ir a Oruro. Entonces se habría mostrado servicial, y hubiera hecho pasar los papeles, como quien dice, “para hacer la prueba”. Y después te hubiera dicho que sí pasó, gracias a sus servicios.

Yo le digo:

—¡Y pensar que para conseguir ese papel de porquería, casi me mato en un accidente en la autopista de Oruro!

El abuelo estalla en carcajadas, y dice:

—¡Eso te pasa por ir a verlo al Tío sin llevarle coca, ni cigarros, ni singani (aguardiente)! ¡Ja, ja, ja, ja, ja! Para la próxima vez. . . Total. . .



**EL TIO DEL SOCAVON BAILANDO
EN EL CARNAVAL DE ORURO**

24 LOS OJAZOS DE MARGOT

La experiencia me ha enseñado que uno puede salir a flote simplemente con quitarle unos cuatro añitos a una mujer, a cualquier mujer.

Si hay algo que las mujeres adoran que se les quite, es que se les quite unos cuantos añitos. Y si tú, inteligentemente se los quitas de pura cortesía, te lo agradecerán de diversas maneras, incluso de la manera que no te imaginas, como paso a referir en la presente historia.

¡Masque dile a una vieja que se parece mucho a su hermanita menor, aunque sepas que no se trata de su hermana, sino de su nieta!

Sólo a un bestia se le ocurrirá lucirse de justo y honesto, a riesgo de que le avergüencen en público diciéndole: “¡Olvídame, pero no me confundas!”

¿No te han dicho alguna vez, “ponte lentes, pedazo de virolo cegatón”?

Más te vale, pues, seguir el sabio consejo del Eclesiastés: “No seas demasiado justo; ¿por qué habrás de destruirte?” (Eclesiastés 7:16, 17)

Así que, ¡no seas demasiado malo! Después de todo, nada pierdes con ser lisonjero, y además, te puedes ganar algo.

* * *

Para ilustrarte estos hechos existenciales tan profundamente humanos, más adelante te hablaré de Margot, y de sus grandes y bellos ojos. Pero para que entiendas estas cosas se hace necesario que te cuente primero de mis últimas aventuras en bus, en un viaje La Paz-Lima-La Paz, lleno de tensión y ansiedad.

El 23 de enero del 2012 emprendí viaje en La Paz, rumbo a Lima, para mis actividades académicas en la California Biblical University of Peru (CBUP). Mi esposa me llevó al terminal de Transportes Ormeño International y me acompañó hasta que el bus partió para un viaje relativamente corto.

—¿A un viaje La Paz-Lima llamas “relativamente corto”?

—Viajamos a velocidad moderada sobre una pista empapada por la persistente lluvia, hasta cerca del poblado de Acora, a 30 kilómetros de la ciudad de Puno. Y cuando oscurecía, entró repentinamente a la pista una combi que salió de las inmediaciones del local regional de la ONG Solaris.

El chofer de nuestro bus intentó frenar para luego esquivarle y evitar la colisión, pero debido a su velocidad, nuestro bus voló al barranco para dar siete metros abajo y detenerse al chocar con una masiva acumulación de piedras que evitó que derribara una casa cercana.

En el aire, el bus se inclinó de costado hacia el barranco, pero luego se enderezó como si una poderosa mano lo volviera a su posición horizontal antes de chocar con las piedras. Esto ocasionó que todas las cosas volaran en el interior del bus y se destruyeran

Cuando se detuvo tenía entre sus llantas de adelante y de atrás un profundo pozo de agua acumulada por drenaje, al cual pasó por encima, sin mojar sus llantas delanteras.

Todos quedamos admirados del final, y estamos convencidos de que se trataba, como dice el Apóstol Diego Armando Maradona, “¡de la mano de Dios!”

* * *

Hubo muchos desmayos y náuseas, y las mujeres no quisieron entrar al bus con sus hijos pequeños a causa de su extraña posición sobre el pozo de agua. Así nos mojamos en la persistente lluvia en medio de la oscuridad, por cerca de una hora.

Sólo un niño resultó con una herida de gravedad en su maxilar, pues con la parada brusca del bus voló, chocó con el techo y luego cayó contra el brazo de un asiento.

En cuanto a mí, sólo resulté con la piel de un codo partida por lo que sangraba un poco. Y mis lentes que iba estrenando, quedaron con los cristales raspados.

Por esto dije que partí para un corto viaje.

Esa noche, después de una hora de espera en medio de la lluvia, llegaron de Puno dos combis y una camioneta de la policía. para recogerlos juntamente con nuestros equipajes.

Después de una noche en un hotel en Puno, continué mi viaje hacia el anochecer del día siguiente, en Transportes “Cruz del Sur”.

Llegué a Lima con los síntomas de una fuerte gripe que amenazaba echar a perder mis actividades académicas. Y en los días siguientes no se podía borrar de mi mente, despierto y en sueños el momento en que vi con serenidad el final de mi existencia. Yo estaba junto a una ventana de la derecha cuando el bus se inclinó a la derecha, hacia el barranco.

* * *

Mi viaje de regreso a La Paz ha sido como la Odisea, con sirenas y todo.

¿Has visto alguna vez una sirena de verdad?

Pues espera que te cuente lo que me pasó.

La oficina de Inmigración del Perú estaba “sin sistema”. Eso quiere decir que no podías salir del Perú. Y había bloqueos en las carreteras de Bolivia, lo que significa que no podías entrar a Bolivia. Así que tuve que pasar la noche en Desaguadero, después de haber conseguido, de milagro, un cuarto matrimonial en un hotel, pagando cuatro veces más su precio, debido al cargamontón de gente que huía del aguacero.

Y al día siguiente, en el tramo de Desaguadero a La Paz, mi pesada maleta llena de cosas frágiles y valores, voló de encima de la combi, y cayó a un precipicio. Puedes imaginarte la violencia de la caída si te digo que un candelabro de bronce que traje de Israel, se quebró y se retorció dentro de la maleta que pudimos recuperar después que todos los pasajeros la buscamos en un tramo de un kilómetro.

La gente que trabaja en esas combis es muy torpe. No sólo que no aseguran con cuerdas el equipaje, sino que tampoco lo cubren para protegerlo de la lluvia. Tenía razón mi madre cuando decía: “¡Somos subdesarrollados porque se nos da la real gana!”

* * *

Pero no todo lo que ocurre en mis viajes es trágico; ahora paso a referirte lo de las sirenas.

Desde Puno hasta Desaguadero se acomodó a mi lado una cholita bien papeadita.

Yo iba del lado de la ventana, de modo que ella, literalmente, ocupó parte de mi asiento y me aplastó contra los vidrios.

Para colmo, ella acomodó su equipaje, parte en el pasillo y parte entre sus piernas abiertas pero cubiertas con su pomposa pollera compuesta por multitud de enaguas.

Y para colmo de colmos, acomodó a su pequeña hijita en sus brazos, de tal manera que el codo de la madre me presionó las costillas a lo largo de cinco horas. El viaje por lo general dura tres horas, pero esta combi iba recogiendo pasajeros a lo largo de todo su recorrido.

Para los que no creen en la Gran Tribulación, esto les hará creer sí o sí: La niña, a causa de su incomodidad cambiaba de posición a cada rato, triturando mis huesos.

* * *

Yo guardaba silencio. Después de todo, en el infierno todos nos quemamos, con excepción de los arequipeños. A ellos, Satanás les da la bienvenida diciéndoles: “Toma tu carga de leña, y quémate afuerita nomás.”

La única posibilidad de alivio era que en alguna de las varias ciudades por las que pasa la combi a lo largo de la cuenca del lago Titicaca, se bajara algún pasajero y la cholita o su niña fueran a ocupar ese lugar. Pero eso no ocurrió; al contrario, subían más personas de las que bajaban.

Pero a partir de Pomata se desocuparon los dos asientos que estaban delante de nosotros. Yo rogaba en mis adentros que la madre y su hija se pasaran allí, para su propia comodidad. Pero la cholita prefirió quedarse a mi lado, y puso a su hijita a ocupar esos dos asientos.

Parecía que eso, de todas maneras significaría algo de alivio, pero fíjate que no.

* * *

La niña era muy traviesa, y en los dos asientos delanteros iba haciendo muchas travesuras: Cerraba y abría bruscamente la cortina de la ventana, incluso del lado de mi asiento. Con su dedo dibujaba sapos y culebras en el vidrio nublado de la ventana, y los borraba con sus codos, con su frente y con su nariz.

De rato en rato, cuando se cansaba, se echaba en el asiento doble y desaparecía un momento, para volver a levantarse como géyser para hablar con su madre, y volver a sus travesuras.

Sin embargo, a pesar de toda esta incomodidad, esta niña pequeña significó la experiencia más placentera de toda mi odisea llena de acontecimientos peligrosos y tensos.

* * *

La madre le dijo a la niña que no me incomodase con sus travesuras y movimientos bruscos.

Yo aproveché de estas palabras de la madre para añadir seriamente: “¡De veras, eso me molesta!”

La neta, la neta, es que esta niña estaba impactada por la compañía de este viejo shilico de cabellos blancos, de aspecto distinto de la gente cobriza del Altiplano Peruano-Boliviano, a quienes nunca les sale canas ni se vuelven calvos.

Entonces me puse a conversar con su madre, y la niña escuchó en silencio nuestra conversación:

—Es su hijita, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sólo tiene una hijita?

—Sí.

—Tendrá tres añitos, ¿verdad?

—Ella ya tiene siete años; sólo que es chiquita. Ya le he matriculado en el tercer grado.

—Entonces, ¿ya sabe leer y escribir?

—¡Claro! Mire su cuaderno.

—¿Y cómo se llama?

—Margot.

* * *

Margot escuchaba todo pero lo disimulaba e incrementó sus travesuras delante de mí.

Empezó a dibujar sapos y culebras con la punta de su nariz, y con sus dedos dibujaba extraños jeroglíficos sobre el vidrio entumecido de la ventana.

Volvió a cerrar y a abrir las cortinas con violencia, y a echarse, para luego levantarse bruscamente como un géyser, pero con una diferencia: Ahora ya no hablaba con su madre preguntando con insistencia cuánto falta para llegar a Desaguadero, sino ponía sus codos sobre el cabezal del asiento, y acercaba su carita a escasos 15 centímetros de la mía, y me miraba fijamente con sus ojos grandes y escrutadores, poniéndome virolo y haciéndome lagrimear.

En mis adentros yo pensaba: “¡Qué dicha la mía, de ser tan atractivo a los niños pequeños! ¡Eso quiere decir que estoy Okey!”

Más adelante pensé, pero no en serio: “¿No será porque oyó mi conversación con su madre y escuchó que inocentemente y sin malicia le rebajé cuatro añitos?”

Usted dirá: “¡Quiay serrr!”

Pero recuerda: Una niña pequeña, de todas maneras es una mujer.

* * *

La combi demoraba mucho en recorrer el tramo entre Pomata y Desaguadero, y mis ojos lloriqueaban profusamente cada vez que ella se apostaba sobre sus codos y pegaba su carita a la mía para mirarme con sus ojos grandes, silenciosos, escrutadores.

Su madre callaba y lo disimulaba todo.

La aparición de las primeras casas de Desaguadero me liberó de esta tortura, y la niña se mostraba alegre de que por fin llegásemos a su destino.

Llegamos de noche, y Margot y su madre desaparecieron mientras yo reclamaba mi equipaje.

En el resto de mi viaje, en la noche en Desaguadero y en mi tráfico recorrido a La Paz, no se borraba la impresión de sus grandes ojos pegados a los míos.

Así es como llegué a casa virolo.

—¿Qué les pasa a tus ojos? —pregunta mi mujer—. ¿Qué más te ha ocurrido en este tu maravilloso viaje La Paz-Lima-La Paz?

Y se queda desconcertada cuando le respondo:

—Los ojazos de Margot. . .

25 LAS PALOMITAS DE LA CBUP

¿No serán esas palomas portadoras de presagios?

¿Acaso serán palomas mensajeras que traen atado su mensaje al corazón y no a sus patitas?

¿Habrán acudido al CERAGEM o a la CBUP?

Sea como sea, ellas son símbolos de paz, como diría Billy Graham, “de la paz con Dios”, como la Paloma de Noé que volvió al arca para anunciar que el diluvio había cesado y que ya era tiempo de asentar los pies sobre la tierra seca de una nueva realidad.

Pero, ¿qué de las palomas que vienen a nosotros heridas, con heridas en las alas y con heridas en el alma?

Estas interrogantes escuchabas a diario en el laberinto de la CBUP en la última semana del Seminario-Módulo de febrero pasado, porque tres palomitas vinieron a llamar insistentemente nuestra atención.

* * *

Casi a las 3 de la tarde del caluroso lunes 16 de febrero del 2015 se apareció en la entrada de la Santa Sede de la CBUP, compartida con la Iglesia Cristo AMIR en la cual el Dr. Juan Terrazos es pastor y donde opera el Centro de Sanidad del Alma (CESAL), una mujer muy atribulada que de alguna manera forma parte del rompecabezas de la presente historia.

Cuando la vi y hablé con ella, no pensé que su aparición formase parte de la trama de esta nueva historia, y lamento en el alma no haber preguntado por su nombre.

Era una mujer con limitaciones físicas que no pudo subir las gradas que conducen al segundo piso, donde están las oficinas compartidas del CEBCAR, la CBUP y el CESAL. Pero otra mujer de aspecto muy sensible y servicial subió, y al verme desde las rejas del hall, me llamó.

Me acerqué a las rejas que impiden el acceso de cualquier persona extraña que suba las gradas de acceso general, y ella me preguntó por el Pastor Juan Terrazos. Le respondí que él había viajado hacía un par de semanas a los Estados Unidos con su esposa y su pequeña hijita, para pasar allá una corta y bien merecida vacación.

La mujer prefirió continuar el diálogo desde abajo en la entrada, donde estaba su amiga herida del alma, al ras de la Avenida Brasil. Yo pensé que eso era todo lo que yo podía informarles, y quise volver a mi labor en la oficina que ocupo cada vez que vengo de Bolivia para asistir a los seminarios de la CBUP.

La mujer herida hizo todo lo posible para retenerme, y yo cedí.

* * *

Empezó diciéndome:

—¿Cuándo vuelve el pastor?

Yo sabía la fecha de su retorno:

—El 26 de este mes.

—¿Está aquí su esposa, la pastora?

Respondí:

—Ha viajado con ella.

—¿Hay alguien que les remplace?

Le dije:

—Sí, hay tres personas que le remplazan hasta su regreso, pero ellos no están aquí entre semana. Yo le aconsejo consultar con ellos el domingo, cuando todos están reunidos en el culto dominical.

* * *

La mujer no se quedó contenta con mi información y pasó a una nueva fase de la conversación, haciendo un breve recuento de su vida:

—Hace unos veinte años yo fui ministrada con sanidad del alma por el pastor Terrazos y por su esposa, la pastora.

Le pregunto:

—¿Hace veinte años que no viene acá?

Responde que sí, y le digo:

—Muchas cosas han cambiado desde entonces, pero le ruego que venga el domingo y converse con los pastores que le remplazan porque yo solamente estoy aquí de visita. Vengo de Bolivia y estoy alojado aquí por unos días.

* * *

A duras penas me dejó. Y si lo hizo, fue más por las palabras conciliadoras de su amiga que le ministraba que por mi incapacidad de poderla ayudar.

Cuando ella se volvió con la ayuda de su amiga y se alejaron, vi su grande necesidad. A duras penas podía movilizarse con sus muletas, pero evidentemente ella tenía una herida más honda; estaba herida en el alma.

Pensé que se habría enterado que el Pastor Terrazos, antes de partir para los Estados Unidos, había dado un Seminario de Sanidad del Alma en este lugar, pero que a falta de ministración oportuna ella no pudo asistir. Ahora quería comer masque sea de las migajas que caen de la mesa.

Así se alejaron lentamente las dos mujeres, una con la ayuda de la otra, y yo quedé muy pensativo. . .

* * *

El mismo día, tres horas más tarde, poco antes de que los estudiantes de la CBUP salieran del aula, Silvia, Caleb y yo volvimos de comer helados en la primera planta de las tiendas Rambla, a pocas cuadras de la Santa Sede de la CBUP, y encontramos parada en la

primera grada de la escalera que conduce a nuestras oficinas, a una paloma de pecho blanco y de alas entre negras y grises.

Estaba inmóvil, concentrada en sí misma, con una gran expresión de tristeza que hacía que no se moviera ante nuestra presencia.

Caleb dice:

—A mí se me hace que esta palomita ha perdido a su pareja.

Eso realmente ocurre con las palomas, que son de naturaleza monógama: Una paloma para un palomo, y para toda la vida. Pero no se me había ocurrido pensar qué haría una paloma que pierde a su pareja. ¿Se mueren de pena? ¿Se llegan a recuperar y a empezar una nueva vida al lado de alguna otra paloma solitaria? ¿Hasta dónde recuerdan ellas todo lo que fue?

¿Puede dar para tanto su pequeño corazón?

* * *

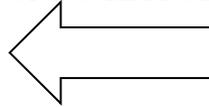
Pasamos por un costado y empezamos a subir las gradas para anticiparnos a los alumnos a fin de que tuviesen cuidado con nuestra nueva visita.

Cuando subimos el último escalón, la palomita había subido unos tres escalones tras nosotros, y continuó subiendo hasta llegar al piso donde podíamos verla desde la mesa de nuestras oficinas.

Entonces le dimos agua en un plato, y le arrojamos algunas migas de pan. Pero no tomó el agua ni comió las migas. Más bien, pareció dirigirse de frente, al pasadizo de los pasos perdidos que conducen al fondo, al Aula Magna de la CBUP.

Pepe Baratta la mira, y luego lee el letrero que estaba arriba en la pared, encima de la paloma, y que el pastor Juan Terrazos había puesto acompañado de una flecha para indicar el rumbo. El letrero decía:

AYUNO:
AL FONDO HAY SITIO



* * *

El martes 17 la palomita estuvo con nosotros el día entero, subiendo y bajando las gradas, y daba mucha pena ver su sufrimiento y su cruel ayuno. Y nos hacía reflexionar por qué será que siguió subiendo las gradas hasta el tercer piso donde se encuentra el local de la Iglesia Cristo AMIR, cuya sigla incluye las palabras “Iglesia de Restauración”, y se quedó en el umbral del templo.

Al medio día fuimos un grupo regular de profesores y estudiantes de la CBUP a almorzar en el Restaurant “La Palomita Blanca”, y se le ocurrió a Caleb tomarnos una foto junto a un arbusto disecado que hay en la sala del banquete, en el cual se nota a duras penas una palomita blanca disecada también, parada en una tenue ramita.

No habíamos notado previamente este adorno, y quizás jamás lo hubiéramos notado si no fuera porque nuestra conversación en la mesa giraba alrededor del misterio de la paloma que nos visitaba en la Santa Sede de la CBUP.

Silvia Olano trajo en su mano un poco de arroz cocido de su restaurant, y lo puso sobre las gradas que conducen al tercer piso, y grande fue nuestra alegría al observar al anochecer que el arroz había desaparecido. Eso nos hizo hacer la prueba con un plato de agua, pero no sabemos si la palomita bebió.

Se la notaba enjuta pues había perdido mucho peso.

* * *

El miércoles 18, la palomita salió a la avenida a las 9.30 de la mañana, lo cual nos alegró porque se venía el 20 de febrero el Acto de Graduación de la Promoción CBUP-2015 “Apóstol George E. Frankenstein”, y el ajetreo en las gradas del Edificio AMIR era considerable.

Yo bajé a la avenida y me puse a observar sus movimientos, temeroso de que en la pista la pudiese aplastar un automóvil. Pero ella no se dirigió a la pista, sino camino por la vereda hacia el sur, y llegó a paso lento a la esquina, donde se encuentra la Licorería de la CBUP. Ella miró y miró y miró.

Temimos que pasaría la pista, pero se detuvo. Volvió caminando hacia el extremo norte de la cuadra, y en la esquina tampoco cruzó la pista, sino que volvió a media cuadra, a la Santa Sede de la CBUP y empezó a picotear en la vereda, señal que quería comer.

Su AYUNO había terminado. Su alma había sido restaurada en el Centro de Sanidad del Alma (CESAL).

Le arrojamos por la ventana migas de pan, las que comió ávidamente, y bebió el agua que le servimos en un plato.

Después entró y subió las gradas como que ya consideraba nuestro lugar como su casa.

Ese día a las seis de la tarde desapareció, después de haber estado con nosotros tres días.

* * *

El sábado 21, en la mañana después del Acto de Graduación apareció otra palomita, que ingresó al edificio y rehusó comer y beber. Y después de pasar un día con nosotros, se fue.

El lunes 23 se apareció una tercera palomita y estuvo con nosotros un día y se fue.

Y el 25, después que el bus de Ormeño Internacional en que yo volvía a casa en Bolivia se detuvo en una estación de combustible, muchas palomitas descendieron junto al bus, y cuando el bus arrancó, todas ellas volaron hacia adelante y se apartaron en bandada como escoltando y abriendo paso a nuestro bus.

Lo mismo ocurrió por segunda vez cuando el bus se detuvo y arrancó a la altura de las playas al sur de Lima. Muchas palomitas remontaban vuelo escoltando nuestro bus, como nunca antes había ocurrido tal cosa.

Entonces vienen a mi mente las palabras del Dr. Caleb Castañeda: “¿No será todo esto un presagio? Porque como nunca, las palomas nos acompañaron en todo momento en los días que duró el Seminario Final en la Avenida Brasil, como si fueran las almas de todos cuantos fueron trepanados en la Santa Sede de la CBUP y han querido acompañar al Dr. Chávez en su partida al más allá, porque como es de todos sabido, las palomas simbolizan La Paz.”

**EPILOGO POETICO:
POESIAS EN EL CAMINO**

En este Epílogo comparto con el lector algunos de mis poemas de mi obra, *Filosofía de la vida*, que describen mi trayectoria en la vida, concebida como lo hace Juan A. Mackay, como una aventura en el camino:

SE FUE

Se fue
Porque no pertenecía a nosotros.
Ni pudo sincronizar
Con todo el pueblo de Dios
Mutismo.

Se fue.
Tenía otro corazón.
No pudo combinar satisfactoriamente
amor y desdén.

Se fue.
Su código era distinto.
Era *bionic*, inmune al maltrato.
No era terrícola ni lunático.

Se fue.
No pudo ajustar su velocidad
al avance del rebaño
en círculos viciosos
de la revolución.

Se fue.
Tenía que irse.
No alcanzaba la ofrenda para él
¡ni cabríamos los dos bajo un techo!

Tampoco podríamos evitar
ser influenciados por él
cuando se calla.

Su pueblo
 no era nuestro pueblo.
 Su Dios no era nuestro dios.
 Jehovah lo bendiga
 y lo guarde en el camino.
 ¡Haga resplandecer su rostro!
 Pero no lo haga regresar.

NOMADA CON CAUSA

Nómada soy.
 Mi casa es el mundo.
 Tu país es mi país.

Errante voy.
 Se me ha negado el derecho
 de instalarme.

Por eso sé
 que sólo me queda
 el camino.

¡Este es mi camino!
 Lo amaré.
 ¡Este es mi camino!
 Lo andaré.

Iré bajo el manto de las nubes,
 bajo el mutismo de la Luna,
 bajo el Sol abrasador.

Iré entre los escombros de los dioses,
 entre los escondrijos de los celos,
 bajo los rascacielos del poder.

Iré a través de la maraña de las ideas,
 a través de las pasiones enardecidas,
 a través de la frágil volición.

Iré dentro del santuario de la vida,
 dentro de la copa de la historia,
 dentro del propósito de Dios.

ME ABRIRÉ CAMINO

Con la astucia de las aguas
me abriré camino.
Con fuerza moderada y constancia
destruiré y construiré.

No saltaré el dique
como pez suicida.
Ni perforaré cual rayo láser
la pared.

Penetraré las grietas.
Preferiré la puerta angosta.
Iré por sendas insignificantes,
nunca andadas.

No notarás que mi caudal decrece.
Quedarás boquiabierto
cuando replete
todos los vasos comunicantes.

Y si haya que flagelar
cual domador airado el león de roca;
si deba erosionar el arrecife
o cercenar las islas. . .
¡Con astucia y constancia lo haré!

QUE NADA INTERFIERA

Quítame la camisa.
Desnúdame del símbolo.
Prefiero ser yo mismo.
Quiero ser hombre feliz.

Libérame del águila
y del león.
Libérame de la suástica
y de la hoz.

Libérame del galón,
de todo logotipo,
del escudo de armas,
de la sangre azul.

Desnúdame, *Selah*.
Déjame andar descalzo.
¡Que nada interfiera
Mi unión con el camino!

Déjame atravesar
Toda convención.
Quiero llegar al hombre
Y ver su corazón.

YO NO VUELVO JAMAS

Yo no vuelvo jamás
a lugares manchados
de cuyos nombres
no me quiero acordar.

Varios perros me ladraron
al pasar por el camino.
¿Y habré hoy de regresar
a ladrarles yo?

Hanme preguntado:
“¿Cómo se siente
al ser eliminado?”
Respondí: “No sé.”

He estado en asambleas
de viles inquisidores,
y fui, pues, eliminado cada vez
pero no me dolió.

¿Por qué me habría de doler
perder lo que no es mío?
Más bien, sentí alegría
al volver a mi camino.

SIGO CAMINANDO

Cuando piensas
que de un baldazo de agua
se podrá borrar un alma,
sigo penando.

Como el pato
que transforma en perlas
el agua que se arroja a sus espaldas,
sigo nadando.

Como el carbón
que a más presión
se cuaja en un diamante,
sigo soportando.

Ponerme en neutro no podrás.
Tampoco me guardarás en el suspenso.
Tu mirada volverás, y verás
que sigo funcionando.

No me penetra el desprecio
ni me detiene el desdén.
Mientras disfrutas de tu insomnio,
yo sigo caminando.

UN PASITO MAS

Hija mía:
Cuando persiste la noche
y la aurora tarda;
cuando el cansancio te abrumba
y tu vista se ciega;
mientras te quede aliento,
visualiza el ideal,
y da un paso, ¡un paso más!

Cuando las puertas se cierran
y los hombres callan;
cuando tus flechas yerran
y tus fuerzas fallan;

mientras te quede aún
camino por delante,
mantén el corazón siempre constante,
y da un paso, ¡un pasito más!

Un pasito más
puede llevarte a un amigo.
Un pasito más
puede ser definitivo.

¡Un paso más! ¡Un pasito más!
Puede ser el paso final.

¡LO HE LOGRADO!

Me ha golpeado.
Me ha hecho sufrir hambre.
Me ha hecho saborear la soledad.
Me ha aislado.

Me ha ofuscado.
Conozco extremos de tensión.
A veces he perdido la visión.
Me ha golpeado.

Pero no me ha humillado.
Jamás hube perdido el humor,
ni él, el suyo propio.

Más bien,
como el rebote de las aguas
me hizo aflorar de pie.

¡De pie!
Dios me quiere de pie.
¡No de rodillas!

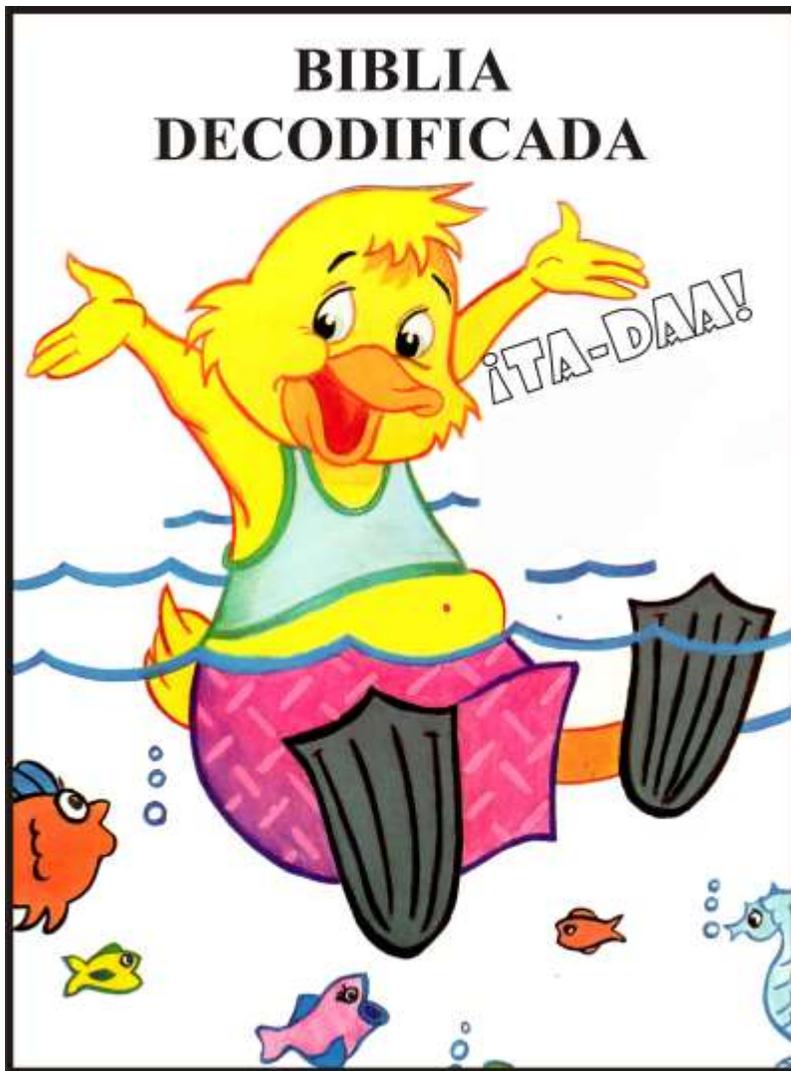
¡Con los ojos abiertos!
Dios me quiere
consciente de su mundo.

¡Con la frente alta!
Dios me quiere orgulloso
y sin vergüenza.

¡Siempre en el camino!
¡Siempre en la acción!
Dios me quiere en la escena.

Me ha golpeado.
He saboreado el desdén.
Pero a codazos
me hice ciudadano del Edén.

¡Lo he logrado!



LA BIBLIA DECODIFICADA DEL DR. MOISES CHAVEZ



BIBLIOTECA INTELIGENTE

[Biblioteca Inteligente] | Biblia Decodificada | Biblia RVA | Separatas Académicas | Antologías de Historias Cortas | Estudios Universitarios | Contacto

BARRA AZUL DE ENLACES 

www.bibliotecainteligente.com
PAGINA WEB DE MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP

¡UNA BIBLIOTECA GRATIS PARA TI!



Abrela escribiendo su nombre o usando el Código QR de Acceso Inmediato, y en el enlace "Inicio" diviértete con "El Changuito de la Biblioteca Inteligente" y conoce a tu Host y a su Esposa en el video-clip "Caminando por la Vida".

Luego ingresa al enlace "Biblioteca Inteligente" y disfruta el Album de Fotos Sivrallas.

Luego ingresa al enlace "Antologías de Historias Cortas" y ¡a todo lo demás!

¡Diviértete y comparte con tus amigos y con tus enemigos!



¡Caminando por la Vida!



**LA BIBLIOTECA INTELIGENTE
DEL DR. MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP**

- 😊 Para el acceso a la Biblioteca Inteligente abra www.bibliotecainteligente.com
Los enlaces están con letras blancas en fondo azul debajo de la foto.
- 😊 Vea el Album de Fotos Sivrallas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Vea el índice de 1.050 historias cortas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Ubique el volumen sobre Shilicología en el enlace, *Antologías de Historias Cortas*.
- 😊 Vea el índice de 165 Separatas Académicas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Acceda a los libros de la *Biblia Decodificada* en el enlace, *Biblia Decodificada*.
- 😊 Vea la información sobre la *Biblia RVA* en el enlace, *Biblia RVA*.
- 😊 Para los Estudios Universitarios CBUP acceda al enlace correspondiente.



**VISTA PARCIAL DE LA BIBLIOTECA INTELIGENTE
Y DEL MUSEO DE LA BIBLIA DEL CEBCAR**
Al pie, empastados en color azul, están los originales de la Biblia RVA
y de la *Biblia Decodificada*





www.bibliotecainteligente.com

MISIONOLOGICAS:

Dra. Silvia Olano, cebcarbup@gmail.com - Teléfonos: (511) 424-1916; Cel. (51) 948-186651
